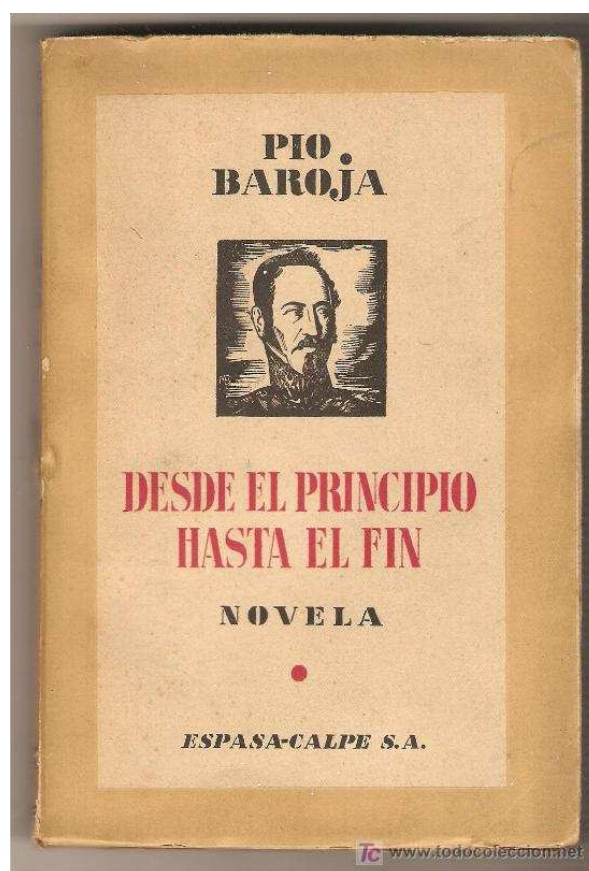


MEMORIAS
DE UN HOMBRE DE ACCION



DESDE EL PRINCIPIO
HASTA EL FIN

(Continuación de la CRONICA ESCANDALOSA)



PÍO BAROJA

DESDE EL PRINCIPIO
HASTA EL FIN



Editorial
Caro Raggio
Madrid

Edición conmemorativa del centenario del nacimiento de Pío Baroja

Cubierta de Ricardo Baroja

Es propiedad. Derechos reservados

© Herederos de Pío Baroja

Edita y distribuye: CARO RAGGIO, EDITOR

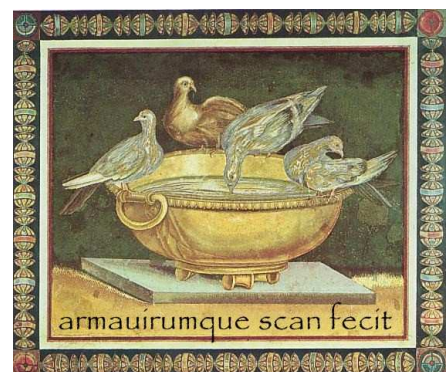
Alfonso XII, 52. Tel. 230 68 51. Madrid -14

ISBN: 84-7035-063-3

Depósito legal:

Imprime EDIME ORG. GRAFICA, S. A.

MOSTOLES (Madrid)





Pío Baroja: Entre la acción y el pensamiento filosófico
© Antonio Dueñas Martínez

(Publicado en *Cruz Ansata*, Ensayos, vol. 10 - 1987)

Bajo el título genérico de *Memorias de un hombre de acción* se agrupan veintidós volúmenes de novelas, retratos o episodios que Pío Baroja escribió entre 1912 y 1934. El hilo conductor de esta larga sucesión de narraciones, a modo de endeble intento de unidad estructural, está constituido por la presencia común del famoso antepasado del autor, real a cuanto parece, llamado Eugenio de Aviraneta, hombre de mar y de acción, guerrillero, liberal y escéptico [1].

La acción a que alude el título se distribuye en un amplio arco temporal, desde la guerra de la independencia de 1808 hasta mediados del mismo siglo aproximadamente; y el escenario es tan variado como el propio paisaje español, en un intento evidente de imprimir al relato una dinámica y un ritmo narrativos apoyados continuamente en los elementos exteriores al personaje, como si se tratase de un vertiginoso *barrido* cinematográfico. Esta es una característica específica de la obra, es decir, el contraste entre el estatismo del protagonista, *personaje-objetivo* que observa y la movilidad de lo observado.

La otra evidencia inmediata es la del "acercamiento histórico" seguido por el autor que, tal vez en un intento de réplica de la novela histórica de Galdós, sigue caminos completamente distintos, mezclando indistintamente historia verdadera y elementos de ficción histórica, sin que ello parezca plantearle ningún problema. La alusión de este aspecto, que ya Manzoni había abordado, hace que el protagonista de esta serie de relatos se mueva en un ambiente y entre unos personajes indistintamente reales o inventados [2].

El mismo título de la obra, por otra parte, conlleva de manera implícita (y quizá en él haya que ver un atisbo de clave interpretativa), el modelo que Baroja ofrece como respuesta pragmática a un cúmulo de problemas de orden filosófico y vital, ante la imposibilidad, tal vez, de una respuesta por vía teórica. Antes de afrontar este problema, intentemos ver más de cerca esta colección barojiana y situarla dentro de su trayectoria de novelista. En este conjunto de relatos podemos encontrar al mejor Baroja: el de la descripción ágil, el del diálogo sorprendente y el de la narración tensa que *atrapa* al lector. Y también los peores de sus defectos como la escasa consistencia estructural o las frecuentes *incursiones* moralistas, bien del protagonista, bien del autor.

Estas características se hacen evidentes, por ejemplo, en el tomo VI que lleva por título *La Ruta del Aventurero* [3]. Si en el anterior, *Los recursos de la astucia*, habíamos dejado a Aviraneta huido a Gibraltar, en éste lo encontramos a la vuelta de un viaje a Grecia bajo el genérico nombre de "capitán". Habrá que esperar otros dos volúmenes para enterarnos de lo que ha ocurrido entre tanto. Esta sería una de las muchas pruebas de esta personalísima y acronológica visión de la novela histórica del autor...

NOTAS:

[1] Vid. "Para una biografía de un héroe de la novela: Eugenio Aviraneta" por Marcel Bataillon. "Revista de Filología Española", vol. XVIII, 1931 pp. 255-258.

[2] Vid. *Las novelas históricas de Pío Baroja*, por Carlos Longhurst. Madrid: Guadarrama, 1974 pp. 329.

[3] *La Ruta del Aventurero* por Pío Baroja. Madrid: Ed. Caro Raggio, 1976 pp. 315.

PRIMERA PARTE

A LA BUENA DE DIOS

I

EL CAPITÁN DE LA «AMABLE LUISA»

De día solíamos charlar constantemente, porque el capitán era hombre instruido, y seguíamos nuestras conversaciones de noche, sentados en un banco próximo al timón.

(*Los contrastes de la vida.*)



FANNY Stuart estuvo unos días de nuevo en París y volvió a Tolosa muy indignada contra el conde de Parcent y el marqués de Montigny. Se hallaba dispuesta a no ocuparse para nada ni del uno ni del otro.

Acompañada de la *Perlita*, quería ir a España. La bailarina estaba contratada en Barcelona, Valencia y Málaga. Partirían las dos amigas en un barco de una compañía de la cual era el principal accionista el barón de Colins.

Fanny me invitó a marchar con ellas.

—Venga usted con nosotras, don Eugenio —me dijo.

—Yo no puedo ausentarme más que muy poco tiempo, un par de días lo más.

—Puede usted volver en otro barco de la misma compañía del barón, o en el mismo.

—¿Cuánto tiempo estará el barco en el puerto?

—Lo preguntaremos. Creo que tres o cuatro días.

No me atrevía a desembarcar en Barcelona, porque probablemente, de conocerme, me hubieran prendido.

Pensé que quizá algo se podía olfatear desde el barco, y acepté, y fui en compañía de las dos muchachas.

Me enteré antes de que la *Amable Luisa*, brick de cuatrocientas toneladas, donde íbamos a marchar, estaría sólo tres días en Barcelona, y volvería de nuevo a Port-Vendres. Con esta seguridad me decidí a hacer el viaje. Embarcamos en Port-Vendres, pueblo muy pequeño entonces. Se nos unió un médico austriaco que pensaba establecerse en Barcelona.

EL CAPITÁN

El capitán del brickbarca, Guy de Kerkadouec, tipo curioso, bretón, ya viejo, de pelo muy blanco, atezado, los ojos azules, con un aire de corsario berberisco, era un aventurero.

Habló conmigo y me contó su historia. En la juventud viajó en barcos que hacían la trata de negros; estuvo en España cuando la intervención de Angulema; se metió en negocios de suministros y de contrabando, y tuvo que escapar de la Península, ir a Cuba y establecerse de comerciante.

Hizo allí una vida de crápula; se arruinó, y volvió a navegar. En la Martinica compró una mulata, la llevó a su barco y vivió con ella. La mulata llegó a dominarle y a convertirle en un hombre

prudente. Tuvieron una hija, y la educaron como una señorita en un colegio del norte de Francia.

Cuando ya era muchacha, el capitán Kerkadouec quiso llevar a su hija en el barco a ver los puertos del Mediterráneo, y en el crucero, a la chica, sin duda, le salió a flote su fondo aventurero, y se escapó con un capitán dominicano que conoció en Marsella.

La muchacha vivía en Cuba. El padre deseaba llevarla a su casa, a El Havre; pero ella no quería de ninguna manera volver a Francia. Sentía gran repulsión por Europa y por las costumbres europeas. .

El capitán estaba con este motivo desesperado y deseando irse a pique de una vez para siempre, como decía él.

Guy de Kerkadouec era un escéptico de todo. El sentimentalismo le parecía lo más perjudicial de la época. Tenía opiniones tajantes.

—La emancipación de los negros es una estupidez —aseguraba—. Los negros viven mejor que los obreros de Europa. El amo los cuida por lo que le conviene. Bastaría con que prohibiera el látigo, y aun en muchos casos yo creo que se debía generalizarlo a los blancos.

Yo le escuchaba riendo.

LA «PERLITA»

En el corto tiempo de la travesía me hice amigo de la *Perlita*, la bailarina. Esta había nacido en Londres, de padres andaluces, arruinados en su país, que tuvieron en Inglaterra un comercio de frutas. La *Perlita* era morena, pálida, la cara larga, los ojos grandes y verdosos, las manos aristocráticas y el tipo de gran dama. La *Perlita*, mujer inteligente, atractiva, parecía una figura de salón más que de tablero. Había recibido una educación esmerada; era muy instruida, con gracia y amabilidad en el trato. Bailaba muy bien, con mucha elegancia; tocaba la guitarra y cantaba, aunque con poca voz.

Fanny Stuart comenzó a sentir por su amiga española una amistad celosa. Fanny, más fuerte, más robusta, envidiaba la elegancia delicada de la bailarina.

La *Perlita* bailó delante de mí varias veces y me preguntó:

—¿Qué le parece a usted, don Eugenio? ¿Cree usted que tendré éxito en España?

—No sé; dependerá del sitio en que baile usted. Su manera me parece demasiado fina y elegante. El pueblo quiere una cosa más descarada y más brutal.

—Lo siento, porque si es así tendré que volver a Londres.

La *Perlita*, vestida muchas veces de hombre, de oficial de Marina, levita azul y pantalón blanco, solía pasear con Fanny. Producían grandes entusiasmos entre los marineros, que las piropeaban en varias clases de idiomas. Había una caja de música en el barco, y a sus sonos solían bailar las dos.

El tiempo era caluroso, el sol apretaba de firme, y de noche, en la cubierta, respirando el aire fresco, solíamos tener largas conversaciones. El capitán Kerkadouec nos contaba sus historias de contrabando y de piratería.

Venía con nosotros en el barco, como he dicho, un médico, el doctor Hanstein, de origen austríaco. Parecía hombre muy culto. Comenzó a demostrar su cultura, al embarcar en Port-Vendres, haciendo una disertación histórica acerca del Portus Venneris, dedicado a la Venus Pirenaica, cuyo templo, de la época de los romanos, estaba, según él, en los alrededores, en el promontorio Afrodisium. El doctor Hanstein se decía homeópata magnetizador. Fanny y la *Perlita* estaban entusiasmados con sus historias y sus embustes.

A mí me preguntaron:

—¿Qué le parece a usted el doctor?

—Me parece un poco farsante —les dije yo—. No se fíen ustedes de él. Todas esas historias del fluido magnético y de la adivinación son majaderías. A la mejor ocasión, y con el pretexto de magnetizarlas, intentará explotarlas de alguna manera.

No las convencí; pero pensé después que habría pasado algo de lo dicho, porque las dos se pusieron de pronto en una actitud de desconfianza respecto al médico charlatán. Este, cuando llegamos a Barcelona, se quedó allí, cambió de nombre, y, según me dijeron después, tuvo alguna clientela como homeópata.

Fanny y la *Perlita* fueron a tierra en la lancha y yo me quedé en la *Amable Luisa* en compañía del capitán Kerkadouec.

EL «TORDILLO»

Unas horas después de llegar a Barcelona entró en nuestro barco, con un empleado de la Aduana, un hombre ya viejo a quien indudablemente conocía.

«¿De dónde conozco yo a este tipo?», me pregunté.

De pronto se me vino a la imaginación quién era. Lo había visto en Extremadura en 1823. Era andaluz y tenía una finca en la Venta de la Pajanosá, de Guillena. Le llamaban el *Tordillo*. Pensé que él no me había conocido; pero poco después se me acercó.

—¿No se acuerda usted de mí, don Eugenio? —me dijo.

—Sí, ¡ya lo creo!

—Hemos peleado juntos con el *Empecinado*.

—Es verdad.

El *Tordillo* era contrabandista. Seguía siendo liberal entusiasta. Había dejado a sus chicos la casa y las tierras de la Venta de la Pajanosá, de Guillena, y vivía en Barcelona. Charlamos y recordamos los tiempos pasados de nuestra juventud.

Al día siguiente volvió el *Tordillo* al barco y me dijo que acababa de hablar en el muelle con un amigo policía que había estado a las órdenes de los ministros moderados que acompañaron a María Cristina hasta que tuvieron que huir a Francia al estallar la algarada esparterista. El policía me había conocido en Madrid y deseaba saludarme. Se llamaba Isidro Madruga.

II

LO QUE CONTÓ ISIDRO MADRUGA

A una multitud no se le podía dar más que una frase, una consigna, un grito, algo que fuera muy simple y muy elemental.
(*Humano enigma.*)

Cuando el *Tordillo* me dijo aquel nombre de Madruga recordé que había conocido al agente en el tiempo que estuve preso en la Cárcel de Corte. El policía se hallaba entonces a las órdenes del inspector don Carlos de San Sernín.

El *Tordillo* me preguntó si tendría inconveniente en que viniera a verme al barco.

—¿Quiere venir solo?

—Sí.

—Entonces, que venga.

Después de comer llegaron Madruga y el contrabandista y nos sentamos en la toldilla de popa. Les convidé a tomar café. Hacía muchísimo calor.

Madruga salió de la corte a las órdenes del ministro don Evaristo Pérez de Castro y le acompañó hasta que el ministro tuvo que huir a refugiarse a un barco francés a consecuencia del motín de los esparteristas. Luego, cuando dejó a don Evaristo instalado en el buque, volvió a tierra.

Madruga era un burgalés tosco, rechoncho, achaparrado, la cabeza gorda, el pelo crespo, los ojos negros, brillantes; la cara redonda y afeitada, muy curtida por el sol y el aire, y la expresión ceñuda y de mal humor. Tendría unos treinta y cinco a cuarenta años.

Era decidido, muy listo, sin ninguna cultura y muy valiente. Hablaba con un acento castellano viejo, matizado con cierto tonillo de chulapería madrileña de barrios bajos.

Se mostró conmigo muy atento y me manifestó cierta simpatía. Había venido desde Madrid con la comitiva de la reina. Como yo vi que tenía ganas de hablar, le dije:

—Cuénteme usted con detalles lo que ha pasado, porque yo, como estoy viviendo fuera de España, no sé más de lo que han dicho los periódicos.

—Pues nada —comenzó diciendo el agente con su hablar un poco achulado—. En junio me llamó don Francisco Chico y me dijo: «Oye, tú, Madruga; tienes que ir de servicio con don Evaristo Pérez de Castro. «Pues ¿qué pasa?» «Hay que viajar.» «¿Adónde hay que ir?» «A Barcelona.» «Bueno.» «Parece que la reina Isabel tiene unas escamas herpéticas o alguna otra porquería en las manos, y le han recomendado los médicos que vaya una temporada a un balneario de Cataluña, a Caldas, y después tomar los baños de mar en Barcelona o en Valencia.» «Está bien», contesté yo. Primero dijeron que iríamos por Valencia, y luego que no, que por Zaragoza, que así la reina Cristina podría ver y revistan las tropas de Espartero.

—¿Y qué decían en Madrid del viaje?

—Pues unos decían que era Espartero, que, entendido con los progresistas, se había empeñado en que la reina tomara ese camino. Otros aseguraban que era ella la que quería ver a los soldados, y que había dicho: «Creo en Dios y en el general Espartero.»

—¡Pues estaba aviada!

—¿Por qué?

—Porque Espartero le va a dar un mal golpe.

—Hará bien —replicó Madruga—, porque a esa zorra va no le importa nada del país. No quiere más que dinero y juerga.

—¿Y no le aconsejaron a la reina los ministros? —pregunté yo—. ¿No le pusieron en guardia?

—Sí, decían que sí, que le aconsejaron que no se fiase, que Espartero le podía hacer una trastada; pero ella no hacía caso y estaba deseando marcharse de Madrid.

—¿Y por qué?

—Por los amores de Muñoz.

—Pero eso es viejo.

—Sí, es viejo lo de los amores de Muñoz con María Cristina, pero no lo de los amores de Muñoz con una corista.

—¿Y qué hace este hombre?

—¿Muñoz? ¡Qué va a hacer! Es un mastuerzo, un garañón.

—Pero ¿es que antes era un hombre más serio y más formal?

—No lo sé; creo que era lo mismo que ahora; pero antes no le decían nada a la reina, y después le freían con anónimos.

Esto me hizo pensar que podía ser cierta la intervención de la infanta Carlota en alborotar a Cristina con denuncias, como me había asegurado De Baissac.

—He oído decir que Arrazola y Pita Pizarro le aconsejaron a María Cristina que no saliese de Madrid, y le advirtieron el peligro—le dije a Madruga.

—Puede que sí. Esos son unos raposos muy largos; pero la reina no estaba para oírles. Quería, ante todo, salir de Madrid y verse con Espartero.

—¿Vinieron ustedes mucha comitiva?

—Sí, mucha.

—¿Qué itinerario trajeron?

—El primer día dormimos en Alcalá y tomamos en seguida el camino de Zaragoza. En los pueblos la gente andaba ojo avizor para averiguar si Muñoz dormía o no en la alcoba de la reina. Era lo que preocupaba a todo el mundo. Al entrar en las ciudades del camino, los cortesanos quedaban extrañados del recibimiento frío que nos hacían. Don Evaristo me llamaba y me preguntaba: «Oiga usted, Madruga: ¿qué se dice por ahí?» «Pues la gente dice que la reina es una tía y que se debía marchar.» El ministro quedaba asustado.

—¿Y no había vivas ni aplausos?

— ¡Aplausos, nada! Yo pensaba que iba a haber tomatazos. En Zaragoza comenzaron a dar vivas, pero fue a la mujer de Espartero. Se gritaba: « ¡Viva la duquesa de la Victoria!» María Cristina comprendió la cosa y que ya no se podía volver atrás y, haciendo de tripas corazón, decidió disimular los desaires y hacer el paripé con la mujer de Espartero. Yo, que hablaba con una de las doncellas de la reina, una tal Pura, que se pierde de lagarta, sabía que estaba furiosa.

—¿Quién es esa Pura?

— ¡La Pura! No hay nombre peor dado. Es una mujer liosa y trapalona. Trabajadora también lo es, eso sí; hace sus quehaceres como nadie. En el viaje, para las seis de la mañana ya estaba trajinando: preparamos el baño de la reina, lavando la ropa, planchando, haciendo todo lo que hubiera que hacer en pueblos en donde muchas veces no había nada preparado y donde la gente se dormía en la brega. La Pura no descansaba; pero cuando acababa sus quehaceres, estaba citada con uno o con otro, porque para ella todos eran buenos. Ha tenido que ver con todo el mundo.

—¿Y con usted quizá también?

—No digo que no. La Pura me decía que la reina hablaba mal de los españoles. Muñoz soltaba bravuconadas. Decía que Espartero era un soldadote bruto y sin mérito. ¡Figúrese usted! De oírle yo, le hubiera preguntado: «Y usted, ¿qué es?» Porque Espartero lleva su ejecutoria en su espada, y ya se sabe también dónde la lleva Muñoz.

—¿Así que había mucha hostilidad contra la reina?

—Mucha. Luego, al acercarnos a Cataluña, en los pueblos comenzaron a dar mueras contra el

Ministerio, y en dos o tres los concejales del Ayuntamiento presentaron un manifiesto contra el Gobierno y contra la mayoría de las Cortes. Íbamos de mal en peor.

—¿Y qué decía don Evaristo Pérez de Castro?

—El hombre estaba asustado. Al principio se reunían los tres ministros que iban en la expedición a cambiar impresiones.

—¿Y quiénes eran?

—Pérez de Castro, el conde de Clonard y Juan de Dios Sotelo; pero como éste decían que era muy amigo de Espartero, los dos comenzaron a reunirse solos. Tres semanas después de salir de Madrid, estando las tropas de Espartero entre Cervera y Tárrega, llegamos nosotros, y el general, en presencia de la reina, soltó a sus soldados un discurso con una voz muy fuerte, que se oyó muy bien. Yo estaba al lado de la Pura, la doncella de la reina, que decía: «¡Pero si ese hombre no dice más que burradas! Ese tío es un cazuelo.» ¿Qué iba a decir? Presenció la reina el desfile de las compañías, y oficiales y soldados daban vivas al general y no decían nada de la reina.

—¡Qué desastre!

—Completo. En Esparraguera, en la provincia de Barcelona, tuvieron una conversación la reina y el general acerca de cuestiones políticas. El uno decía que había que disolver las Cortes y cambiar el Ministerio, y la otra que no. Al parecer, Espartero salió muy disgustado de la conferencia. Le pregunté a la Pura: «¿Qué ocurre?» «Nada —me dijo—. Espartero, sin duda, cree que le van a adorar de rodillas, y a la patrona no le importan las cosas de España; a ella le interesan su fortuna, su querido y sus hijos. En la conversación —añadió la Pura—, Espartero, que es muy vanidoso, ha notado que la reina no tiene el menor entusiasmo por él, y se ha picado.»

Me iba dando lo que me contaba Madruga muy mala impresión.

EN BARCELONA

—A las cinco de la tarde del día veintinueve llegamos a Barcelona —siguió diciendo el agente de Policía—; en todos los faroles de la Rambla había unos tarjetones con artículos de la Constitución en letras grandes, y en uno mayor, colocado en el teatro Principal, estaba el juramento de la reina gobernadora de respetar la ley y cumplir sus deberes constitucionales. Al día siguiente, el capitán general de Cataluña, don Antonio Van Halen, uno de los que más han trabajado para unir a Espartero con el partido progresista, pidió audiencia a la reina y la intentó convencer de que no se debían quitar las atribuciones que da la Constitución a los Ayuntamientos, y puesto que el Ministerio no estaba en ello, era lo mejor que dimitiese. Como sabrá usted, en la nueva ley de Ayuntamientos presentada a las Cortes se limitan las prerrogativas de los Municipios.

—Sí, lo he leído.

—En la conferencia, la reina pidió a Van Halen que le llevara un programa completo de su política, y se encargó de hacerlo a don Claudio Antón de Luzuriaga. Este señor, que debe de ser un embolado, modificó un tanto las condiciones que Espartero había propuesto a la reina, conservando lo esencial, aunque sin satisfacer a ninguna de las dos partes. En esto, Espartero viene a Barcelona, según se dijo, llamado por sus partidarios. Tuvo un recibimiento triunfal.

—¿Lo presenció usted?

—Sí, la entrada del duque de la Victoria en Barcelona fue una manifestación como yo no he presenciado otra. Hubo un entusiasmo terrible. El día estaba también soberbio. Entró a la una de la tarde. Estaba medio pueblo en la calle. El general venía de gran uniforme, con todas sus condecoraciones. La gente se le abrazaba a las rodillas y le besaba las manos. Yo no he visto nada parecido. Se alojó en la casa del marqués de Castellvell, en la plaza de Santa Ana. El Ministerio de Madrid manda poco después a la firma de la reina la ley de Ayuntamientos, y ella accede. Pone la firma sin consultar con don Baldomero ni con Van Halen y sin darles explicaciones. El duque se indigna y hace la renuncia de todos sus cargos, empleos y condecoraciones.

—¿Esto era espontáneo, o había algo preparado? —pregunté a Madruga.

—Había de todo. La dirección general la tenían ya los progresistas. El gesto del momento fue una corazonada de Espartero. Como sus partidarios y las logias estaban dispuestos a todo, echan su gente a la calle y comienza el motín. Apenas sonaron los primeros tiros, los ministros pusieron su renuncia en manos de la reina y se las liaron. Todos ellos fueron a embarcarse en el *Fenicio* con más miedo que vergüenza, y en Perpiñán redactaron un telegrama para los periódicos de Francia y de Inglaterra. Yo, como antes que otra cosa soy empleado del Gobierno y no tenía por qué ir a Francia, me presenté al secretario de Espartero y le pregunté: «Yo, ¿qué hago?» «Siga usted por ahora aquí, y ya se le avisará.»

—¿Usted anda por donde le da la gana?

¡Ah, claro!

—¿Y habrá usted presenciado lo que ha ocurrido?

—Sí.

—Cuenta usted todo con detalles.

—El sábado 18 de julio, la gente, cuando supo lo de la firma de la ley de Ayuntamientos, se alborotó y comenzó a dar gritos de «¡Abajo el Ministerio!» En las primeras horas de la noche se metieron en las Casas Consistoriales, por la puerta antigua de la calle de la Ciudad, los artilleros y zapadores de la Milicia Nacional; quedaron ocultos, y a las nueve y media salieron de su escondrijo, desarmaron la guardia, y, apoyados por la Milicia y el paisanaje, se apoderaron de la plaza y cerraron con barricadas sus avenidas. El grito era: «¡Abajo el Ministerio y abajo la ley de Ayuntamientos!» La reina hizo llamar, después del motín, a Espartero y a Van Halen. Les da cuenta de la renuncia y de la partida de sus ministros, y les dice: «Vosotros, como jefes del ejército, seréis responsables de los atropellos que se puedan cometer.» Al saberse la renuncia del general hubo gran tumulto en el pueblo.

—¿Esto estaría preparado por los progresistas?

—Es lo más probable. La reina, según me contó la Pura, quiso que el duque de la Victoria marchase a Madrid y se pusiera al frente del Gobierno: pero el duque veía en esto una maniobra por la que querían separarle de sus tropas e inutilizarle, y dijo que no. Entonces, Espartero pidió permiso a Cristina para marcharse a Sans, donde tenía el cuartel general. Ella le dijo: «Te puedo necesitar para imponer el orden.» El le replicó: «En el estado actual, no sé si podré contar con las tropas para una cuestión política.» «Pues bien: entonces, vete donde quieras.»

—¿Y usted cree que Espartero ha obrado siempre por cuenta propia?

—No sé. Los ministros que yo he vigilado, sobre todo Pérez de Castro, que tenían su camarilla, creían que ha sido Olózaga el que llevaba la dirección oculta de los acontecimientos.

OLÓZAGA Y LA REINA ISABEL

Ahora una divagación sobre Olózaga. Cuando oí esto a Madruga, pensé que no andaba descaminado Pérez de Castro.

Don Salustiano Olózaga era hombre de recursos; un poco Don Juan, un poco pérfido.

Los conservadores le tenían por hombre sin escrúpulos. *Capitán de Muertos* de llamaban sus enemigos, porque en sus evocaciones históricas hacía figurar a personas aún próximas en el tiempo para escarnecerlas. El reproche no se me figuró nunca de gran valor. El culto de los muertos es muy de reaccionarios. A mí me parece que tan muerto es Julio César como el hombre que acaba de fallecer.

A Olózaga le llamaban otros, en broma, el *Cantar de la Salve*, por aquellas palabras célebres de su discurso contra Espartero: «¡Dios salve al país! ¡Dios salve a la reina!»

Olózaga fue siempre protegido por las damas de la alta sociedad como hombre guapo. Su éxito con las mujeres le había dado la actitud del hombre mimado, un tanto falso, capaz de hacer

traiciones a las gentes. Lo mismo le pasaba al general Serrano, otro caballero de Faublas, rival en arrogancia y en aventuras de Olózaga.

Olózaga, Serrano y uno de los Fulgosios, no sé si el fusilado cuando lo de don Diego de León, o el general muerto en la plaza Mayor de Madrid en 1848, fueron los tres hombres más solicitados por las damas aristocráticas de la época. Todo hace pensar que Olózaga tuvo algo que ver con Isabel II. De Serrano, el general bonito, no cabe duda. Fulgoso, según parece, tenía un harén entre las damas de Palacio, y éstas mostraban las señales de puñetazos y de bofetadas del militar como marcas de honor.

En cambio, Narváez, González Bravo y otros muchos eran hombres de mala suerte en sus amores.

Narváez fue burlado por la bailarina la Fuoco, de la que, al parecer, estaba encaprichado. La Fuoco y la Guy Stephan fueron dos bailarinas célebres y rivales en Madrid. La Fuoco era la protegida de Narváez, y la Guy Stephan, la favorita de los progresistas. Los aplausos a una o a otra eran como un trágala a los enemigos. La Fuoco se la pegaba al *Espadón* de una manera descarada. González Bravo encontró una noche a su mujer, que era hermana de Julián Romea, en la cama con un cura que era sobrino del obispo de Madrid. Se dijo que lo mató, que lo llevó a casa del obispo y lo dejó allí muerto. Otros afirmaron que lo hirió solamente.

Don Salustiano Olózaga, ayo de la reina, fue acusado de violentar a Isabel II haciéndole firmar un decreto. La cuestión Olózaga quedó oscura para el público. La versión corriente fue que don Salustiano obligó con violencia a firmar a Isabel II un decreto de disolución de Cortes. Cuando se examinó el decreto, manuscrito, se vio que la firma real era la corriente.

La reina mintió en la declaración, diciendo que Olózaga, para obligarla a firmar, le había sujetado del vestido y había echado el cerrojo a la puerta de la cámara, cuando la cámara no tenía cerrojo.

La versión que corrió entre algunos palaciegos fue que la reina Isabel, de trece años entonces, y don Salustiano, de cerca de cuarenta, se entendían. La niña llamaba al cuarentón cariñosamente Salustiano y le pedía libros pornográficos, que él le proporcionaba. En la intimidad, Olózaga se desmandaba con la reina niña en presencia de los ministros hasta extremos poco decentes, y entonces Narváez, González Bravo, la marquesa de Santa Cruz, aya de Isabel, y los palaciegos inventaron la escena del desacato y de la violencia para inutilizar a Olózaga, a quien odiaban por su petulancia y por su soberbia.

Don Salustiano se había distinguido siempre por sus costumbres libres, y había formado en su juventud una sociedad de los Caballeros de la Cuchara, con el programa de dedicarse a las cenas y a los bailes y a las aventuras amorosas.

Olózaga siguió durante toda su vida siendo caballero de la Cuchara, y tuvo gran éxito entre las señoras.

Al parecer, la única mujer que le resistió y le despreció fue sor Patrocinio, la monja milagreira.

Años después, cuando invitaron a la reina Isabel a que amnistiara y perdonara a Olózaga, ella replicó:

—No puedo perdonar a un hombre que no me ha ofendido.

MADRUGA CONTINÚA SU NARRACIÓN

—Siga usted su relato —le dije a Madruga.

—Al presentar la dimisión Espartero y no aceptarla la reina, se produjo en Barcelona un nuevo alboroto. El Ayuntamiento se declaró en sesión permanente; se hicieron barricadas en la avenida de la plaza de Palacio y aparecieron grupos que gritaban: «¡Viva la Constitución!» «¡Viva el duque de la Victoria!» «¡Viva la independencia nacional!» ¡*Mueran* los franceses!» «¡Muera la reacción!» «¡*Mueran* los ministros!» El café de los Tres Reyes, próximo a la plaza de Palacio, estaba lleno de

público y los oradores espontáneos echaban discursos furibundos. Se hablaba mal de la reina en todas partes. Los progresistas la llamaban la *Felipona*, y los carlistas, la reina masona y la señora de Muñoz.

—¡Qué desdicha!

—Entre tanto, un gentío inmenso invadía la plaza de Palacio, pidiendo a gritos la caída del Ministerio y que se retirase la ley de Ayuntamientos, y otros grupos llenaban la plaza y Santa Ana aclamando a la libertad y al duque de la Victoria, y dando mueras al Ministerio y a los traidores. Se asomó el general al balcón, tranquilizó a la gente, y, seguido de la multitud, fue a conferenciar con la reina. Era media noche cuando Espartero se presentó en el palacio donde estaba alojada María Cristina. Al salir el general, arengó a la multitud con su voz de clarín: «Ciudadanos —dijo—: La reina gobernadora, teniendo en consideración las justas peticiones del pueblo, accede a vuestras demandas. Volved todos a vuestras casas y estad seguros de que vuestros deseos serán cumplidos.» Se repitieron los vivas al duque de la Victoria, y ni una sola vez se aclamó a María Cristina, a pesar de que el general había querido hacer recaer sobre ella la gloria de la concesión.

—Aparentemente.

—¿Por qué dice usted aparentemente?

—Porque Espartero tenía que saber muy bien que el pueblo veía en sus palabras una pura fórmula.

—Sí, es verdad. Todo el mundo pensaba que, por la reina, la ley de Ayuntamientos no sería revocada, y que sólo por influencia del general se conseguiría retirarla. De la misma manera la gente comprendía que la reina, por su gesto, no alejaría de su lado a sus amigos moderados para traer a los progresistas.

—Eso prueba que las palabras de Espartero eran una maniobra hábil.

—Es posible, no digo que no.

—Bueno, siga usted.

—Los grupos se fueron disolviendo tranquilamente en la plaza de Palacio. Después, Espartero y Van Halen, con un lucido Estado Mayor, se dirigieron a la plaza de San Jaime y penetraron en las Casas Consistoriales. El duque de la Victoria comunicó al Ayuntamiento el resultado de la entrevista con la reina. La tranquilidad quedó restablecida en el pueblo. Se nombró el nuevo Ministerio, y el público lo acogió con entusiasmo. Se iluminaron las casas con farolillos y se dio una gran serenata debajo de los balcones del alojamiento del duque. La posición de la reina era tan desairada, que constituía un bochorno para ella. La Pura estaba furiosa. «Nos echa —decía—. A ese animal de Espartero, ¿por qué no lo matarán?»

LOS MODERADOS

—Pero ¿la reina no tenía algunos partidarios en Barcelona? —pregunté yo.

—Sí, los moderados.

—¿Y no hicieron algo?

—Sí. Hicieron algo días después —contestó Madruga—; una tontería. Intentaron desagrar a la reina, pero no tuvieron éxito. Prepararon una manifestación a favor de María Cristina, con el fin de contrarrestar el desaire de la mayoría del pueblo. Convinieron en reunirse al día siguiente en la plaza de Palacio y en dar vivas a la reina madre. Supieron los progresistas el proyecto, y, tomándolo como una provocación, acudieron a la plaza. Yo fui a ver la cosa, porque me dijeron que habría palos.

—¿Y los hubo?

—Sí. Los moderados llevaban todos sombrero blanco de castor, y los progresistas iban vestidos de artesanos. El martes, 21, por la tarde, al salir a paseo la familia real, los elegantes rodearon el coche y saludaron con vivas estrepitosos, agitando los pañuelos y gritando: «¡Viva María

Cristina!», «¡Viva la regencia neta!», «¡Muera el nuevo Ministerio!» y «¡Muera el traidor!» Al poco tiempo, los progresistas comenzaron a vitorear a Espartero. El coche real se abrió paso entre la multitud, y al poco rato empezaron los palos y las bofetadas, y la plaza quedó desierta, llena de sombreros blancos, de bastones rotos hasta de faldones de frac. A esto le han llamado el motín de las levitas. Dijeron que la manifestación de los moderados la organizaron los jovellanistas.

—¿Aquí también salieron victoriosos los enemigos de la reina?

—También. Aquella noche llegó a Barcelona uno de los números, mas escandalosos de *El Guirigay*, el periódico de González. Bravo. En este número se pedía para los ministros moderados el presidio o el garrote, y se llegaba a llamar a María Cristina la *Prostituta*.

—¿Qué brutalidad!

—La Pura tenía este número, que me prestó.

—¿Así que la estancia de la reina aquí ha sido un desastre?

—Completo.

—¿No hay partidarios suyos?

—Pocos. La aristocracia y parte de la Milicia Nacional están con ella. Las tropas y la plebe son partidarias del duque de la Victoria.

—En fin, que Espartero es el amo.

—Es evidente. Además, aquí se habla muy mal de la reina. Se le atribuye una gran pasión por reunir riquezas; se dice que es una avara y que es capaz de venderlo todo.

—Sí, ya con esa fama no volverá a ser popular.

LOS VENCIDOS

—En esta asonada entre esparteristas y moderados —siguió diciendo Madruga— murió un joven abogado, don Francisco Balmas, hombre de carácter violento y de mucha energía. Al salir a la calle, al atravesar después la Rambla, cerca de la calle de Guardias, fue insultado por algunos hombres, que le echaron en cara la parte que había tomado en la manifestación de la tarde anterior. Unos decían que le conocían como absolutista; otros, que le reconocieron como moderado por su sombrero blanco. Balmas era de la Milicia Nacional. Viendo él que se formaba un grupo cada vez más numeroso, que le seguía en actitud amenazadora, apresuró el paso y se metió en su casa de la calle de San Pablo, para lo que tuvo que saltar una tapia y disparar un pistoletazo a uno que le acosaba de cerca. Una vez dentro de su habitación, cerró puertas y ventanas, cogió un fusil, y como era gran cazador y tenía mucha puntería, se defendió a tiros, matando a tres e hiriendo a ocho. Los sitiadores entraron por fin en su habitación. Le mataron y echaron el cadáver por el balcón. En la calle le ataron por los pies con una cuerda y le arrastraron por las calles, dando gritos salvajes.

—¿Qué bárbaros!

—Yo me enteré en la Rambla de lo que ocurría, y me dijeron que era un criminal que no quería rendirse, y que la Milicia y la Policía le asediaban. Había militares y soldados por allí cerca; pero fueron retirándose porque les decían que se trataba de la captura de un bandido. Por lo que me aseguraron, Balmas se defendió como un valiente; le atacaron por todas partes, horadaron los tabiques de su casa y el techo de la habitación, y cayó acribillado de heridas.

—¿Qué crueldad!

—Era tanta la furia de aquellos brutos al arrastrar el cadáver, que se rompió la cuerda al pasar por delante de una casa que se estaba construyendo. Pidieron una maroma a los albañiles para sustituirla; pero éstos, sin hacer caso, se escaparon. Intentaron después atar el cadáver a la zaga de un carro de la basura que acertó a pasar en aquel momento; pero el basurero, asustado, echó a correr. A las once de la mañana arrastraron el cadáver hasta la puerta del cuartel de Atarazanas, en donde los oficiales, indignados al ver el espectáculo, la emprendieron a sablazos con aquellos salvajes, dispersándolos y rescatando el cuerpo, hecho trizas, del desgraciado Balmas.

—¡Qué salvajismo se desarrolla todavía en los pueblos!

—Algunos aseguran que el abogado, viéndose perdido, se suicidó poniéndose el cañón de la escopeta debajo de la barba y disparando el último cartucho. No se sabe. Esta muerte ha impresionado mucho, según dicen, a Espartero; el general, alojado muy cerca de la casa de Balmas, se ha lamentado de la barbarie de la chusma. El ambiente de Barcelona está muy excitado, y puede ser peligroso, no sólo para la reina, sino también para el mismo general. El duque de la Victoria ha publicado un bando prohibiendo los vivos y los muertos y el uso de toda clase de armas, excepto a los militares del ejército permanente. Ha declarado también la ciudad en estado de sitio.

EN MADRID

—Todo eso es el lugar común político. ¿Y de Madrid, sabe usted algo? —pregunté a Madruga.

—En Madrid se ha perseguido al ministro Arrazola. Don Lorenzo, que es un cuco, escapó como pudo, y anduvo huyendo por los pueblos de la provincia de Zamora. El alcalde de Madrid, don Joaquín María Ferrer, hombre de gran deseo de figurar y de farolear, en unión de Gamboa, Sainz de Baranda y de algunas personas de menos pelaje, ha preparado la subida de Espartero. Hace poco ha comenzado a publicarse el periódico *El Huracán*. *El Huracán* aconseja la República, pide un juicio público contra la reina y que se le imponga una pena como criminal. Le secundan *El Guirigay* y *El Trueno*.

—¡Demonio, qué severidades!

—Al mismo tiempo se ha publicado un folleto anónimo con el título de *Casamiento de María Cristina con don Fernando Muñoz*, y como el tono es muy agrio y parecido al de *El Guirigay*, se le atribuye a González Bravo; pero no es de él.

—¿Pues de quién es?

—Es de un tal Pereira, amigo del infante don Francisco. Pereira intrigó desde Portugal; luego, dentro de España. Su libelo, de pocas páginas, se vendió en Madrid, primero a cinco pesetas; luego más barato, hasta venderse a dos cuartos. Pereira, antes de publicar su folleto, según me ha dicho don Evaristo Pérez de Castro, estuvo en Inglaterra; de Inglaterra pasó a El Havre, y después a Abbeville, donde se vio con los infantes y con el conde de Parcent, que le dieron los datos contra María Cristina.

Me pareció recordar que este Pereira fue el que hizo *El Graduador*, periódico que atacaba constantemente a María Cristina. Pereira se llamaba Juan Manuel. Yo no lo conocí.

Madruga me dejó el folleto de Pereira, que, naturalmente, no tenía fecha ni lugar de impresión, y que al final decía: «Imprenta del Pueblo Soberano.»

Algunos párrafos del folleto revelaban la complicidad de la infanta. Unos de los que me parecieron más reveladores fueron éstos:

«El matrimonio de Cristina con Muñoz ha traído a España males de una gravedad que hoy no se puede todavía medir. Una sensualidad estragada y de baja ralea ha inficionado los salones de Palacio; una familia sin educación ni saber se ha apoderado de la voluntad de la reina, y la camarilla ha degenerado hasta lo más vil y estúpido de la sociedad. La inocente Isabel no sabe ni tiene más maestro, a la edad de diez años, que de leer y escribir, y con el trato y aprendizaje de los Muñoz habrá de casarse de aquí a dos años. ¿Una infeliz estanquera, una hija criada detrás del mostrador, y otros parientes de iguales circunstancias, son lados a propósito para formar una reina de España?»

Después, en el folleto, contaba quiénes eran los que formaban la camarilla interior de Cristina, gente toda de poca importancia, y hablaba de los negocios de don Salvador Enrique de Calbet, secretario de la Mayordomía mayor de Palacio, hombre de influencia, por ser el querido de la marquesa de Valverde, digna pareja y compañera inseparable de Cristina.

«Una reina que en esta sociedad vire, que de tales gentes hace caso y que con ellas juega y comparte el patrimonio de su hija reina, ¿puede convenir al trono y al Estado?»

»La codicia que se ha asociado a este género de vida es espantosa. Extracciones de alhajas, cuadros y preciosidades; venta de cuanto había en los palacios reducibles a dinero; negociaciones escandalosas a nombre del tesorero Gaviria; banalidad y corrupción para recibir gruesas sumas de los ministros y de los contratistas, todo lo hemos palpado. El negocio de los azogues, que tanta indignación ha producido contra Toreno, no valió menos a Cristina que al conde; por eso no se apurará jamás la verdad en este puerco asunto.

»El español que sea digno de este título vea si es posible que una regencia así prostituida sea útil, ni tolerable siquiera, para nuestra reina Doña Isabel II, ni para la nación, que se ha sacrificado por asegurar el trono. Aquélla acabará de perder su patrimonio y los bienes de la corona, que servirán a sus desconocidos cohermanos y a una camarilla rapaz. Nosotros, robados y desmoralizados, sufriremos mayores daños y tiranías, y, abandonada la educación de la reina niña, tendremos que llorar otro medio siglo de desgracias.

»Pero no; que, evidenciado el casamiento de la viuda de Fernando VII, su incapacidad legal para ser tutora y regente está a la vista del mundo entero. Nuestras leyes han previsto estos casos; no consienten que guardadores que dilapidan el patrimonio del menor mantengan la tutela, ni que la madre que se casa segunda vez tenga en guarda los hijos del primer matrimonio.»

En todos estos párrafos se transparentaba la influencia de Luisa Carlota.

PASQUINES

—Además de todo esto —siguió diciendo Madruga—, aquí se dicen pestes contra María Cristina y se le insulta en los pasquines que se ponen en las paredes. En algunos periódicos no la llaman reina regente, sino la señora de Muñoz.

—¡Qué final!—exclamé yo.

—El otro día aseguraba uno en el café de la Noria que cuando Domingo Ronchi era director de Loterías, los billetes con números premiados que no se habían vendido aparecían comprados por las camaristas de María Cristina y los premios se repartían entre ella y el guaja del italiano.

—No creo que eso sea verdad. ¿Qué pruebas puede haber?»

—No hay pruebas, pero se cree. Esa mujer nos ha reventado con sus amores y sus líos y su avaricia, que no respeta nada. Juega a la Bolsa, especulando con las desgracias del país; todo lo ha usurpado y de todo ha hecho comercio. Ha llegado hasta el extremo de vender a los ropavejeros los trajes del rey su marido.

—¿Usted lo cree?»

—Lo dice todo el mundo. A mí me lo ha asegurado la Pura. La tal Doña Cristina es una ansiosa de mala ley. Es hasta negrera. Usted sabrá que los capitanes generales de Cuba han recibido muchas veces órdenes de permitir sin inspección la descarga de tal o cual buque por llevar efectos pertenecientes a Doña María. Cristina, y estos efectos son negros comprados en África para ser vendidos en América por cuenta de la reina. Yo soy un empleado humilde, de un oficio poco apreciado por la gente; pues bien: jamás haría una cosa parecida.

—Pero puede haber mucha invención en todo eso, amigo Madruga.

—No creo; todo el mundo sabe que María Cristina está acumulando en España y en el extranjero una gran fortuna, y que esta fortuna no puede tener un origen limpio.

LOS CARBONARIOS

Hablamos después de las gentes que propalaban estos rumores, y nos fijamos en los carlistas y en los carbonarios.

Por aquel tiempo se agitaba otra vez la sociedad carbonaria.

—¿Usted sabe algo de eso? —le pregunté a Madruga.

—Poco. Ahora parece que esas gentes celebran sus reuniones en una casa de la calle de Jacometrezo.

—¿Y quiénes andan metidos ahí?

—Usted los conocerá mejor que yo, al menos a los que, forman el centro directivo. La mayoría son jóvenes ambiciosos que se las echan de republicanos, pero que quieren llegar a diputados a Cortes. A la cabeza de la Junta directiva está González Bravo, que usa el nombre de Confucio. Esta mascarada celebra sus juntas nocturnas en la casa de un hermano o primo, porque parece que se llaman primos, en la calle de Jacometrezo, y, al parecer, acuden a ellas Espronceda, Calo Mateo y varios militares.

MADRUGA TERMINA SU NARRACIÓN

—Después de apaciguado el tumulto —siguió diciendo Madruga—, quedaba mucho que hacer. No habían sido sustituidos los tres ministros que estaban en Madrid ni nombrado el nuevo Gabinete. El duque de la Victoria presentó una lista de candidatos. La reina se resistió a firmar los nombramientos, y a lo último, cedió. Hubo en Madrid nuevos jaleos; las autoridades del partido moderado renunciaron a sus respectivos cargos. Se presentaron a Cristina los nuevos ministros, y el jefe del Gabinete expuso a la reina el programa político del Gobierno. La regente dijo que no aceptaba el programa, y el Ministerio progresista se fue como una cocinera a quien le despachan el primer día de entrar en la casa.

—¿Y quién aconsejaba a la reina?

—No lo sé; quizá tenía instrucciones de Luis Felipe; quizá obraba por cuenta propia. La reina no se atrevió a llamar de nuevo a los moderados, aceptó la dimisión del presidente, y propuso un Ministerio con otros hombres del partido progresista.

—Yo no me explico nada de eso.

—Yo, tampoco. Hubo después una tregua; la reina volvió a llamar a los ministros recién nombrados y discutió con ellos su programa. Cada día, según mi amiga la Pura, había una nueva intriga. La reina, al parecer, tanteaba...

—Pero ¿para qué?

—No lo sé. El caso es que, a lo último, comprendió que la cuestión de las personas no tenía importancia, y que los esparteristas estaban decididos a intentar la revolución si ella no cedía. María Cristina, dispuesta a rechazar el programa progresista, no quiere en estos momentos exponerse a volver a hacerlo en Barcelona. Las tendencias medio republicanas de este pueblo y las muestras de adhesión que ha dado a Espartero han obligado a Cristina a buscar otro sitio donde con más facilidad pueda llevar a cabo su propósito de libertarse de los progresistas, y ha pensado ir a Valencia. Ella quisiera dejar a los moderados en el Poder y marcharse al extranjero por unos meses.

—No comprendo lo que hace esa mujer.

—Yo, tampoco; pero si los hombres no saben lo que se hacen, ¿cree usted que las mujeres lo van a saber?

—Ella no parece que sea tan estúpida. No me explico esta contradicción. Dice que quiere marcharse fuera de España, y ahora busca la manera de quedarse. Aseguran que no le interesan los asuntos de la política, y defiende una política con tesón. Tiene entusiasmo por Espartero, y no

quiere nada con él. ¡Le digo a usted que no lo comprendo!

—Yo, tampoco. Para aclarar la cuestión fui a ver a la Pura, la doncella, y ésta me dijo que la reina, cuando partió de Madrid, no creía que las cosas fueran tan lejos; que en Barcelona le habían aconsejado que resistiera, y que en este mismo sentido le habían escrito de Francia, no sabía si el rey o algún ministro de allí. A Cristina el marcharse le parecía bien; pero el que la echen la indigna, y, según parece, tiene informes que le hacen pensar que Espartero quiere desterrarla y quedarse con la regencia.

—¡Puede ser que sea así! ¿Y usted qué va a hacer, Madruga?

—Yo pienso embarcarme dentro de unos días para Valencia, donde me han dicho que vaya.

Me despedí afectuosamente de Madruga y del *Tordillo*, bebimos una copa de auténtico ron de Jamaica, con que nos obsequió el capitán Kerkadouec, y brindamos por vernos de nuevo en mejores tiempos.

Yo hubiera seguido a Valencia; pero como no las tenía todas conmigo, decidí volver a Francia y marchar a Marsella en la *Amable Luisa*, que partía al día siguiente.

La conversación con el policía fue para mí un indicio claro del desprestigio de María Cristina. Ya no volvería a tener popularidad.

No se comprendía fácilmente cómo una mujer, recibida hacía doce años en España como una diosa, en cuyo reinado se había resuelto una guerra como la carlista, había podido llegar, en su desprestigio, a perder ya no sólo el aura popular, sino a ser pasto del odio de la gente.

Como dijo un poeta en un periódico:

La trajo el iris y la lanza el trueno,
cual hoja seca de aguilón llevada.

A pesar de su impopularidad y de su desgracia, yo me sentía unido a ella y pensaba seguir defendiéndola.

III

UN AMULETO

A *Manón* le gustaba vestirse de chico y bailar con otras muchachas haciendo de hombre,

(*Las figuras de cera,*)

Por la tarde fueron Fanny y la *Perlita* al barco. La *Perlita* dijo que estaría pocos días ya en Barcelona. Se marchaba a Valencia. Supuse que sus bailes no producían gran entusiasmo. La indiqué que, a la madrugada, partía yo en la *Amable Luisa* para Marsella

Estuvimos charlando, y bebimos una copa de pedrojiménez como despedida. Luego la *Perlita*, vestida de marinero, bailó con Fanny, haciendo de chico, al son de la caja de música.

Después mostré a las dos muchachas en mi camarote las baratijas compradas por mí en casa de Capet, sin decirles en dónde las tenía. Como no había ninguna de oro, a Fanny Stuart no le interesaban, La *Perlita* quise a toda costa que le regalara un camafeo pequeño con trazas de amuleto. Era como una medalla del tamaño de un escudo de plata, con filigranas, y en medio tenía una piedrecita amarillenta, con un grabado en los dos lados. En el uno había una calavera, que, sin duda, representaba la Muerte, y en el otro, una cabeza de hombre joven de gran vigor, que debía ser la Vida. Alrededor se veían unos signos confusos.

Ver la *Perlita* aquello y antojársele, fue todo uno. Yo pensé que la bailarina era un tanto supersticiosa. Me resistí, por broma, a darle el medallón, y, al último, le dije:

—Está bien. El medallón es para usted; pero con ciertas condiciones,

—¿Qué condiciones?

—Que a cambio de él, cuando vaya usted a Valencia, me envíe usted tres o cuatro cartas contándome lo que pase en el pueblo durante la estancia de la reina.

—Pero ¿ya lo sabré hacer yo, don Eugenio? —me preguntó ella, alarmada.

—Sí, va lo creo. Con que me cuente usted lo que oiga, basta.

—Bueno, pues entonces está hecho el trato.

—Escribame usted a estas señas, que son las de un amigo jefe de Policía en Tolosa.

—Muy bien.

Nos despedimos, y al día siguiente salía yo para Marsella.

IV

LOS INFORMES DE LA «PERLITA»

La reina estuvo siempre muy celosa de Muñoz, y más que las cuestiones políticas, le preocupaban las aventuras de su marido,

(*El sabor de la venganza.*)

La bailarina cumplió su prometido, y me mandó una relación de lo que vio y oyó durante su estancia en Valencia. Supuse si la informaría Isidro Madrugá, que fue con ella en el mismo barco y después la visitó en el teatro donde trabajaba.

La *Perlita* me escribió varias cartas. Esta fue la primera:

«Valencia, septiembre.

Amigo don Eugenio: Muy desagradable y muy triste debió de ser para la reina regente la estancia en Barcelona, donde sufrió la pobre señora tantas humillaciones. Yo la compadezco mucho. Mis padres eran realistas fervientes. Yo también lo soy,

La reina se quedó sola en Barcelona; sus esfuerzos para defenderse no tuvieron éxito; entonces nombró, como sabe usted, presidente del Consejo de Ministros al general Espartero, y, viéndose desamparada, decidió venir a Valencia,

Dicen que estaba aconsejada por O'Donnell, y que éste le indicó la conveniencia del viaje,

La reina vino en el vapor mercante el *Ralear*; llegó aquí el 25 de agosto; la acompañaba la duquesa de la Victoria como primera dama de honor. María Cristina no quería venir por tierra; temía el recibimiento de los pueblos del tránsito.

Al llegar a Valencia, en un artículo de un periódico, *La Tribuna*, se ha-biaba de la ingratitud de los reyes y de los sufrimientos del pueblo.

Al desembarcar aquí, según me han dicho, se le presentó el Gobierno provisional, formado en el Ayuntamiento de Madrid, presidido por Ferrer, y, en términos categóricos, le presentó su programa..

La reina, naturalmente, no acostumbrada a estas actitudes, escuchó a Ferrer con impaciencia, y, al despedirle, le dijo secamente:

—La contestación se la daré a usted en breve.

Los conspiradores de Madrid rece que estaban preparados desde hace tiempo y esperaban la llegada del duque de la Victoria para subir al Poder.

Los partidarios del duque, por lo que dice un periodista que viene al saloncillo del teatro donde yo trabajo, temen la acción de tres hombres: de don Diego de León, a quien, según se asegura, los progresistas han engañado; de don Ramón María Narváez, entusiasta de la reina y enemigo furioso de Espartero, y del general O'Donnell, quien también comienza a ver con malos ojos el encubrimiento excesivo del duque de la Victoria.

La llegada de la reina Cristina a Valencia ha sido para ella un desencanto. La pobre señora supuso que aquí encontraría apoyo y partidarios fieles; no ha encontrado ni una cosa ni otra.

La reina vive en la plaza de Santo Domingo. En esta plaza está el palacio del conde de Cervellón, donde se aloja, y se alojaba también Fernando VII.

La plaza de Santo Domingo, cerca del palacio de la reina, se ve siempre llena de tropas, y, según dicen, no se puede entrar en ella más que con un pase militar.

La reina se ha engañado; suponía a los valencianos menos rebeldes que los catalanes. Con esta creencia provocó la dimisión del Ministerio del señor Ferrer, y nombró, para sustituirle, a don Modesto Cortázar, con otros señores simpatizantes del partido moderado, entre ellos el general Azpiroz.

Los progresistas han dicho que este cambio era un guante de desafío arrojado por María Cristina al partido liberal.

La reina busca el apoyo del general O'Donnell, quien ha asegurado que el militar no debe mezclarse en política. El peso de la espada no debe inclinar la balanza en el destino de la nación. Esta frase es del joven periodista que viene a charlar a mi cuarto, no mía. No vaya usted a creer, don Eugenio, que quiero adornarme con plumas ajenas.

Al tener la reina noticia de la insurrección de Madrid, mandó a Espartero una orden para que marchase a sofocarla con un cuerpo de ejército. Le decía en este documento:

«La revolución no se hace contra los ministros, sino contra la reina, y para probártelo, te envío estos periódicos de Madrid, en los cuales se me acusa de haber conspirado contra la Constitución del Estado. Bien sabes tú, Espartero, que soy incapaz de faltar a mis juramentos.»

El general ha contestado con una exposición pública a la reina, en la cual le dice que no puede obedecer sus órdenes, temeroso de que sus tropas no quieran batirse contra el pueblo. Ha añadido un párrafo que se ha comentado mucho:

«No es una pandilla anarquista, sino el partido liberal quien ha tomado las armas para no soltarlas hasta ver sólidamente asegurado el trono de vuestra hija, le regencia de Su Majestad, la Constitución de 1837 y la independencia nacional.»

Según me aseguran, esto de la independencia nacional está dicho porque los liberales creen que María Cristina somete las cuestiones importantes a la opinión de Luis Felipe, y después la sigue con demasiada fidelidad.

Ha habido militares de prestigio que se han brindado a venir a defender a la reina. Se dice que don Diego de León ha escrito una carta ofreciéndole su espada y la de dieciocho generales españoles compañeros suyos.

María Cristina ha contestado que no quiere de ninguna manera que su persona dé lugar a una nueva guerra civil.

Los maldicientes afirman que la reina está deseando dejar España y que todas sus supuestas vacilaciones son fingidas,

La reina, acorralada, ha nombrado a Espartero presidente del Consejo de Ministros, encargándole la formación del Gabinete. El general ha ido a Madrid a reunirse con sus futuros colegas, y de vuelta se ha presentado con ellos a Doña María Cristina.

La reina, según parece, les pidió las bases de su programa. En este programa se exige, según dicen, la di-solución de las Cortes, la suspensión de la ley de Ayuntamientos y un manifiesto en que Cristina haga recaer la culpa de lo pasado sobre sus ministros, y en el que, al mismo tiempo, se comprometa solemnemente a respetar la Constitución con todas sus consecuencias, las cuales no serán entorpecidas en adelante por influencias oscuras y siniestras.

Esto me parece obligarle a llevar un *inri* que creo que ella, como reina, no aceptará. Le escribiré el desenlace de esta cuestión.

Adiós, don *Eugenio*. — *Dolores la Perlita*.»

V

MÁS CARTAS

He leído su carta y me da mucha pena ver que lleva usted una vida tan arrastrada y que pasa usted tantos trabajos y fatigas. Mi pobre don Eugenio, le veo a usted muy mal.

(Con la pluma y con el sable,)

Como la carta de la bailarina había dado una idea más clara de lo ocurrido en Valencia que lo que decían los periódicos, escribí a la *Perlita* agradeciéndole sus informes y pidiéndole que me siguiera escribiendo. Le contaba las dificultades que había tenido con la Policía al desembarcar en Marsella y cómo me habían detenido y querido prender.

La bailarina me contestó con una esquila lamentando mis percances y exhortándome a vivir tranquilo y bien avenido con las leyes. Esto me hizo gracia.

Después hablaba en otra carta de los asuntos políticos.

«Valencia, octubre.

Amigo don Eugenio: Hoy se me ha presentado en el teatro Isidro Madruga, el agente de Policía que estuvo hablando con usted en la *Amable Luisa*, con una tal Pura, que es doncella de la reina. Esta Pura es una mujer simpática, charlatana y atrevida, que sabe todos los líos y murmuraciones de la Corte. Según ella, si su me ama no estuviera enamorada de Muñoz, que es un zanguango, se arreglaría todo. Con que le hiciera unas cuantas cucamonas a Espartero y a esos viejos tontos que le aconsejan al general, quedaría el país tranquilo.

Según la Pura, María Cristina sabe bien lo que pasa y en Barcelona le dijo a un palaciego:

—Esto es otro golpe como el de La Granja, con la diferencia de que aquello estaba dirigido por sargentos, y esto, por generales.

Según la Pura, María Cristina accedió a lo de La Granja porque los sargentos le dijeron que si no firmaba la Constitución fusilarían a Muñoz.

Para la Pura, estas cuestiones de la política, tan serias según los hombres, no son más que tonterías y un arte de fingir desdenes y de hacer carantoñas.

La Pura nos ha contado una porción de cosas y nos hemos reído mucho.

Como me decía usted, don Eugenio, aquí no tengo éxito. Mis bailes les parecen poco desgarrados y violentos y no gustan. Tendré que volver a Inglaterra.

Siguiendo mi oficio de corresponsala, le diré que de Madrid llegan noticias de motines en calles y plazas,

La efervescencia popular es grande; la mayoría grita: «¡Viva Espartero!»; algunos, «¡Viva Isabel II», y nadie, «¡Viva María Cristina!»

La lucha entre la reina y Espartero se acusa cada vez más. Personalmente se dice que no se tienen odio. Sus partidarios son los que les ponen a uno frente al otro. La reina parece que tiene interés en quedarse en España; ha enviado dos candelabros de plata a la capilla de la Virgen de los Desamparados, y están siempre encendidos en el altar como una ofrenda.

Los directores del movimiento anticristino, por lo que me dice el periodista que viene aquí, son don Luis González Brao y don Fernando Corradi.

Ayer, mientras estaba yo en mi cuarto del teatro con algunos amigos, el periodista hablaba de la Taglioni, de la Fanny Essler, de Lola Montes y de otras bailarinas a las que no ha visto en su vida, porque habla por boca de ganso, vino un joven militar, que es ayudante de Espartero, y nos dio noticias de la marcha de los asuntos políticos.

El joven militar nos ha dicho que en este momento luchan en Valencia la influencia inglesa y la francesa. Luis Felipe no quiere de ninguna manera el triunfo de los progresistas.

El duque de la Victoria fue de Barcelona a Madrid a verse con la Junta revolucionaria, y de Madrid a Valencia, con los ministros. El duque ha presentado el programa de su Gobierno a María Cristina. La reina, al recibir el programa, lo ha guardado.

Después ha discutido con los ministros y les ha dicho:

—Quizá tengan ustedes razón, pero yo tengo también razón para no hacer lo que me dicen ustedes.

A los argumentos un poco pesados y machacones de los ministros ha contestado sublevándose, y a lo último, roja de cólera y de soberbia y dirigiéndose al presidente, le ha dicho:

—Espartero, yo abduco.

Sorprendido éste y sus colegas de una resolución tan inesperada, han tratado de disuadirla.

—No —ha afirmado ella—; mi resolución es irrevocable.

—Y ahora, ¿qué viene? —le hemos preguntado al militar que nos ha contado esto.

—¡Quién lo sabe! —ha contestado él—. Probablemente, la dictadura militar.

Ahí le envió la noticia fresca. — *Dolores la Perlita.*»

OTRA CARTA

«Valencia, octubre.

Amigo don Eugenio: El joven militar que nos visita nos ha dado noticias de lo que ocurre.

Por la noche, ante la concurrencia invitada para la ceremonia de la abdicación, la reina regente ha leído la renuncia de su cargo. Parece que esta renuncia está escrita por Pacheco. Cortina ha dicho que es una tea incendiaria, no sé por qué. Se ha extendido el decreto por el que se instaura una Regencia provisional. Han firmado todos los concurrentes. La variedad de opiniones no ha puesto el menor obstáculo ni se ha levantado una voz contra lo que los moderados llaman violencia irrespetuosa.

El motivo de la abdicación ha sido objeto de discusiones.

La reina afirmó:

—El motivo principal de mi renuncia —es el estado de mi salud, hartamente quebrantada para poder continuar al frente de la gobernación del reino. El presidente le contestó:

—Ruego a Su Majestad que considere que ese motivo no puede ser suficiente para justificar a los ojos de la nación y de Europa un paso de esa gravedad.

Los ministros han secundado a Espartero en sus ruegos, y éste ha llegado hasta el extremo de arrodillarse ante la regente y pedirle que no renuncie.

El abogado Cortina, que ha creído que el duque se excedía en la súplica, le ha dicho con acento grave y resuelto:

—¡Basta, general!

El duque de la Victoria se ha incorporado y dicen que ha dicho:

—Sea lo que Su Majestad quiera.

Se ha tratado después de la manera de hacer la renuncia y de dar una explicación de sus causas, María Cristina escuchaba los distintos pareceres; tan pronto aceptaba como negaba, sugería una idea y se volvía atrás.

De pronto, la reina, después de guardar silencio por unos instantes, ha dicho:

—Aunque me causa vergüenza el manifestarlo, —vosotros sabéis lo que la Prensa se ha permitido escribir de mí— y ha sacado un sobre con recortes de periódico.

Entonces, unos dicen que Cortina y otros que el mismo Espartero, ha replicado:

—Esta misma causa, señora, podía ser una explicación para renunciar a la Regencia.

—No entiendo —ha contestado ella con candidez fingida.

—Corre el rumor de que Su Majestad quiere contraer segundas nupcias.

—Es falso. Es un rumor que la maledicencia y la calumnia han inventado.

Los hombres dicen que no comprenden para qué emplea la reina tales disimulos y embustes; pero hay que tener en cuenta que esta señora se encuentra sola y que tiene que defenderse de algún modo. Los hombres dicen que María Cristina ha seguido cobrando la pensión como viuda de Fernando VII, a pesar de que se asegura que está casada con Muñoz.

El duque de la Victoria y los ministros no han podido replicar, por más de que todos tengan el convencimiento de la verdad de los hechos, que María Cristina califica de calumnias.

En la conversación particular que la reina ha tenido con Espartero, según nos cuenta el joven militar, le ha dicho María Cristina:

—Los reyes son siempre ingratos, tienen que serlo. Más vale que me vaya ahora, voluntariamente. Si no, pronto mi hija me echaría o me obligaría a que me marchase.

¡Qué opinión más cruda sobre la familia!

Después de firmar, la reina ha conversado con los concurrentes y se ha retirado a sus habitaciones. Al ir a despedirse de ella los ministros, la encontraron leyendo tranquilamente los periódicos.

Después de la ceremonia de la abdicación, María Cristina ha dicho:

—Los pocos días que permanezca en Valencia ya no seré más que la condesa de Vista Alegre.

—Nosotros —le ha replicado uno de los ministros— debemos manifestar a la condesa de Vista Alegre que no es posible que dejemos de ver en su augusta persona a la madre de Isabel II, nuestra soberana.

La reina ha pedido a todos que la dejaran sola, y cuando se han ido, ha entrado Muñoz, y, por lo que cuentan, le ha dicho:

—Ya estoy libre. De ahora en adelante nada turbará nuestro reposo ni nuestra felicidad.

Se dice que la reina quiere salir de España en un buque francés; pero el Gobierno se opone.

DÍAS DESPUÉS

No le he enviado la carta hasta el desenlace de la cuestión política que le interesa a usted.

Se había dispuesto que el día de la salida de la reina oyese misa en la capilla de la Virgen de los Desamparados.

El Gobierno parece que supo que algunos individuos del partido moderado trataban de oponerse a la partida de María Cristina y que otros progresistas intentaban pedir cuentas a la regente de su tutela. Los concejales, a su vez, no han querido acompañar a la reina al puerto de El Grao.

Se han intentado allanar las dificultades, se ha suprimido la misa de la capilla de la Virgen de los Desamparados, se han tendido las tropas desde Valencia a El Grao, y a las seis y media de la mañana ha salido la reina con los ministros y su comitiva. Le acompañaban la duquesa de la Victoria, la marquesa de Valverde y los ministros de Estado y de Marina. La reina, por lo que me han dicho, iba alegre y sonriente. Se trasladó en una falúa, guiada por el capitán del puerto, al vapor español *Mercurio*, que se ha alejado en seguida.

Quedan en Valencia las dos hijas de la reina. Dicen que el poeta Quintana será su ayo.

Yo voy a Málaga mañana o pasado. Fanny vuelve a Francia.

Esta noche ha venido a mi cuarto del teatro, con el joven militar, un comerciante que hace negocios de Banca y de Bolsa. Ha dicho que la subida del duque de la Victoria al Poder está

produciendo gran marejada en los negocios bursátiles. Según él, los amigos del duque, los progresistas y los del partido inglés, enterados de antemano de los proyectos del futuro Gobierno, se van a hacer ricos. Se lo digo a usted por si le interesa.

Hasta que nos veamos, don Eugenio. — Dolores *la Perlita*.»

SEGUNDA PARTE

PERSECUCIONES

I

DESESPERANZADO

Pocos personajes me han parecido tan interesantes como Aviraneta en su trato. La desproporción entre su energía, su intuición y su poca fama, que en este tiempo había desaparecido, dejándole convertido en un hombre oscuro, me maravillaba siempre.

(*Las furias,*)

De Port-Vendres, en donde desembarcó la reina Cristina, fue a Perpiñán. Allí se le presentó don Patricio de la Escosura, escapado de Guadalajara, ciudad en la que desempeñaba el Gobierno civil de la provincia. María Cristina le preguntó por mí.

—No sé dónde está —le dijo Escosura.

—Está en Tolosa. Vete a verle, y le dices que vaya a Marsella. Tengo que hablarle.

Antes de ver a Escosura recibí carta de Pita Pizarro. Me decía: «Probablemente, al recibir esta carta, María Cristina habrá desembarcado ya en un puerto de Francia. Conviene que vaya usted inmediatamente al punto de desembarque, se presente a la reina y se ponga a su servicio. Puede necesitar de sus consejos ahora más que nunca.»

Tomé asiento en el coche correo y partí en seguida al encuentro de María Cristina. Salió al mismo tiempo que yo la sombra nefasta del inspector de Policía Labrière, acompañada de la no menos nefasta de Mejía.

Al llegar a Montpellier, me dijo el dueño de la fonda:

—Aquí estuvo ayer tarde la reina de España. Al anochechar salió para dormir en Arles.

El día anterior se habían reunido en el hotel, según me dijo su propietario, la reina con Muñoz, el general carlista Cabrera y Escosura. Aquella noche yo dormía en el cuarto ocupado pocas horas antes por Cabrera, un cuarto para una madama Pompadour, con espejos, sillones dorados y una cama con cortinas blancas y lazos azules.

A la mañana siguiente me vi con Escosura. Le manifesté el encargo de Pita Pizarro, y me dijo:

—Iba a buscarle a usted de parte de la reina.

—Pues no hay necesidad. Voy a Marsella. ¿Qué me quiere?

—No sé.

Yo no me fiaba mucho de Escosura. El autor de la novela *El conde de Condespina* era hombre versátil, calavera, tan pronto revolucionario como conservador.

Seguí mi viaje, y, al pasar por Arles, supe la llegada de María Cristina a esta ciudad. Eran las doce de la noche, y como el correo no se detenía, di mi tarjeta al maestro de postas, encargándole la entregase en el hotel al secretario de la reina. Le decía: «Sigo mi viaje a Marsella, donde me presentaré a Su Majestad.— *Aviraneta.*»

Llegué a la ciudad mediterránea, y la reina apareció dos días después. Encontré dificultades para

entrar en el hotel de los Embajadores, donde se apeó María Cristina.

Los agentes de Policía, reunidos a la puerta, entre los cuales andaban el inspector Labrière y Mejía, no dejaban pasar a nadie; únicamente a las autoridades y al cónsul español. Tuve necesidad de escribir una esquila al cónsul pidiendo una audiencia. Se me concedió en el acto.

Me presenté a la reina, que me hizo esperar, y me recibió un tanto secamente, como si fuera un importuno. «Entonces, ¿para qué me llama?», pensé. A cada paso aparecía Muñoz en el salón, lo que me pareció desagradable y de mal gusto. Muñoz estaba muy catarroso y muy elegante.

Hablé con María Cristina de los asuntos de España, y, sobre todo, de los últimos acontecimientos de Barcelona y de Valencia. Se mostró muy seca conmigo. No parecía sino que los que la defendíamos éramos sus enemigos más fieros.

Me habló de «usted»; a mí me pareció bien, pero en ella era muestra de que no me consideraba como persona grata.

No había visto a María Cristina hacía tiempo.

Me pareció muy envejecida. No daba la impresión de una mujer de treinta y tantos años, sino de tener más de cuarenta. Estaba gorda, fondona, pesada. De seguir así, iba a llegar a adquirir una corpulencia enorme. La encontré muy afectada, muy vulgar y muy redicha.

Tenía la cara ancha y gruesa, la nariz corva y los labios pequeños, rojos. Como dijo alguno, refiriéndose a ella, su nariz parecía el pico de un pájaro comiéndose una guinda.

La reina me anunció la llegada del marqués de Miraflores, que había salido precipitadamente de París para conferenciar con ella, Luego me preguntó si me molestaría hablar con Miraflores.

Yo le dije:

—No, de ninguna manera. No he tenido cuestiones desagradables con el marqués.

Me despedí de la reina y dejé a su secretario, Parandela, las señas de la fonda en donde me hospedaba, que era el hotel de la Cruz de Malta,

Salí desesperanzado. Comprendí que a la reina no le interesábamos nada sus defensores, y que no hubiera sido capaz de la más pequeña molestia por librarnos de una desgracia. El interés del marqués de Miraflores de entenderse conmigo me chocó.

CONVERSACIÓN CON MIRAFLORES

Al día siguiente hallé en el escritorio del hotel una esquila. Me citaban al Consulado. Acudí al llamamiento, y me encontré con el marqués de Miraflores, con quien tuve una conversación larga y tendida acerca de los acontecimientos de España.

Según el marqués, se debían emplear todos los medios posibles para derribar el poder dictatorial que iba a instituir Espartero.

Yo dije:

—Creo que hay que esperar a ver el giro que toma el asunto. Ahora, en el comienzo, no creo que se pueda hacer gran cosa, porque media España está hirviendo de entusiasmo por Espartero. Si el hombre no acierta, como supongo que no acertará, entonces habrá que pensar en el plan para derribarle.

—¿Y si acierta?

—Si acierta, creo que por patriotismo no debemos hacer nada

El marqués me advirtió que me encontraba muy tibio en la defensa de María Cristina, y yo, llevado un poco por el despecho, dije que ella se mostraba más fría e indiferente, pues parecía que los destinos de España no le interesaban. Pensaba que casi lo más prudente sería, buscando el procedimiento que fuese, adelantar la mayoría de edad de Isabel II y que gobernase ella.

—Se pasa usted al campo contrario —me dijo el marqués.

No, sigo en el mío de siempre. Isabel II y libertad.

Miraflores estaba muy decidido a hacer una guerra sin cuartel a Espartero, Yo creía que la acción

había de comenzar si el general fracasaba de una manera notoria. Quedamos de acuerdo en que si llegaba la ocasión, obraríamos mancomunadamente.

El marqués marcharía a París y yo me quedaría en Tolosa, y nos entenderíamos por correspondencia.

—La cuestión es que no me expulsen de Francia —le dije—, porque la Policía me persigue constantemente.

—Yo veré que no se ocupen de usted y de que no le expulsen. Por si acaso, no se mueva usted de Tolosa.

Salí también de la conferencia con el marqués mal impresionado, con la idea de que no podía contar con él, de que no haría nada por mí, en lo que acerté.

LA INUNDACIÓN

Partí inmediatamente para Tolosa, en la diligencia del mediodía, con un horrible temporal de agua. El cielo estaba sombrío y amenazador; la lluvia caía a torrentes y los campos se iban inundando con rapidez. Bandadas de pájaros pasaban por el aire graznando. A medida que avanzábamos, la tierra aparecía cubierta de charcos amarillentos que se convertían en lagunas. La lluvia era tan torrencial, que temíamos que fuera a arrastrarnos con el coche. Eran trombas de agua. Pronto aparecieron, llevados por la corriente, troncos negros entrelazados con ramaje y árboles arrancados de cuajo. Parecían monstruos marinos. Se trataba de una inundación formidable; el campo se iba convirtiendo en un mar y veíamos barcas con gente que se salvaba como podía.

Se oían a lo lejos campanadas de alarma de las iglesias, lo que aumentaba la impresión de pánico, y en las torres próximas se veían las campanas que volteaban constantemente. En algunas casas, los habitantes estaban subidos al tejado. El agua avanzaba por los arroyos en dirección contraria a su curso. Saltaba por encima de los diques de la carretera y rodeaba carros y coches atascados en el lodo, en donde hombres y mujeres, despavoridos, gritaban sin saber qué hacer,

Nuestro cochero, impertérrito, sin hacer caso a observaciones ni a voces, seguía adelante, azotando a los caballos.

Gracias a su tenacidad y a su perseverancia llegamos a Arles ya de noche, aunque con mucha dificultad, en lo más fuerte de los chaparrones. Al día siguiente se contaba entre los arlesianos que había sido aquélla una de las mayores inundaciones conocidas. Me hablaron de los destrozos y de las muertes ocasionadas, de personas que tuvieron que enterrar llevando los cadáveres al cementerio en barcas, y contaron varias anécdotas, entre las cuales una de las más extrañas era la de un señor que había pasado la noche en un árbol, en compañía de unas serpientes que se habían refugiado allí y que parecían tan asustadas del agua, que subía rápidamente, como el hombre mismo.

II

EL PROTESTANTE DE ARLES

Hay como tres naturalezas en el hombre: la naturaleza que se podría llamar natural, la naturaleza social y la naturaleza divina. La naturaleza natural la forman los instintos, las necesidades, las pasiones, todo lo vivo y lo egoísta. La naturaleza social la forman las convenciones, las fórmulas, los medios de relación entre unos y otros, La naturaleza divina o heroica la constituye ese impulso de la bondad, de amor al prójimo que han tenido algunos hombres, tan exaltados, que ha vencido sus naturalezas natural y social. Todos los hombres tenemos algo de esos tres elementos, unos más, otros menos, ¿No le parece a usted?

(La nave de los locos,)

Arles es un pueblo colocado aguas abajo de un delta del Ródano, al dividirse éste en dos ramas sobre un banco de roca de la orilla izquierda del río. Hay allá viejas murallas abandonadas, un anfiteatro y un teatro romanos, un gran obelisco y un puerto con mucho comercio. Con la inundación quedaban los muelles ocultos por el agua.

Me instalé en Arles en el hotel del Foro, en la plaza de los Hombres, a esperar el descenso de la inundación.

UN HOMBRE AMABLE

Llevaba ya seis días en la ciudad aburrido. Mi distracción era ir de cuando en cuando a la biblioteca pública del Ayuntamiento. Una mañana se me acercó un señor elegante y bien portado.

—Usted es extranjero, y, al parecer, español —me dijo.

—Sí, es cierto.

—Tengo que advertirle que se ha recibido en la Subprefectura un despacho telegráfico en el que se reclama a un español que ha ido a Marsella a hablar con la reina Cristina y que vuelve a Tolosa. Se manda a las autoridades que se le arreste y se le conduzca por la Gendarmería a la frontera de Italia. Como en esta ciudad no hay ningún español y por su semblante usted me parece que lo es, se lo advierto.

—Sin duda, soy el español que se busca.

—Si quiere usted, vamos a hablar a otra parte.

—Vamos.

El señor me llevó a la sala de billar de un café, en donde en aquel momento no había nadie. Tenía aquel hombre un aire abierto, franco y un poco alucinado.

—Pues sí —le dije—, ese español soy yo, que he ido desde Tolosa a Marsella con el objeto de presentarme a la reina Cristina a ofrecerle mis servicios, que pueden serle necesarios, porque ha sido despojada de la regencia de España por sus adversarios políticos, que quieren instaurar una dictadura de militares.

—Está bien. Me ha hablado usted con franqueza, confiando en la honradez de un desconocido —me dijo el señor—. Quiero corresponder del mismo modo. No tenga usted cuidado. Venga usted a mi casa, yo recogeré su equipaje en la fonda y pagaré la cuenta de los días que haya usted pasado en ella. Yo me llamo de apellido Marcel.

—Yo, Aviraneta.

—¿De dónde es ese apellido?

—Es vasco.

Fui en compañía de aquel señor a su casa. Era un pequeño palacio. Su familia me recibió muy bien, con las mayores consideraciones.

«He aquí lo que es la vida —pensaba yo—. Paso años trabajando por María Cristina, expongo por ella el pellejo, y me recibe ahora desdeñosamente, casi como a un apestado. En cambio, esta familia, que no me debe nada, me trata con cariño.»

El señor Marcel tenía varios negocios. Era armador de barcos y comerciante de harinas, profesaba la religión protestante, vivía un tanto aislado por sus creencias y gozaba de amistades influyentes en la ciudad. La familia se hallaba establecida en Arles desde la época de las dragonadas de Cevennes.

El señor Marcel fue inmediatamente al hotel del Foro, de la plaza de los Hombres, a recoger mi equipaje. Se vio luego con el comisario de Policía y le indicó que el español a quien se buscaba estaba en su casa y respondía de él.

—¿Por qué se le busca? —preguntó al comisario.

—Por cuestiones políticas e intrigas de partido. El hombre es fiel a la reina Cristina, a quien han usurpado la regencia de España y desterrado del reino.

El comisario le indicó:

—Puede usted decirle que no he hecho ni haré diligencia alguna contra él.

Luego, mi protector se fue a ver al alcalde, gran amigo suyo, le explicó el asunto, y éste le dijo:

—Puede usted tranquilizar al español. Por mi parte, no le molestaré en nada.

Con gran alegría, el señor Marcel me refirió estas conversaciones.

Estuve casi una semana en aquella casa, donde se unía la austeridad con la benevolencia. Los domingos, la familia leía la Biblia con gran recogimiento, y por la tarde salían todos a paseo.

El señor Marcel tenía muchos libros de Historia y de religión. Sentía gran entusiasmo por las obras de los reformistas españoles del siglo XVI, de los cuales, la verdad, yo no había leído ninguna. Sólo había oído decir que Usoz del Río se ocupaba, en sus estudios, de los libros de estos heterodoxos.

Se fue serenando el tiempo, bajaron las aguas, entraron los ríos en su cauce y comenzaron a ponerse transitables los caminos.

Entonces le advertí a mi bienhechor arlesiano:

—Tengo que continuar mi viaje; necesito llegar a Tolosa y no puedo permanecer más tiempo oculto sin que aparezca como sospechoso. Yo le agradezco a usted muchísimo su hospitalidad; pero...

El me interrumpió, exclamando:

—No puedo permitir que se marche usted de mi casa, porque si no ha sido usted detenido en Arles, lo puede ser en el camino de Tolosa, o en Tolosa mismo. Aquí está usted bien, no nos molesta usted lo más mínimo, y puede esperar tranquilo los acontecimientos.

—Yo le doy las más expresivas gracias por su generoso asilo, a usted y a su señora; pero no quiero hacerme sospechoso ocultándome durante largo tiempo. Soy un empleado, y no tengo más remedio que dar cuenta de mis actos.

—Bueno, bueno, entonces no digo nada.

Llegó la hora de la partida. Deseando manifestar a aquella familia mi agradecimiento, saqué de la cartera una crucecita de oro esmaltado, con su cadena, que había comprado en casa de Capet, en París, y pensaba regalársela a Josefina Esperamons, y se la entregué a la dueña de la casa.

Al principio, la señora Marcel no quiso recibirla, no sé si por sus ideas protestantes o por qué; pero a lo último, a mis repetidos ruegos, la aceptó y lo agradeció muchísimo.

De Arles salí en un vapor, por el Ródano, hasta Beaucaire, y de aquí partí en coche para Tolosa.

III

LA TRAMPA

A Aviraneta le quedó la impresión de que Salvador era un hombre enigmático, lleno de duplicidad y de misterio.

(*La isabelina.*)

Llegué a Tolosa; por la noche fui a ver al comisario de Policía Lenormand.

Le advierto a usted—me dijo—que en la Prefectura hay orden de expulsarle de Francia en virtud de una petición del encargado de Negocios de España en París.

—¿Y se dice el motivo?

—No; ahí tiene usted el telegrama.

Cogí el telegrama y lo leí. Sin duda, don Juan Hernández, esparterista a quien habían nombrado interinamente representante de los asuntos españoles en París, no quería que estuviese yo en Francia.

Me dolía el comprobar que Miraflores no se había ocupado de mí para nada.

—¿Y qué hago? —le pregunté a Lenormand.

—Quédese usted en casa. Ya veré yo si lo arreglo.

Lenormand visitó al prefecto, quien le dijo:

—Yo no puedo hacer nada por ese señor. Tengo que obedecer las órdenes que me envían.

Tenía en Tolosa conocimientos con personas de alguna consideración; influyeron en el prefecto; alegué padecer una enfermedad; se hizo una información por el comisario de Policía Lenormand, con declaración de médicos y testigos y se suspendió la expulsión.

Me metí en mi cuarto y me dediqué a hacer vida de anacoreta.

Salía únicamente al anochecer al Jardín Botánico,

Había suspendido mi correspondencia con todos los agentes y personas conocidas.

No quería dar motivo para nueva orden de expulsión.

En esto, el encargado de Negocios de España en París notificó al prefecto, y éste me lo comunicó a mí, el nombramiento hecho por el ministro, a mi nombre, de factor de tabacos en Gapan (Filipinas).

No me di por enterado.

—El ministro le puede ofrecer el carguito a su señora madre —dije yo. Luego me enteré de que el señor Hernández, el encargado de Negocios de España en París, decía que querían alejarme porque yo tenía relaciones con la Junta carlista de Bourges.

La cosa era ridícula. Los políticos españoles son mucho más brutos de lo que se cree. ¡Un hombre como yo, enemigo acérrimo del carlismo, iba a pasarme a su campo y los carlistas me iban a aceptar! Era esto de un maquiavelismo tan torpe y tan estúpido que no cabía más.

MI «MEMORIA»

Como la correspondencia mía la abrían con frecuencia en el correo, me abstenia de escribir.

Tuve ocasión, por un compañero de la logia, de mandar una esquila al marqués de Miraflores y de recordarle su promesa de influir en el Ministerio del Interior para que no me persiguieran. Como la orden de expulsión no se repitió, creí que el marqués habría hecho algo en mi favor.

Miraflores tenía gran curiosidad de leer la *Memoria* mía sobre la guerra civil. Claro que esta

Memoria, a fuerza de correcciones y de podas, quedaba reducida a muy poco.

Había pensado yo imprimirla en Tolosa y hablado al impresor Henault, que era también dueño de un establecimiento litográfico, para que la publicase.

Le entregué el manuscrito y principió a imprimirlo y a litografiar los dibujos.

René de Baissac pensaba traducir mi folleto al francés y un periodista de Londres, domiciliado por entonces en Bayona, quería verterlo a su lengua. De este modo, la *Memoria* aparecería en tres idiomas al mismo tiempo.

Escribí entonces a mi primo, don Lorenzo de Alzate, y a mi amigo don Domingo de Orbeago, los dos de San Sebastián, hablándoles de mi proyecto.

«Tendrás que suspender la publicación de tu folleto —me contestó Alzate—. Espartero se encuentra en la cumbre del poder y si haces pública nuestra colaboración en tus planes nos expones al resentimiento del general, que es un tanto vano y rencoroso.»

Suspendí la publicación. Sólo faltaban para imprimirse la *Memoria* completa los documentos justificativos. El primer ejemplar decidí enviárselo al marqués de Miraflores. Le pregunté por qué conducto quería recibirlo. Me lo indicó, y se lo hice llegar puntualmente. Contestó con un recibo y me pidió permiso para sacar una copia de mi escrito e insertarlo en una obra suya.

Efectivamente, dos años después el marqués publicó las *Memorias* para escribir la historia contemporánea en los primeros años del reinado de Isabel, y en el tomo segundo insertó mi trabajo.

El impresor Henault envió al mismo tiempo un ejemplar de mi *Memoria* al ministro del Interior. No era indispensable hacerlo, porque la obra no se podía dar por publicada.

CORRESPONDENCIA SIN INTERÉS

Dos meses después recibí carta de Miraflores. Me decía:

«Una persona de toda confianza le escribirá de mi parte desde París. No tenga inconveniente en entrar con ella en relaciones. Es persona seria. Puede sernos de la mayor utilidad en el asunto tratado en nuestra conferencia de Marsella.»

Se refería al plan de contrarrevolución para abolir el Gobierno de Espartero y volver a dárselo a la reina Cristina.

Por confidencias de García Orejón y de sus conocidos, el marqués ya no estaba tan ansioso de derribar a Espartero como antes.

Al parecer, había entrado en buenas relaciones con el general por intermedio del cónsul don Juan Hernández.

Miraflores, por entonces, se marchó a Madrid, dispuesto a aceptar la dictadura esparterista, según me dijeron; pero al llegar a la corte cambió. Los prohombres de su partido no querían tregua, sino guerra a muerte.

A los quince días de escribirme Miraflores recibí una carta de París firmada por sin señor Antonio González. Contenía noticias conocidas y reflexiones vulgares y la promesa de darme datos interesantísimos acerca de las intrigas de esparteristas, franciscanos y carlistas.

González me rogaba que le contestase a París, a las señas de madama Springham. Poste Restante.

Mi respuesta fue tan mediocre y tan vulgar como su carta, y al final añadía que si me mandaba datos sobre las intrigas parisienses, yo le enviaría otros copiosos sobre las que se desarrollaban en Tolosa.

Siguió escribiéndome el señor González, y en sus cartas me hablaba mucho de Luis Felipe, de

María Cristina, de Thiers y de Guizot y me preguntaba mi opinión acerca de ellos.

En mis contestaciones me hice el sueco y no dije una palabra ni en bien ni en mal de Luis Felipe o de sus ministros, ni cosa alguna relacionada con la política de Francia. Tuve en ello especial cuidado.

A la octava o novena carta, como si mi comunicante hubiese quedado defraudado, suspendió su correspondencia. Pocos días después el prefecto de Tolosa recibió la orden del ministro del Interior para obligarme a salir desterrado de Francia. No pude parar el golpe. Puse en juego la acción de personas influyentes de Tolosa. Un banquero conocido mío escribió al secretario de Guizot, con quien tenía gran predicamento; me dirigí yo a otras personas de prestigio; pero todo fue inútil.

Nada se podía hacer. Las reclamaciones del encargado de Negocios de España en París y las exigencias de Espartero eran terminantes. Se me expulsaba de Francia a petición de don Juan Hernández, ex cónsul de Perpiñán, agente de Espartero en París. No se me decía por qué.

UN OFICIO

Para demostrar las simpatías que me tenían, basta leer este oficio, del cual me mandó una copia un amigo militar. Era de unos días antes de la época en que estuve preso en Zaragoza, y decía así:

«EJÉRCITO DEL CENTRO
Secretaría de Campaña
RESERVADO

El excelentísimo señor duque de la Victoria, en oficio reservado del 7 del actual, me dice lo siguiente:

«Excelentísimo señor: Teniendo noticias de que un tal Aviraneta, a quien se designa como conspirador y revolucionario, ha salido de Madrid para el ejército con el objeto de poner en acción las maquinaciones de que sea instrumento, espero que, con la mayor reserva, desplegará V. E. su celo, a fin de averiguar si en el distrito de su mando se presenta este sujeto, cuyas señas personales van notadas al margen, y en el caso de que pueda ser hallado, se le pondrá incomunicado en segura prisión, ocupando todos sus papeles, armas y demás que induzcan sospechas, formalizando inventario, que se unirá a la sumaria que debe instruirse en comprobación de las tramas y ramificaciones que tenga, en vista de las personas con quienes se asocie.

»Ejecutado que sea todo, me remitirá V. E. otro sumario, y atado o con grillos, y correspondiente escolta, al expresado Aviraneta y sus cómplices, para los demás procedimientos a que haya lugar en justicia.»

Y lo comunico a V. E. con objeto de que, con sagacidad y reserva, adopte las medidas que estime convenientes y oportunas para capturar al individuo de que se trata, si se presenta en el distrito de su mando, dándome inmediata cuenta. Dios guarde a V. E. m. a.

Cuartel general de Teruel, 14 de enero de 1840.

Leopoldo O'Donnell.

Excelentísimo señor comandante general de la Cuarta División del Ejército del Norte.»

Las señas que venían al margen eran éstas: Baja estatura, pelicano, con peluca rubia. Sin patillas. Color blanco. Cara delgada, con facciones afiladas. Ojos de gato y algo bizco. Voz chillona. Es muy diestro en el arte del disimulo, así como osado para la intriga.

Estas persecuciones son naturales viviendo en el campo de la política, en donde el animal de cuerno y de pezuña es el más frecuente.

Si yo llegara alguna vez a tener poder, sabría también hacer identificaciones parecidas y mandar llevar con cadenas o con grillos a algunos granujas y farsantes del ejército y de fuera del ejército. Amor con amor se paga.

De Tolosa fui a Pau, donde estaba mi amigo García Vinuesa en compañía de otro español llamado Villena. Les conté cómo me echaban de Francia.

—¿Y por qué? —me preguntó Vinuesa.

—Pues no lo sé. No conozco la razón de mi destierro.

Vinuesa tomó con calor la cuestión. Me acompañó a Bayona y nos presentamos al nuevo cónsul que había sustituido a Gamboa.

—Yo no puedo hacer nada —dijo éste secamente.

Por consejo de Vinuesa, escribí a mi primo Alzate, de San Sebastián.

«Entérate —le decía— de si puedo ir a vivir ahí oscuramente. Doy mi palabra de honor de no intervenir para nada en la política. Contéstame a vuelta de correo a nombre de R. García Vinuesa. Hotel del Comercio. Bayona.»

La contestación fue inmediata:

«El gobernador, Amilibia, tiene orden de prenderte si apareces por aquí. *Lorenzo.*»

La persecución arreciaba. Pensé si querrían apoderarse de los papeles conservados por mí en el caserío Ithurbilde, de Bidart. Tomé un coche y marché a esta aldea. En el caserío guardaba unos cuadros y algunos papeles para mí importantes. No sabía qué hacer con ellos. No me fiaba de nadie. En la desgracia, la suerte se tuerce, y, como decía Valdés de los Gatos, si se está en la miseria, hay que ocultarlo, porque el hombre es tan bueno que no quiere ocuparse más que de la gente feliz y que vive bien.

Envié al hombre del caserío Ithurbilde a que trajese un saco de cal de un almacén del camino de San Juan de Luz, porque le dije que tenía que hacer obra; mandé a la mujer a comprar un maíz especial que no había y que no volviera hasta encontrarlo. Me quedé solo en la casa; abrí un agujero en la tierra, cerca de la tapia de la huerta, de más de un metro de profundidad, y todos los papeles los metí en una caja de plomo que había traído de Méjico. Los cuadros los encerré en un armario ropero, grande, empotrado en la pared.

Al día siguiente, como la Policía me vio en Bayona, el nuevo cónsul pidió al subprefecto que se me expulsara de la ciudad. La orden se ejecutó al instante, de una manera despótica y grosera. Dos empleados nos condujeron a la diligencia a Vinuesa y a mí.

Llegamos los dos a Pau. Me presenté al prefecto, a quien me quejé con energía de la violencia injustificada con que se trataba a un hombre como yo, que nunca había conspirado contra Francia y que era súbdito fiel de la reina de España e invariable constitucional.

El prefecto estuvo indiferente conmigo; me permitió residir en la ciudad mientras consultaba el caso con su Gobierno.

A mis reclamaciones se encogía de hombros y decía estúpidamente:

¡Qué se va a hacer! Es la política.

Las amabilidades de los franceses suelen ser así. Cuando les conviene, muchas cortesías; pero cuando no les conviene, se zafan de las cuestiones y tratan a la gente a puntapiés.

Vinuesa me invitó a ir a vivir a su hotel. Conversando con su familia acerca de los motivos de mi expulsión, me mostré lleno de sospechas respecto del nuevo corresponsal de París, con quien me había puesto en relaciones por recomendación del marqués de Miraflores.

Pensaba si aquel desconocido que firmaba González me habría traicionado. También podía haberlo hecho Valdés de los Gatos o García Orejón; pero éste no lo creía.

Respecto a Martínez López, capaz de vender a su padre, no sabía nada de mí.

Supuse si García Vinuesa o Villena, como carlistas, conocerían la letra de las cartas de González, y se las mostré. Al instante la reconocieron. Vinuesa dijo:

—Esta es la letra de Manuel Salvador. que me denunció en Bayona a la Policía.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro.

— ¡Qué torpe he estado! —dije: dándome una palmada en la frente—. ¡No haber caído en ello!

—Es la suerte, porque Salvador ha estado también bien torpe al no disfrazar su letra.

—Sí, es cierto.

—Salvador ha hecho con muchas personas jugadas parecidas, y ha sido agente del marqués de Miraflores y de la Embajada de España en París —añadió Vinuesa.

—Soy un bruto —repetí yo—. ¡No haber caído en ello!

—Pues no le queda a usted ninguna duda. Ha sido él el que le ha denunciado a usted.

—No, no. Estoy completamente convencido.

Salvador me la había jugado. Quizá fue ocurrencia suya el que me llamaran a Marsella no sé con qué fin, y, fracasado éste, me quiso enredar después en una correspondencia falsa.

Miraflores, en gran político, no se había ocupado para nada de que me perdía.

IV

EL ABOGADO LARREBAT

Mientras la sociedad viva como un organismo en perpetuo desequilibrio—decía Aviraneta—, el Gobierno será bárbaro y depravado, tendrá el político algo de las atribuciones del cirujano, cortará la carne enferma y la sana, gozará de una verdadera dictadura para el bien y para el mal.

(Los recursos de la astucia.)

Pregunté a Vinuesa si había buenos abogados en Pan y si sabía de alguno conocedor del castellano, porque aunque yo hablaba francés medianamente, no hubiera podido explicarme con la exactitud necesaria en un asunto complicado de leyes, en el cual había que aquilatar bien los puntos con todos sus detalles y sus matices, sin decir más ni menos de lo necesario.

—¿Usted cree en abogados? —me preguntó Vinuesa.

— ¡Hombre, ... a veces!

—Ya sabe usted lo que se cuenta del abogado que dejó la mayor parte de su fortuna a una casa de locos, porque decía: «Esto es una restitución; he ganado mi dinero con ellos.»

—¡Bien! Pero eso es una broma, y en cuestiones legales no hay más remedio que recurrir a ellos, por muy antipáticos que sean.

— ¡Ah, claro!

Vinuesa recordó que su amigo Villena, que estaba evolucionando en ideas hacia el republicanismo, conocía a un joven abogado radical muy inteligente.

—¿Sabe el castellano?

—Muy bien. Ha estado en Madrid bastante tiempo.

—¿Es liberal?

—Sí, es de los republicanos exaltados; por eso tiene pocos pleitos buenos que defender.

—¿Cómo se llama?

—Isidoro Larrebat.

—Bueno, pues vamos a verlo. Marchamos a su casa y nos pasaron a su despacho. Tenía una buena biblioteca y un estante entero con autores españoles, sobre todo del siglo XVII. Larrebat era hombre de unos treinta años, alto, moreno, fuerte, con gran barba negra cuadrada. Hablaba el castellano a la perfección, casi sin acento extranjero. Le expliqué yo mi asunto con toda clase de detalles, y le dejé las cartas de Salvador y la copia de mis contestaciones.

—Vuelvan ustedes dentro de dos días —dijo.

Cumplido el plazo, fuimos de nuevo a su casa Vinuesa y yo.

—He examinado con atención la correspondencia del agente secreto de la Embajada española en París—me indicó el abogado—. Se ve claramente que le han tendido a usted una celada para cazarle, y que, gracias a su prudencia y a su astucia, no le han envuelto. Si se hubiera usted deslizado algo en sus opiniones, los resultados para usted hubieran sido fatales, y ahora, probablemente, estaría usted en la cárcel.

—¿Y qué cree usted que debo hacer? —le pregunté.

—Esto es un negocio de Estado —dijo Larrebat—. Como abogado y político, es materia en la cual yo podría lucirme, tratando con dureza a nuestro Gobierno y al regente Espartero, que hace que sus empleados usen estos medios reprobados y torcidos. La infamia la podría poner de manifiesto desde el primer escrito; pero creo que con esto no saldría usted ganando nada.

—Es posible.

—El Gobierno francés se haría el sordo por no chocar con el regente en estas circunstancias. Acudiríamos con artículos a los periódicos de oposición templada; pero ¿querrían insertarlos? Lo más probable es que no lo quisieran, porque está de por medio el duque de la Victoria y su partido, considerado actualmente en la opinión pública francesa como liberalísimo y popular.

—¿Y en los periódicos republicanos?

—En los periódicos republicanos sucedería otro tanto. En los legitimistas no sería usted admitido; al contrario, le harían la guerra por el daño que ha causado al carlismo español. Se comprende que el Gobierno de Luis Felipe, influido por esparteristas y carlistas, tiene malos informes de usted.

—Y entonces, ¿qué debo hacer?

—Meterse en una campaña así le puede costar a usted mucho dinero, porque los periódicos, aun los que quisieran tomar su defensa, pretenderían hacerlo con su cuenta y razón. Desde el primer escrito que publicáramos en cualquier papel de la oposición, el Gobierno francés le haría salir a la carrera de Francia. Ha sido usted un agente de la reina Cristina; ésta ha perdido la partida, es impopular. Basta. Quiere usted ser fiel a la desgracia; es una falta política, es la peor recomendación que puede usted tener para con los diferentes partidos políticos y periódicos de aquí y de todas partes.

—Pero todo eso constituye un atropello —dijo Vinuesa, exaltándose.

—Sin duda alguna —contestó el abogado—. El Gobierno francés, al cometer el atropello que comete con el señor Aviraneta, sabe lo que se hace: lisonjea al regente de España y a sus partidarios, aunque en su fuero interno deteste al país vecino y al general victorioso, que tiene fama de estar inspirado por los ingleses.

—Y en resumen: ¿qué es lo que hago? —pregunté yo.

—Mi consejo es que se esté usted callado y espere el resultado de las consultas que el prefecto ha hecho al Gobierno, y si fuese desfavorable, como es muy probable, obedezca sin replicar y se marche usted a otro país más libre y que le convenga más.

Le di las gracias, le pagué la consulta y salimos mi amigo Vinuesa y yo a la calle.

—¿Qué le ha parecido a usted el abogado Larreat? —me preguntó él.

—Muy bien —le respondí yo— Me ha convencido con sus razones. No hay más remedio que bajar la cabeza y marcharse de aquí a esperar mejores tiempos. No hay posibilidad de otra cosa.

—¡Alabo la serenidad de usted!

—¿Qué va uno a ganar con dar golpes contra el aguijón? Nada.

—Sí, sí, es cierto; pero yo no me conformaría.

Vinuesa era de esos españoles que creen en las palabras jurídicas y en el Derecho, y que les parece que protestar a gritos sirve para algo.

TERCERA PARTE

EN EL DESTIERRO

I

EN GINEBRA

Todo Gobierno revolucionario se tiene que convertir en seguida en dictatorial y en despótico de un modo casi automático.

(Las mascaradas sangrientas.)

Una o dos semanas después de haberme instalado en Pau recibí orden de presentarme en la Prefectura.

Un empleado tomó mi filiación y me dijo:

—Tiene usted que salir inmediatamente de Francia. Diga usted a qué nación piensa dirigirse.

Lo había pensado de antemano, y le contesté:

—Iré a Suiza. Creo que no habrá en ello ningún inconveniente.

—Ninguno. Puede usted retirarse a su casa, hacer su equipaje, donde irán mañana a buscarle y a acompañarle a la diligencia.

Al día siguiente se me presentó el inspector Labrière, acompañado de dos agentes y de Mejía. Me condujeron a la silla de postas. Labrière y yo no nos hablamos. Al entrar en el coche me dio un pasaporte ignominioso.

Espartero me perseguía. Ya para mí no era cuestión sólo de política, sino de salvar la piel.

La carta que escribió el prefecto del departamento de los Bajos Pirineos al de Lot y Garonne decía así:

«Pau, 3 de junio de 1841.

Señor y querido colega: Tengo el honor de preveniros que vengo de dar, en virtud de autorización especial del señor ministro del Interior, un pasaporte para Ginebra (Suiza) al llamado Eugenio de Aviraneta, español, de quien encontrará adjuntas las señas.

Los antecedentes políticos del llamado Aviraneta recomiendan, por lo que le concierne, una medida particular, y el señor ministro desea, igualmente, os haga conocer que da mucha importancia a que sea exactamente vigilado en todo el camino que debe seguir para llegar a Suiza.

El itinerario transcrito ha sido trazado para evitar que este extranjero pase por Tolosa, donde se ha creado inteligencias, o por Lyon, donde podría sustraerse fácilmente a las investigaciones de la autoridad. He tenido, igualmente, cuidado en el pasaporte de hacer constar que si se aparta de su camino deberá ser detenido y conducido hasta la frontera por la Gendarmería.

El llamado Aviraneta abandonará esta ciudad el 4 de este mes. Sus medios pecuniarios le permiten viajar por las mensajerías y aun en silla de posta. No se le ha acordado más que quince días para abandonar el reino. *El prefecto de los Bajos Pirineos.*»

En todo esto se veía la mano del inspector Labrière. No hay que decir que juré vengarme de él si encontraba ocasión.

EN GINEBRA

Llegado a Ginebra, me llamó el comisario de Policía del cantón y me preguntó:

—¿Por qué le expulsan de Francia y le dan un pasaporte tan bochornoso?

Le expliqué lo ocurrido, y el comisario me dijo:

—Amigo mío, su patria es muy desgraciada cuando, después de una guerra civil de seis años, tan cruel y tan bárbara, cae en manos de un dictador militar. Ha venido usted a un país que tiene el culto de la libertad y que da albergue a todo perseguido político mientras respete las leyes de la República. ¿Tiene usted medios de subsistencia?

—Por ahora, sí —le contesté.

Entonces viva usted tranquilamente. Si alguien le molesta, avíseme usted. Lo mejor que puede usted hacer es acomodarse de pupilo con una familia de la ciudad.

¡Qué diferencia entre este comisario suizo, modelo de amabilidad, y los empleados de la Policía francesa, verdaderos cabos de vara de presidios! Los franceses siempre están hablando de los derechos del hombre, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad; pero *se* muestran, cuando, tienen mando, más crueles, más brutales y más despóticos que nadie.

Fui, como me había recomendado el comisario, a una pensión de la calle de los Canónigos, cerca de la casa que habitó Calvino, en el barrio antiguo y alto. La familia era protestante, y sus individuos estaban acostumbrados a un régimen de vida muy severo y muy triste. Viví allí bastante solo y abandonado.

Solía pasear por la terraza de la Treille y por los muelles del lago Lemán. Iba también a la biblioteca de la Universidad, pero no llegué a hacer grandes conocimientos. Tenía que vivir modestamente, porque ya no me enviaban dinero. Notaba que los cincuenta años eran para mí la vejez; perdía mis condiciones de combate, y ya no aspiraba a más que a la tranquilidad.

Influían también en mí los dolores reumáticos y el verme perseguido con violencia sin motivo.

Al principio me ocupé poco de política y de lo que pasaba en España. Luego empecé a leer periódicos y a escribir cartas.

Pronto se pudo notar que Espartero no tenía condiciones de gobernante. No podía dejar a un lado su condición de militar, y de militar partidista y vanidoso, y su deseo de favorecer a los amigos para que le alabasen.

Villergas, a pesar de su tendencia revolucionaria, cantó el triunfo de los progresistas satíricamente en unas quintillas, cuyo estribillo era gracioso:

Ya estalló la sociedad.
¡Santa Bárbara, que truena!
Siga la barbaridad
y ande la marimorena,
¡y viva la libertad!

II

LA PROPAGANDA DE LA FE TRABAJA

Este Ríos afirmó delante de don Eugenio que la reina Cristina era en el fondo carlista, que creía que su cuñado Carlos era el que tenía la razón y el derecho a la cuestión dinástica, que estaba dispuesta a entenderse con él.

(La Isabelina.)

Apenas la reina María Cristina llegó a Francia, de acuerdo con Guizot y con Luis Felipe, su gran amigo y pariente, avisó al antiguo ministro don Francisco Cea Bermúdez para entrevistarse con él. En su conferencia quedaron de acuerdo los dos en proponer una inteligencia secreta con el pretendiente Don Carlos.

María Cristina tenía una gran debilidad por Cea Bermúdez. Por lo que supe, la reina y el ex ministro mandaron un emisario a Bourges, donde vivía el pretendiente. La maniobra me pareció indigna. Si hubiera tenido medios de fortuna, me hubiera retirado definitivamente de la política.

Cea Bermúdez estaba entonces en pleno clericalismo. Su mujer era una malagueña inflada y redonda como una bola de grasa. Tenía como director espiritual un padre jesuita y se confesaba y comulgaba todos los días.

LA PROPAGANDA DE LA FE

Por esta época, la sociedad de la Propaganda de la Fe trabajaba desde Lyon en fundar sociedades realistas. La directiva de la Junta de Insurrección de París, de carácter clerical, contaba arzobispos, obispos y una porción de personas influyentes. Se intentaba hacer en España una contrarrevolución realista y teocrática.

Al trasladarse María Cristina a París, muchos de los afiliados a la camarilla madrileña de la reina abandonaron la corte para trasladar su tertulia al palacio de la calle de Courcelles, donde se había instalado la ex regente.

En esta morada tenía Cristina su residencia suntuosa. Le acompañaban don Fernando Muñoz y sus hijos. Las puertas del palacio de la calle de Courcelles estuvieron siempre abiertas a los moderados y a los carlistas; en cambio, se cerraron para los sospechosos de ser liberales auténticos.

Por esta época fue a París mi agente García Orejón a espiar a María Cristina y a sus amigos no sé por parte de quién, quizá del mismo Espartero.

El antiguo picador era muy ladino, como recriado entre los hombres de la Policía de Calomarde. No se sabía a quién iba a servir. Don Carlos, Tamarit, Negrete y los incondicionales de la corte del pretendiente en Bourges estaban entusiasmados con él.

—A mí Orejón me tenía cierta ley y me dio una prueba de ello enviándome a Ginebra noticias e informes muy útiles, a pesar de que sabía que yo no se los podía pagar.

Por las noticias de Orejón, en el palacio de María Cristina se conspiraba y se preparaban negocios bursátiles.

Entre los partidarios cristinos hubo dos tendencias: una, la de Cea Bermúdez, absolutista, templada y clerical; otra, la de don Ramón María Narváez, ordenancista, liberal, en parte moderada y militarista.

Cea Bermúdez tenía a su lado el elemento religioso, y muchos políticos franceses estaban a su favor. Los carlistas le consultaban. Belmaseda, antes de ir a Rusia, estuvo a conferenciar con él.

Dirigían el movimiento cristino, liberal y militarista de París, como políticos, Istúriz y Montes de Oca. En la parte militar, Narváez llevaba la voz cantante. Pronto el partido militar preponderó sobre el civil y virtualmente lo hizo desaparecer. Al mismo tiempo, los elementos adictos a Cea Bermúdez, al ver la prepotencia de Narváez, se aliaron al carlismo.

LOS AMIGOS DE NARVÁEZ

Los amigos de Narváez, casi todos ellos generales, veían con disgusto la elevación de Espartero. Sentían celos. Algunos eran muy vanidosos; otros, muy vanidosos y muy rapaces.

En el partido de Narváez se habían afiliado O'Donnell, don Diego de León, Azpiroz, Felipe Ribero, Borso di Carminati, don Gaspar de Jáuregui y muchos de los carlistas pasados al campo constitucional desde el Convenio de Vergara.

El general don Diego de León había escrito a París, adhiriéndose a los proyectos de María Cristina, y al parecer estaban identificados con él don Santos la Hera, Urbina, Concha, Quiroga, Palarea, Pavía, Lersundi, Urbiztondo y otros muchos.

Don Juan Hernández, ex cónsul de Perpiñán y encargado interinamente de la Embajada española de París, conocedor de estas intrigas, enviaba en su correspondencia noticias detalladas de Espartero.

Don Juan Hernández hizo después las gestiones para que Olózaga quedara de embajador en París, puesto al que le enviaba el duque de la Victoria, que no le gustaba tenerlo cerca. Por otra parte, Olózaga no era persona grata al Gabinete de las Tullerías; así que no le querían ni en Madrid ni en París.

Narváez, para luchar contra el regente, fundó una asociación secreta de carácter masónico, la Orden Militar Española, cuyos afiliados extendieron su influencia y su acción por la Península. Se hizo también una propaganda grande entre los *ayacuchos* o antiguos partidarios de Espartero y compañeros suyos en el ejército. Estos trabajos llegaron a su apogeo con la coalición de los progresistas enemigos del regente y amigos de Olózaga y de don Joaquín María López con los jefes militares adictos al general Narváez.

Yo quedé fuera de tales combinaciones y no me llamó nadie a colaborar en ellas. Quizá no hubiera acudido al llamamiento. Estorbaba y empezaba a estar de más.

La camarilla de la reina madre, que tenía sus reuniones políticas en el palacio de la calle de Courcelles, formó un directorio con residencia en Madrid. Se trataba de derribar al duque de la Victoria y de volver a llevar a la regencia a Cristina, pero no como reina constitucional, sino como absolutista.

Cristina iba preparando el alzamiento con su manifiesto firmado en París en julio de 1841, con su carta dirigida a Espartero y con sus instrucciones y consignas a sus partidarios. Estos documentos, por lo que se dijo, los escribió Donoso Cortés. En la intimidad, María Cristina nunca habló mal de Espartero; por el contrario, lo elogiaba.

Yo estaba en la desgracia y nadie se ocupaba de mí. Se aseguraba, por lo que me dijeron luego, que me había hecho carlista.

La razón de esta falsedad fue el haber tenido correspondencia con Salvador. Este mostró mis cartas a Hernández; quizá les añadió algo, lo que no era difícil para un hombre que tenía condiciones para la falsificación como él.

Don Juan Hernández se presentó en el Ministerio del Interior con mis cartas. El ministro francés seguramente no las leyó ni sabía castellano.

Por otra parte, en el Ministerio se había traducido y leído mi *Memoria*, y se dijo que yo era hombre peligroso, de mucho temple, y que de estar en Francia podía unirme y hasta dirigir alguna

fracción de republicanos y comunistas.

Al parecer influyeron también en mi destierro la infanta Luisa Carlota y sus amigos, que me consideraban adversario de las pretensiones de la familia, y Martínez López, el cochambroso y pedantesco gramático y libelista.

Por todos estos motivos me expulsaron de Francia, pasándose el ministro por debajo del sobaco libertades individuales y demás zarandajas que aparecen en las Constituciones y por las cuales han muerto tantos ilusos y tantos infelices.

Fue mi expulsión una canallada más de políticos que se llamaban liberales.

III

RÉPLICAS

Aviraneta creía que trabajaba para los demás; pero en el fondo trabajaba para sí mismo no con sentido utilitario, sino porque era un coleccionista de empresas difíciles y peligrosas.

(Con la pluma y con el sable.)

Pasé en Ginebra muchos meses en un abatimiento profundo, pensando que ya todo se me venía abajo y que no encontraría medios de vida. Suprimida la pensión, sin protectores y sin amigos, veía el porvenir muy negro. Me sostenía el estoicismo y la falta de necesidades.

No tenía yo condiciones ni temperamento para la resignación. Por mi carácter, hubiera luchado hasta lo último con furia, pero me faltaban los medios.

Me esforcé en olvidar los agravios y las traiciones, y lo conseguí en parte. La tranquilidad me entristecía y me aplanaba.

Medio año después de instalarme en Ginebra, García Orejón me remitió desde Bayona unos números de *El Correo Nacional*, periódico de Madrid, órgano del partido moderado. En aquel diario venía un análisis de mi folleto titulado *Memoria dirigida al Gobierno español sobre los planes y operaciones puestos en ejecución para liquidar la rebelión en las provincias del norte de España*.

Como he dicho, no habían salido de la imprenta de Henault, de Tolosa, más que dos ejemplares: uno para el Ministerio del Interior y otro para el marqués de Miraflores.

En el artículo de *El Correo Nacional* se insertaban algunos párrafos de mi *Memoria* para molestar al general Espartero. De paso, a mí se me atacaba y se me trataba en broma.

La pedrada no podía venir más que del marqués de Miraflores. El marqués, no contento con dejarme en las astas del toro en Francia, me recomendaba a un canalla como Salvador y luego daba ocasión de que me atacasen mientras estaba desterrado.

Los políticos son de este porte.

El año 1843, a mi vuelta de Suiza a Madrid, comprobé lo supuesto por mí. Me explicó lo ocurrido un amigo, Ramón Ceruti, liberal de siempre. Al ver la crítica de mi *Memoria* en *El Correo*, acudió a la redacción del periódico y en ella supo la historia del artículo, El ejemplar de mi folleto lo envió desde París el marqués de Miraflores para su crítica. El artículo estaba escrito por don Francisco Javier de Burgos, amigo íntimo y corrector de estilo de la prosa del marqués.

Ambos personajes, correligionarios y camaradas en los años 1810 y 1812 y en los primeros del reinado de Isabel tenían algún resquemor contra mí porque yo descubrí en las notas enviadas a Pita Pizarro ciertos manejos e intrigas no muy liberales en los asuntos de la guerra civil, en los cuales participaban Luis Felipe, Guizot, Martínez de la Rosa y otros prohombres de la época.

Este resquemor del marqués fue, quizá, el verdadero origen de mi destierro y expulsión de Francia en 1841.

VENGANZA

Algún tiempo después de mi llegada a Ginebra me puse en correspondencia con el secretario de

la reina Cristina, don Luis Paradela, hombre hábil y jesuítico. Este señor pudo comprender que mi fervor por María Cristina era muy grande y me dio explicaciones de parte suya y de la reina.

José García Orejón, para mí siempre fiel, a pesar de su mala fama, seguía escribiéndome a menudo.

Sabía yo que mi confidente no tenía ninguna simpatía por Manuel Salvador. Le conté en mis cartas cómo mi desgracia se debía a éste, y que esperaba con ansia el momento de vengarme de él.

No tardé mucho en lograr mis deseos. García Orejón me avisó un mes después que una nueva trama carlo-franciscana se estaba fraguando en París. Se había formado un Comité carlista, compuesto por el judío inglés Mitchell, el canónigo Casares, el palaciego Tamarit y otros. Al parecer, Martínez López estaba también en el ajo. El Comité se reunía para tomar acuerdos en la calle de Coq Heron, número 4, donde me habían citado a mí una vez y me prepararon una emboscada, y guardaba su archivo y su documentación en la calle de Babilonia, en casa de una amiga de Manuel Salvador.

Al momento de saberlo se lo participé inmediatamente por carta a Paradela, el secretario de la reina madre, y esta señora avisó, sin duda, a Luis Felipe.

La Policía se presentó en la calle de Coq Heron y en casa de la amiga de Salvador y cogió papeles relativos a una nueva conspiración carlista y una porción de documentos cifrados que traía y llevaba un tal José Fernández, agente de negocios en España y relacionado con los principales jefes del carlismo.

La Policía prendió a Salvador y lo zambulló en la cárcel. El mismo García Orejón me envió unos apuntes con la vida pasada y las últimas intrigas de Manuel Salvador. Con ellos y con otras notas antiguas del tiempo de Calormarde y de la época de la sociedad isabelina redacté su biografía, la mandé imprimir en Burdeos y la hice circular por todos los rincones de Francia donde había carlistas, encargándose de ello los amigos de García Orejón, pensando seguramente en hacer un servicio al carlismo:

Como también le tenía ganas a Labrière, el inspector de Policía de Tolosa, le mandé a Orejón una denuncia para que se la enviara al prefecto del Alto Garona, diciendo que el polizonte tenía relaciones con los carlistas. A consecuencia de la denuncia lo procesaron. Mejía fue también preso, y, según me dijeron, poco después, y encontrándose en la miseria, se ahorcó en su casa. Yo mentiría si dijera que lo sentí.

Cuando se lucha en una partida desigual, en que no se puede recurrir a la justicia, se vuelve naturalmente a los sentimientos primitivos. En esta clase de guerra se defiende uno atacando.

GUERRA PERIODÍSTICA

Los legitimistas de Francia, por su parte, deseando vengarse de mi partida serrana contra el carlismo, sabiendo que estaba expulsado por el Gobierno francés en Suiza y que no podía contestar oportunamente, comenzaron a atacarme en sus periódicos, pintándome como un facineroso.

La France de París, en su número 264, publicó un artículo titulado «Relaciones sobre algunas intrigas españolas», y en él se hablaba de mí con inexactitudes tendenciosas.

Hice litografiar en Ginebra una hoja el 8 de octubre de 1842, y contesté a *La France* de una manera terminante. No replicaron nada ni volvieron a hablar de mí.

En este documento concluía mi defensa diciendo:

«Yo pertenecía y pertenezco a la fracción liberal defensora de Isabel II. El partido de Don Carlos y las pretensiones de este príncipe al trono de España eran para mí un peligro y una usurpación, según las antiguas leyes del reino. Siendo él mi enemigo y yo el suyo, debía hacerle la guerra por todos los medios y procurar su ruina. Este fue mi sistema infernal. La libertad de mi patria y el trono de Isabel II corrían peligro. Agitado el país por un bando fanático, dirigido por un príncipe

incapaz, representante del absolutismo, España estaba en riesgo perpetuo. Yo vi el camino errado de los políticos con su sistema de guerra y propuse medios más eficaces para acabar con la facción que los paliativos puramente decorativos empleados por los generales de la reina.»

En el papel copiaba la hoja explicativa, con mi plan de movilización, que entregué a Gamboa en Bayona, sellado en el Consulado días antes que Espartero hiciese el movimiento militar indicado por mí sobre Vergara y después sobre Elizondo.

Decía también que en mi *Memoria*, que se publicaría en breve, explicaría con detalles el sistema recomendado por mí para acabar una guerra que había llevado trazas de eternizarse, arruinando a España.

A los insultos de otros periódicos legitimistas y a los anónimos no me tomé el trabajo de contestar. ¿Para qué?

Estando en Suiza me pidieron cuenta, desde el Ministerio de la Guerra de Madrid, de los gastos hechos cuando fui intendente del Ejército en Málaga y Cádiz, cosa ridícula, porque las había dado concretas, al céntimo, y hasta perdiendo dinero.

Según me escribió García Orejón, al duque de la Victoria le comunicaban desde París noticias alarmantes, hablándole no sólo de las maniobras del grupo de Narváez, sino de las intrigas de Cea, de Miraflores y de sus adláteres Cerro, Montoya, etc. A mí me mezclaban en estos manejos, aunque debían de saber muy bien que yo no podía participar en ellos por estar desterrado en Suiza.

Le contaban al general lo que la reina escribía a altos personajes, y le explicaban los planes que estaban dispuestos a seguir los moderados. Le aseguraban que a él le declararían traidor a la patria y lo pondrían fuera de la ley.

A mí se me denigraba con frecuencia. Muchos que robaron y se enriquecieron con sus malas artes pasaron a la Historia como hombres grandes, nobles y virtuosos. Yo, que gasté mi pequeña fortuna en pro de la libertad, que no me lucré ni varié de opinión, era el infame traidor Aviraneta. La política siempre ha sido así: escuela de injusticia, una verdadera porquería.

UNOS Y OTRAS

Mientras yo vivía estrechamente, los militares españoles que se encontraban en París sin sueldo derrochaban con rumbo. No sé de dónde les venía el dinero, porque Doña María Cristina no creo que abriera la bolsa para subvenir a sus necesidades y a sus lujos. Se iba acentuando en ella la avaricia a medida que se iba haciendo vieja. Las amigas de su tertulia, por lo que me decían, se dedicaban también a negocios bursátiles. Me escribieron contándome muchos líos amorosos entre unos y otras. Al parecer, todos, o casi todos, los generales emigrados eran unos tenorios.

IV

ODIOS Y CONJURAS

La rivalidad que ya había existido entre Espartero y Córdova siguió existiendo entre Narváez y Espartero, sobre todo cuando murió el general Córdova.

(*Las furias,*)

La banda enemiga de la dictadura de Espartero tenía dos falanges: una, francamente reaccionaria, que quería la regencia absolutista de María Cristina con el matrimonio del hijo de Don Carlos con Isabel II, y la otra, más liberal.

Esta última pensaba en dividir las huestes esparteristas, y para ello encumbrar a alguno de sus jefes, a don Joaquín María López y al general Seoane, los cuales dejarían en segundo lugar a Espartero, porque éste no demostraba condición alguna para la política.

Después de la renuncia de María Cristina se disolvieron las Cortes, y las nuevas se reunieron y nombraron regente del reino al duque de la Victoria.

Por entonces escribí una carta al general dándole mi palabra de honor de que nunca había intrigado contra él, y diciéndole mi opinión sobre las circunstancias políticas del momento. Le encargué a don Modesto Cortázar que se la diera en Madrid. Espartero la recibió con desdén.

«Nuestro Kuli-Khan no ha querido leerla», me escribió Cortázar.

Me pareció una prueba de estupidez, de soberbia imbécil e incomprensiva. Es lamentable que siempre las circunstancias políticas sean tan extrañas, que sólo los estúpidos, los infatuados y los necios puedan estar en condiciones de mandar en los pueblos.

Me encontraba ya con pocos recursos. Si se prolongaba mucho mi destierro me iba a ver bastante mal.

NUEVAS CONJURAS

Hallándome en Suiza, supe que había otra conjuración contra el Gobierno del duque de la Victoria. Se quería sustituir la influencia del Gabinete de Saint-James por otra netamente española. Estaban confabulados para ello los generales cristinos, los moderados, los grandes de España y los carlistas. Hacían de tarascas Valdés de los Gatos, García Orejón, Martínez López, don Francisco Blasi y don Fernando Ormaechea. Participaba en el asunto Marcelino Lamarque, y en su casa de París, en la calle de Clichy, número 68, se reunían los conjurados.

En las cartas cruzadas entre los conspiradores venían muchas palabras convenidas. De Baissac me mandó una de sus claves. Se llamaba *Chispas* a los progresistas; *Centellas*, a los republicanos; *Cesantes*, a los carlistas; Luis Felipe era el matemático; Nínive, Londres; los *Tunos*, los ingleses; Tesalia, Barcelona; el *Magnífico*, Miraflores; la ciudad, Tolosa; los *Mandonés*, los moderados, y *Cimitarra*, Espartero.

También tenían cifras convenidas, y cada personaje estaba representado por un número. El 1 era Narváez; el 5, María Cristina, y el 18, Espartero.

No todos los que participaban en la intriga se contentaban con el propósito de quitar al regente; muchos querían una regencia dictatorial y absolutista, ejercida por otro general que se prestara a ser instrumento de la reacción. El más indicado era Narváez.

Como he dicho, todas estas intrigas políticas se mezclaban con historias de amores.

Cuando el movimiento de O'Donnell y de don Diego de León, se dijo entre los emigrados de París que había en esto cuestiones de faldas. Según los murmuradores, don Diego era el amante de la reina, y Montes de Oca, su rival; Concha se entendía con la duquesa de la Victoria, después su cuñada, y Fulgosio, con otras damas de Palacio. Yo lo cuento como me lo contaron. No sé qué verdad podía haber en todo ello.

Que la mayoría de estos militares se creían con un fuero especial para hacer lo que les diera la gana, eso es absolutamente cierto.

V

CAMBIO DE MASCARAS

Narváez tenía una gran facundia; era persuasivo y turbulento; a veces parecía de un amor propio monstruoso; a veces le gustaba hacerse el pequeño.

(Los contrastes de la vida)

Ni por las ideas ni por el temperamento se podía saber con claridad quiénes eran los liberales y quiénes los reaccionarios.

La envidia y la intriga lo dominaban todo; por cuestiones personales cambiaban de política los militares y los reaccionarios.

Narváez, al principio muy liberal, se hizo reaccionario. González Bravo, de carbonario y enemigo furioso de la reina Cristina, se convirtió en conservador, clerical y carlista. Espartero comenzó más bien moderado, estuvo a punto de ser ministro con este partido y luego se hizo progresista. A Córdova le pasó algo parecido; de joven fue absolutista y fernandino, y después se tomó constitucional. Quizá en esto influyó la bofetada que le pegó a Calomarde, suceso que hizo decir a Fernando VII:

—¡Le has pegado una bofetada a Calomarde! Es peor que si se la hubieras dado a mi hermano Carlos o al arzobispo de Toledo.

Otros políticos y militares no hicieron evoluciones tan claras. Miraflores osciló dentro de la misma zona templada constitucional; O'Donnell tuvo un liberalismo con momentos radicales.

Gente de menos importancia cambió también bruscamente. Fernández Gamboa, enemigo acérrimo del poder militar, se manifestó esparterista; don Joaquín María Ferrer, nada partidario de las dictaduras militares y que había escrito un folleto contra Espartero cuando éste fusiló a unos *chapelgorris* en Guipúzcoa, se alió, después con el general y le sirvió de segundo. El marqués de Rodil, amigo mío, también enemigo de Espartero, se convirtió después en un gran partidario del general.

Las gentes de poco más o menos, como Valdés de los Gatos, Ormaechea y Martínez López, iban de acá para allá, donde podían encontrar mayor ganancia.

Martínez López, el autor del sangriento folleto contra María Cristina, fue después el hombre a quien se le aceptó en el palacio de Courcelles.

EL ODIIO DE ESPARTERO

Yo era enemigo de toda dictadura militar, y por la persecución de Espartero y por la inquina motivada que me tomó, acabé siendo enemigo personal suyo.

Conocía detalles de la sublevación de Aravaca. Espartero había intrigado contra Calatrava, Olózaga y los progresistas; después pensó en ser ministro con los moderados, y se arrepintió de ello.

Yo me hice amigo de Narváez y de Ros de Olano en Arcos de la Frontera; los dos dieron buenos informes de mí, y esto me valió la enemistad del general Alaix. Tal enemistad se acentuó al servir los designios patrióticos y puramente civiles de Pita Pizarro y después al ponerme en pugna con Fernández Gamboa, el cónsul de Bayona, entonces amigo íntimo de los esparteristas y de Mendizábal.

Yo consideraba la regencia del duque de la Victoria, fuera de todo personalismo, poco viable e inútil. No tenía objeto bien determinado. No podía ser más que puro chin-chin. Además veía claramente que Espartero no podía ser un político tranquilo y perspicaz, sino un hombre impulsivo, arrebatado y torpe.

Pensaba que, de no seguir con María Cristina de regente, en el trono, hubiera sido lo mejor adelantar la mayoría de edad de Isabel II.

Por otra parte, entregar todo el poder al duque de la Victoria, dejando a Narváez, a O'Donnell y a veinte generales más, todavía jóvenes y enérgicos, desterrados, humillados, despechados, era engendrar pronunciamientos. Algo parecido pensé cuando Espartero salió huyendo de España. En esto habría que haber seguido una política maquiavélica: o destrozar al enemigo hasta el punto de que no pudiera ya levantar cabeza, o contemporizar con él.

El duque de la Victoria, un tanto mareado por el triunfo, hizo; desde que entró en el Poder, una porción de cosas inútiles y de puro relumbrón. Por entonces se publicó esta décima dedicada a su ilustre persona:

Cuánta alabanza va en pos
de Vuestra Alteza, ¡oh regente!
¡Cuánto os alaba la gente!
¡Alabado sea Dios!
Todos alaban en vos
el talento y el valor;
mas yo, pobre pecador,
que os miro de cabo a rabo,
la serenidad alabo,
serenísimo señor.

El dado daba en el blanco. La serenidad, o, mejor dicho, la inconsciencia, de este soldado inculto y poco perspicaz pasaba de la raya.

Con relación a mí, me indignaba que me profesara tanto odio estúpido e inmotivado, lo que me hacía pensar que era hombre de instintos bajos y plebeyos, porque en mi pobre esfera no le había hecho más daño que intentar colaborar con él.

Yo, por aquella época, no fui persona grata a la gente política, ni a los amigos ni a los enemigos de Espartero. Se me desacreditó y se habló de mí con desdén. Según dijo el marqués de Miraflores, yo había ido varias veces a París a mendigar su protección. Lo único que pretendí del marqués fue que se me dejara en paz y que, por lo menos en la Embajada, no se trabajara contra mí. Y, sin embargo, desde ella se preparó la correspondencia de Salvador para perderme.

Cuando todos los intrigantes carlistas merodeaban con libertad en París, a mí me condenaban a estar desterrado.

Yo no era, como digo, partidario de la regencia del duque de la Victoria. Consideraba como más inerte y como más liberal el Gobierno de una reina. Un militar como el duque, comprometido con unos y con otros, había de ir al Poder a satisfacer sus ambiciones, sus vanidades y sus rencores.

Espartero no sólo no era hombre de espíritu liberal, sino que era religioso y hasta fanático. Narváez, en cambio, ordenancista y conservador, no tenía ideas religiosas. Si llegaba alguna vez a favorecer el fanatismo y la intolerancia, era únicamente por conveniencia política.

Espartero, y no creo que mi juicio dependiera de enemistad personal. Me pareció siempre un hombre de sentimientos vulgares. Narváez, no. Narváez era un tipo raro, poco fácil de entender. Se encrespaba muy fácilmente. Unas veces, como cerca de Arcos de la Frontera, se dejaba achicar por el general Alaix, soldado valiente, pero que no tenía nada de águila, y otras andaba a golpes con Bulwer Lytton, el embajador de Inglaterra. Narváez era capaz de arrestar en su cuarto al rey consorte, Don Francisco de Asís, y permitía que los estudiantes, el día anterior a la noche de San Daniel, pasaran a su lado por la carrera de San Jerónimo y le dijeran, unos, «¡Aquí está el

Espadón!», y otros, «¡Adiós, Ramoncito!» Yo lo oí, y él tuvo que oírlo también; pero quizá no lo tomó en cuenta por considerarlo como cosa de chicos.

No era fácil comprender a Narváez. El y González Bravo eran dos frenéticos, dos déspotas; pero González Bravo tenía la vitola de un déspota vulgar; en cambio, Narváez era un hombre genial incompleto, contradictorio, pero genial.

Narváez dominaba las situaciones; González Bravo, no.

Este había sido imprudente. En su periódico *El Guirigay* insultó muchas veces a María Cristina. Un día, años después, la reina madre encontró sobre una mesa, dentro de sus habitaciones, una colección completa de *El Guirigay*, y desde entonces le puso la proa al antiguo carbonario, que tuvo que pasar mucho tiempo en el ostracismo hasta poder salir de nuevo a flote.

EL ORDEN DE ESPARTERO

Con el triunfo del duque de la Victoria y de sus amigos no vino la tranquilidad. No podía venir. Aquello no era una revolución, era un Gobierno de pandilla, como casi todos los militares.

Tuvimos el movimiento de don Diego de León; después, el de Barcelona. Se disolvieron las Cortes y se congregaron otras nuevas. Se discutió la regencia, si debía de ser una o trina, y hubo unitarios y trinitarios; luego se insubordinaron Málaga, Granada y Valencia, y, al último, Narváez y Azpiroz se acercaron a Madrid con sus fuerzas revolucionarias, y en Torrejón de Ardoz las tropas del Gobierno se pasaron a Narváez, dejando en ridículo al general Seoane.

¿Cómo este general no comprendió que no podía contar con sus batallones? ¿Cómo estuvo tan torpe? ¿Cómo, si su gente se encontraba fatigada y desmoralizada, no prefirió entrar en Madrid y defenderse en la ciudad?

Todo lo que hizo en su vida el general Seoane, si no fue un continuo disparate, anduvo muy cerca de serlo.

Al saber la marcha de Espartero a Inglaterra, yo decidí volver a España.

VI

VUELTA

Así, en la vida moral y en la vida sentimental cabe sospechar el carácter mítico de las ideas y de los dioses y seguir en la corriente que produjeron ellos, cuando todavía eran dioses e ideas.

(*La veleta de Gastizar.*)

Como no tenía más que muy poco dinero, fui de primera intención a París y me hospedé en un hotel barato de la *rue Saint-Jacques*, hacia las afueras.

Desde allí escribí a mi primo Alzate para que me enviara algún dinero.

La encargada del hotel, una señora gorda, madama Barbou, que parecía que en sus años juveniles había tenido una vida muy alegre, se hizo amiga mía, y me contó las ejecuciones, que se hacían por entonces bastante cerca de la casa, como un atractivo del barrio. Me aseguró que no tardarían mucho en guillotinar a alguno.

Le parecían las ejecuciones un espectáculo dramático y divertido. Los chuscos hablaban del momento en que el reo, tumbado en la báscula de la guillotina, pedía al verdugo, al señor de París: *Monsieur, cordon s'il vous plait*. Gracia, indudablemente, exquisita para un portero.

Recordé la anécdota de un naufrago inglés, que, después de recorrer tierras salvajes, se encontró con un sitio en donde vio levantada una horca, y dijo, convencido:

—¡Gracias a Dios que he llegado a un país civilizado!

Estuve varias veces en el palacio de la reina Cristina, en la calle de Courcelles, y me recibió más amable-mente que en Marsella, y hasta me ofreció dinero, que no acepté. Hablamos. Yo intenté convencerla de que un Gobierno fuerte y liberal era la única solución para España, y que había que huir del reaccionarismo.

—Ya veremos —decía ella.

Cuando recibí el dinero de España me despedí de la dueña o encargada del hotel de la calle Saint-Jacques, madama Barbou, lamentándome de no poder presenciar los espectáculos de que se disfrutaba en el barrio. Fui a Bayona y a Bidart, y después a San Sebastián.

Mi primo Lorenzo Alzate me contó cómo entre él y Orbegozo habían preparado, en un convento de monjas próximo a la ciudad, un refugio para Espartero en el caso de que el general no encontrara asilo donde acogerse en sus últimos días de apuro y de desgracia.

Al poco tiempo de llegar a San Sebastián se me presentó *Ganisch*, mi antiguo compañero de aventuras, esparterista acérrimo. *Ganisch* quería discutir conmigo, pero yo no estaba para discusiones.

Ganisch se había casado con una tabernera de Fuenterrabía, viuda, de un genio terrible, la Eustaqui. Al parecer, marido y mujer tenían unas peloterías horrosas y se tiraban los trastos a la cabeza.

Ganisch me dijo que iba a dejar la taberna, aunque se comía bien en ella, porque cuando reñían su mujer y él, éste le daba con ganas, pero la Eustaqui tenía la mano muy fuerte.

Ganisch preparó una cena en una taberna del Chofre, barrio de San Sebastián próximo a

Ategorrieta, y allí fuimos Alzate, Orbegozo y yo y dos *chapelgorris* amigos.

Entramos en la cocina, que tenía una chimenea negra, y fuimos a sentarnos a una mesa levadiza que se acoplaba a la pared, se sujetaba con una tarabilla y se ponía, cuando se quería, horizontal sobre un pie de madera. A esta mesa la llaman en vasco *zizallua*.

Las dos muchachas que nos sirvieron la cena, Panchica y Marichu, eran muy sonrientes, y las gracias de *Ganisch*, aunque viejo, les hicieron reír a carcajadas. De cuando en cuando les dedicaba un ronquido de aire erótico que no dejaba de ser grotesco. Después de la cena, los *chapelgorris* sacaron una guitarra, y hubo canciones liberales, híbridas de castellano y de vascuence. *Ganisch* cantó:

¡Viva Espartero!
¡Viva erreguiña!
Ojalá de repente
ilcobalizaque
bere ama ciquiña.

(¡Viva Espartero! ¡Viva la reina! Ojalá de repente se muriera su sucia madre.)

Por allí no había peligro de que nadie se diera por ofendido.

El otro *chapelgorri*, hombre de ojos tiernos y de nariz colorada, lo que indicaba, sin duda, una desmedida afición por los alcoholes, nos colocó otra canción parecida, un poco grotesca:

¡Viva miliciya ta!
¡Viva naciyoa!
¡Viva eternamente
constituciyoa!

Estos vivas a la milicia, a la nación y a la Constitución no tenían de vascongado más que la terminación de las palabras castellanas.

El último *chapelgorri*, por no ser menos, cantó una canción vasca graciosa, que no sé de dónde la sacaría, y que se refería a tres muchachas de vida alegre de San Sebastián.

Iru dama gazteac
daude penatuac
aguertu liralaco
beren pecatuac
Aurretic eguiñican
norc bere tratuac
oyera joan zaizcate
guizon armatuac.

(Tres damas jóvenes están apenadas porque se les han descubierto sus pecados. Antes de hacer sus tratos se les han ido a la cama los hombres de armas.)

Las demás coplas eran, igualmente, desvergonzadas y divertidas.

Tras de las canciones individuales y a coro vino un muchacho con un acordeón y se armó un bailoteo de fandango y de *ariñ-ariñ* en la cocina, que duró hasta la una de la noche.

A esta hora volvimos a San Sebastián Alzate, Orbegozo y yo. Los *chapelgorris* y *Ganisch* marcharon a Oyarzun.

Al día siguiente tomé la diligencia para Madrid.

DE DUENDE

Al llegar a la corte pasé una temporada desilusionado, resignado, creyendo que ya, como hombre de aventuras y de energía, había concluido. Pensé que era el epílogo, el final definitivo; pero al cabo de algún tiempo noté que todavía era capaz de tomar parte en cualquier empresa difícil. El destierro creo que me hizo más beneficio que perjuicio. Mientras no se presentara la ocasión, estaba decidido a vivir tranquilamente.

Al poco tiempo escribí a la imprenta de Augusto Henault, de Tolosa, para que tirara trescientos ejemplares de mi *Memoria*, y me los envió. Unos ejemplares los regalé, otros se vendieron, y como los pedían, pronto tuve que hacer otra edición en Madrid.

Durante esta época, como en tiempo de Espartero, fui acusado de conspirador, a pesar de no meterme por entonces en nada.

En el Ministerio de Estado debe de hallarse el oficio dirigido por el embajador de España en París, remitiendo copia de una circular de Don Carlos y las quejas del rey Luis Felipe a don Javier Istúriz porque Aviraneta se encontraba en Francia intrigando.

El ministro contestó secamente:

—Aviraneta se halla en Madrid, y no se ha movido de la ciudad.

Estando yo muy tranquilo en Ginebra se dio otra broma por el estilo al Gobierno de Espartero. Se aseguró que el duende Aviraneta se había metido en la corte con fines terroríficos y revolucionarios.

Hubo gran agitación entre la Policía del regente, y los más finos sabuesos se pusieron en busca del duende. La Policía se topó una noche, en medio de la calle, con don Manuel María Santa Ana, después fundador y propietario de *La Correspondencia de España*.

A Santa Ana, que entonces supongo no tendría patillas, lo tomaron por mí, y cuando se convencieron de que no era yo, le soltaron. El duende estaba por entonces duendeando miserablemente en Ginebra. Cuando la reclamación de Luis Felipe, años después, los carlistas se agitaron como cuando las gallinas ven planear por encima de ellas un gavilán. El periódico de Madrid *La Esperanza* publicó la circular del secretario de Don Carlos, fechada en Bourges, poniendo en guardia a los fieles realistas e indicándoles los manejos de Aviraneta.

Don Modesto Cortázar, amigo mío, contestó a un empleado del Ministerio de la Gobernación que se hacía eco de esos rumores:

—Todo eso es fantasía. Aviraneta acaba de estar conmigo en un café de la Puerta del Sol.

Yo he sentido siempre la desgracia de ser mejor tratado por los enemigos que por los amigos. No había hecho ningún daño a Mendizábal, y me persiguió tenazmente; lo mismo me pasó con Mina y con Espartero, a quienes intenté secundar y ayudar en la medida de mis fuerzas.

Hablan de un ministro francés que decía: «Hay favores que no pueden ser pagados más que con la ingratitud.» Esta idea debe ser general, porque un diputado carlista amigo mío, de un pueblo también carlista, por el cual había trabajado durante largo tiempo, me decía:

—No puedo vivir en ese pueblo. Todo el mundo me odia, y creo que me reprochan constantemente el haberles favorecido.

—¿Usted les odia también?

—Empiezo a creer que sí.

CUARTA PARTE

OLVIDO Y RESIGNACION

I

DESDE LEJOS

Mi filosofía, si es que a un aventurero se le permite tener filosofía, ha sido siempre ésta: trabajar con entusiasmo para conseguir las cosas, y cuando no las he conseguido, quedarme tranquilo y renunciar a ellas sin dolor alguno.

(*El aprendiz de conspirador.*)

Cuando veo ahora desde lejos mi época comprendo que nuestro carácter, al mismo tiempo cuco e insensato, ha sido la causa de muchas desdichas. En España no es íntegramente el pueblo el difícil de dirigir, sino el cabecilla, el letrado, que es casi siempre egoísta, petulante y orgulloso. En la guerra civil pasaba como en la guerra de la Independencia; pero en esta última había una pasión que nos unía a todos.

El español destacado no acepta fácilmente la colaboración de nadie. Parece decir en su fuero interno: «O te sometes tú o me someto yo, pero no podemos marchar juntos.»

La gran confianza depositada en mí por Pita Pizarro me atrajo la enemiga de los santones de la masonería y de la democracia.

En 1834 pensé que la masonería no tenía objeto, que todos sus símbolos y oscuridades debían desaparecer.

Esto quizá me perdió y cortó mi carrera. Se reconstituyó el Gran Oriente escocés y los masones me persiguieron con saña. Yo atacé a los principales jefes en un artículo titulado «La verdad», publicado en un periódico de Cádiz el año 1836. Intenté pintar a los santones tales como eran, sin insistir mucho y señalando de refilón sus ambiciosos planes. Este artículo, nada agresivo, tuvo eco en España, y particularmente en Madrid, donde lo copiaron íntegro algunos periódicos, y especialmente *El Correo Nacional*. En aquel escrito molestaba más lo que se insinuaba que lo que se decía, y más que esto, mi actitud independiente. No me lo perdonaron la gente de las logias, y desde entonces se opusieron con tenacidad a todas mis gestiones y tentativas.

El rito escocés dirigía sus *planchas* allá donde yo iba, y tenía establecidos vigías para inspirar recelos acerca de mis viajes y de mis propósitos.

Planteada la guerra entre ellos y yo, continúe oscuramente. Yo insistí en mis puntos de vista, y pude dar detalles al Gobierno acerca de las combinaciones, negocios y chanchullos de los prohombres de la masonería, lo que les exasperó.

Iba preparando mi *Memoria secreta* sobre negocios sucios e inmoralidades de unos y otros, y estaba dispuesto a publicarla.

Mis enemigos, Mendizábal y Gil de la Cuadra, Gamboa y su trinca, no pudieron tragar durante mucho tiempo mi actitud independiente. Mendizábal cambió con relación a mí, y dijo a Calatrava:

—Ha sido una torpeza que el partido progresista se haya privado de un hombre de los arrestos y de la actividad de Aviraneta. Don Ramón Gil de la Cuadra lo tomó entre ojos, y tiene la culpa de todo. Se ha perseguido a ese hombre injustamente. Yo estoy dispuesto a hacer por él cualquier

sacrificio y desagraviarle.

Entre Gil de la Cuadra y yo no había en el fondo nada serio. Era una antipatía de temperamento y de procedimiento. El se creía un consagrado, y yo no le consideraba así. Comprendo que molestaba a muchos el tono de suficiencia que tomé yo en varias ocasiones. Hoy no lo tomaría. Algo se aprende en la vida.

II

LOS INFANTES

Intervine en varias intrigas carlistas y seguí espiando a los partidarios del infante don Francisco, llamado, como usted sabe, en la masonería Dracón, El partido lo dirigían el conde de Parcent y un militar. Ríos, y tenía amistades con don Fermín Caballero y con los que hacían *El Eco del Comercio*.

(*Los confidentes audaces,*)

Consiguió, por fin, el conde de Parcent, a final de septiembre de 1841, aunque no con gran oportunidad ni con gran fortuna, el permiso de que los infantes volvieran a España. Justamente cuando iban a entrar por la frontera ocurrió, el 7 de octubre, la rebelión de los moderados y el alzamiento de Vitoria y de Pamplona. Se dieron entonces órdenes para impedir la entrada de los infantes, Traía don Francisco de Paula el camino de Canfranc, y dispuso el Gobierno que si entraba en España no pasara de Zaragoza. En la frontera estuvo detenido hasta la terminación de los alzamientos.

Al saber el final de la rebelión envió un correo a Madrid con una carta para el Gobierno, muy expresiva. En ella se ofrecía a defender la regencia del duque de la Victoria, poniendo a su servicio sus bienes, su espada y las de sus hijos. Para evitar réplicas y observaciones, al mismo tiempo del ofrecimiento se dirigió canino de la frontera vasca.

Hizo el viaje en silla de posta, acompañado de don Hipólito de Hoyos, mayor de la Secretaría de Estado, enviado por el Gobierno para felicitar a los infantes. Iban también el conde de Parcent y Pereira, secretario particular de don Francisco, hombre resuelto, diestro en la intriga, ex director de *El Graduador* y autor del folleto titulado *Matrimonio de la reina. Cristina con Muñoz*.

La revolución de don Paco fue adoptada por la infanta doña Carlota, quien, con ademanes briosos y llenos de fuego, le aconsejó que, al llegar a Madrid, entrara blandiendo la espada al frente de las huestes del duque. A don Paco le pareció esto excesivo.

Al saber María Cristina el proyecto de su cuñado, intentó impedirlo mediante la influencia de Luis Felipe. Don Francisco de Paula encontró obstáculos para cruzar la frontera vasca, y entonces don Paco pasó por Olorón y fue después a Zaragoza, mientras doña Luisa Carlota se dirigía por mar a Santander, para llegar a Burgos, en cuya ciudad se reunieron los cónyuges, y permanecieron algunos días alojados en casa del diputado don Antonio Collantes.

Se dijo que don Paco estuvo a punto de caer en manos de los sublevados, cuyos jefes habían dado la orden de conducirlo preso, si lo encontraban, a la ciudadela de Pamplona.

Instalados en Burgos, el conde de Parcent fue a Madrid a gestionar el traslado a otro pueblo menos frío, y, tanto el conde como el diputado Collantes no perdonaron medios para obtener la autorización de residencia para los infantes en Madrid; pero no la obtuvieron, y sólo pudieron conseguir su traslado a Sevilla, con la promesa de permanecer en la corte quince días para descansar del viaje y proveerse de las cosas más necesarias. La promesa no la cumplieron los infantes, que se quedaron en Madrid y comenzaron a intrigar.

La primera entrevista de Carlota con su sobrina Isabel II y su hermana fue muy fría. La reina niña llamaba a la infanta su merced, y Luisa Carlota dijo: «Si me tratas así, me obligarás a que yo te diga Majestad.»

A pesar de los arrumacos de los infantes, no hubo cordialidad en la familia.

Poco después pidieron éstos para su hijo don Francisco de Asís el que le nombraran capitán de Húsares de la Princesa, y para el segundo, don Enrique, una plaza de guardia marina. El joven don Francisco de Asís comenzó a darle escolta en sus paseos en coche a Isabel II.

Al acercarse Paquito a Isabel pensaban la infanta y el conde de Parcent comprometer a la reina joven con su primo para llegar al matrimonio proyectado.

Luisa Carlota intrigó todo lo que pudo, y, regaló a su sobrina Isabel un medallón de oro con pelo de Paquito.

MANIOBRAS DE LUISA CARLOTA

Todas aquellas intrigas las dirigía doña Luisa Carlota, porque su marido y su hijo primogénito se dejaban llevar pasivamente. De don Francisco de Paula dijo una vez el general Narváez:

—Don Paco es medió lila, pero es sincero.

Los amigos de la infanta intentaron convencer al duque de la Victoria para que se asociara a ellos. El apoyo del infante podía servir mucho al general. Espartero, al principio, no parecía convencerse, pero se dejó llevar a regañadientes.

En tanto, los moderados ridiculizaban al infante don Francisco en sus periódicos, y ponían de intrigante y de maquiavélica a Luisa Carlota. A los partidarios de ambos les llamaban en broma los «paquistas».

María Cristina, desde París, se las arreglaba para escribir a su hija sin que se enterase nadie. «No te fíes de Carlota —le decía con frecuencia—; es una mujer de malas intenciones, atravesada y peligrosa.»

Las dos hermanas se escribieron muchas veces con motivo de la posible boda de sus respectivos hijos. Lo hacían en italiano. Carlota se dedicaba a las ternezas; pero María Cristina, que no perdonaba a su hermana sus campañas de descrédito contra ella, le dijo más de una vez:

«No me opondré a que Isabel se case con tu hijo, si ellos quieren; pero si Francisco de Asís se convierte en mi yerno, su padre, y su madre sobre todo, no entrarán jamás en mi casa. Ya lo sabes.»

Luisa Carlota intentó apoderarse del ánimo de Isabel y de enemistarla con sus conocidos para influir sólo ella.

La infanta buscó la amistad de Argüelles, como tutor, y la del señor Ventosa, maestro de Isabel, para que en sus lecciones, y aprovechando los momentos de soledad, hablase a la reina niña de su primo Francisco y le entregara su retrato.

Espartero y Argüelles llegaron a alarmarse con las intrigas de Luisa Carlota, y decidieron, de común acuerdo, volver a desterrar a los infantes.

El duque de la Victoria, sin grandes miramientos; ordenó a raja tabla que don Francisco de Paula y su mujer salieran de Madrid. Los dos se establecieron en Zaragoza, y por algún tiempo ya no se discutió en Palacio la cuestión del casamiento de la reina.

A los infantes les comenzó a faltar el consejo de Pereira, que murió poco después de entrar en España, y que era, al parecer, hombre inteligente y maquiavélico.

Los proyectos de los franciscanos y de algunos progresistas, que simpatizaban con el asunto matrimonial, quedaron frustrados. Estos habían concebido la esperanza de unir a los descontentos de Espartero y de María Cristina y de formar un tercer partido liberal, ni moderado ni progresista, que iría al Poder con un gran apetito de empleo y de mercedes.

Con el fracaso franciscano se renovaron de nuevo los odios de unos y otros; volvió poco después a debatirse la cuestión del casamiento, que parecía iba a ser la manzana de la discordia.

El Gabinete de París y el de Londres luchaban en la sombra por la preponderancia en España: los franceses contra Espartero, y los ingleses a su favor.

El ministro de Inglaterra dijo:

—Si estalla en España una guerra civil, Inglaterra guardará la neutralidad; pero si se intenta una

incursión militar con armas y con recursos de Gobierno extraño, entonces Inglaterra tomará otra actitud.

La lucha se acentuaba. En Bayona se publicaba *El Faro de los Pirineos*, en castellano y en francés, redactado por don Joaquín Aldama y don Pedro de Egaña, rabiosamente antiesparterista. En París, un periódico llamado *El Nacional* decía:

«Sabemos que los partidos hostiles a la revolución española quieren tomar la máscara de la República. Han enviado dinero a Madrid, Barcelona y Andalucía para preparar la revolución. Será republicana en Cataluña, carlista en las provincias vascongadas, y todo se tendrá por bueno con tal de que, en medio de la anarquía, se coja el Poder.»

El padre fray Antonio de Casares, adicto a Don Carlos, había formado un nuevo Comité absolutista en París.

Algunos carlistas defendían el proyecto de casar al hijo de Don Carlos con Isabel II, y María Cristina, al parecer, los secundaba.

María Cristina estaba ahora deseando volver a España; se consideraba por entonces inminente la caída de Espartero. Luis Felipe había dicho:

—Yo creo que vale más que María Cristina se quede en la calle de Courcelles, con su marido. *If so tren let it be so* (puesto que es así, dejar que sea así). Respecto al matrimonio de su hija, lo mejor que puede hacer es dejarla que se case con quien quiera.

III

RETRATO DE FAMILIA

Cristina consideraba a su hermana como a una víbora.

(Vitrina pintoresca.)

Por entonces circuló entre la gente la carta que desde París escribió María Cristina a Isabel II en 1842. Yo no sé quién la copió, pero auténtica. Retrata el carácter de las dos hermanas.

Luisa Carlota era la ambiciosa furibunda. Cristina, la mujer egoísta, codiciosa y lúbrica, disimulada e inteligente sólo para sus negocios.

La carta que corrió, y que quizá no la redactó ella, porque no sabía apenas escribir en castellano, era larga y muy significativa. Los principales párrafos en que se refería a Luisa Carlota decían:

«La primera persona a quien ha hecho traición tu tía Carlota ha sido a tu tío Carlos. Aquí me veo obligada a describirte una escena lamentable. Tu padre, el rey Fernando, estaba moribundo, y tu tía Carlota, que alimentaba un profundo odio contra el infante don Carlos y que esperaba, además, tener más influjo bajo mi regencia que bajo el reinado de tu tío, me excitaba hacía mucho tiempo a hacer mudar la ley de sucesión en tu favor. Faltaba aún la última firma que conseguir, y te lo confieso, hija mía, a la vista del lecho de muerte, yo dudaba. ¿Sería, por ventura, el ángel de mi guarda quien me detenía al borde del precipicio? ¿Se me representaría en siniestro y confuso presentimiento alguna débil idea de todos los males que he sufrido hace diez años, las angustias de mi regencia, los horrores de Barcelona, las tristezas de mi destierro? No lo sé; pero, en fin, yo dudaba. Sea por temor de ti y de mí misma, sea por respeto a aquella agonía que era menester violentar, a aquella mano entorpecida por la muerte, que, ya fría e inmóvil, como de mármol, no se levantaba ya. Pero tu tía Carlota estaba a mi lado como mi mal genio. Se reía de mi debilidad, insultaba mis escrúpulos, y observando con ojos inquietos los progresos de la agonía de tu padre, me decía que aún era tiempo, que aquella mano, por fría e inmóvil que estuviese, podía todavía firmar. Viendo, en fin, que yo no tendría nunca el triste valor que procuraba inspirarme, me trató de alma débil y pusilánime, y, acercándose ella misma al lecho del dolor, se dirigió al moribundo y le presentó el papel que era menester que firmase. Tu padre entonces, dirigiendo hacia ella una mirada suplicante, en que apenas se percibía la última chispa de vida, le dijo con voz apagada: «Déjame morir.» Pero tu tía Carlota, asiéndole la mano y llevando la pluma que en ella había colocado, le gritó: «Se trata de morir bien, se trata de firmar.» Mira tú, hija mía, a qué precio te ha hecho reina tu tía Carlota.

Desde que murió tu padre, no cesó de instarme para que la España estuviese siempre cerrada a Don Carlos. Persiguió con su odio la vida de tu tío, como había atormentado la muerte de tu padre con sus asedios. Estaba escrito que Carlota sería el azote de su familia, y yo tuve muy pronto motivo para quejarme de ella, como tu padre.

Tu tía no había pretendido hacerme un favor: había querido vendérmelo, y no contribuyó a hacer pasar la corona a tu cabeza sino para llevarla en tu nombre. Yo encontraba siempre delante de mí sus intrigas y conspiraciones; me ponía obstáculos, me tendía lazos, y, presentando en todas partes turbulencias o manteniendo las que se suscitaban naturalmente en aquella época desgraciada, era

enemiga de mis partidarios y aliada de mis enemigos. Yo procuraba apoyarme en el partido moderado y combatía a los exaltados, que amenazaban sepultar la España bajo una vasta ruina; al momento alargó Carlota su mano a los exaltados. Fue el alma de sus conciliábulos; soñó en hacer en España el papel que representó en otro tiempo en Francia Philippe Egalité. Creyó que llegaría a subir al trono siendo la cómplice de la demagogia. Gracias a ellos, los peligros, ya tan grandes, de mi situación, se agravaron más; ya no sólo tuve que luchar contra los desórdenes inevitables en un tiempo de revolución; fue necesario combatir proyectos ambiciosos que amenazaban tu poder y mi autoridad. La anarquía, la licencia, nada arredraba a tu tía Carlota, y todo camino que parecía deber conducirla al poder supremo, le parecía digno de ella, aunque fuese necesario pisar escombros y andar sobre sangre.

Ahí tienes, hija mía, una parte de lo que tu tía Carlota había hecho cuando me vi obligada a desterrarme de España. No ha habido una conspiración de que no haya sido cómplice; no ha habido una intriga cuyo hilo no haya tenido; no ha habido un acto de mi Gobierno que no haya combatido. Después de haber llegado a Francia no ha renunciado ni a sus odios ni a sus proyectos. Cuando Espartero, cansado ya de ser fiel, preparaba los acontecimientos que debían obligarme a alejarme de España y a separarme de ti; cuando, entregada, sin defensa, a los ultrajes de los amotinados de Barcelona, me libraba con gran trabajo de los puñales de los asesinos, ¿sabes, hija mía, lo que hacía tu tía Carlota? Depositaba todo el veneno de su odio en los folletos infames en que el honor de tu madre era entregado a las encrucijadas y al desprecio de la calle. Excedía al furor de los amotinados de Barcelona, porque es preferible a una reina tener un traje manchado de sangre que tenerlo de lodo.

.....

Ahí tienes, hija mía, lo que debes recordar cuando tu tía Carlota quiera apoderarse de tu espíritu y de tu corazón; cuando se insinúe en tu confianza para engañarte, cuando reclame de ti un afecto de que es indigna, ¡ah!, interpóngase entonces entre ella y entre ti el lecho de tu padre, cuya agonía turbó, Ten presente la memoria de tu tío Don Carlos, cuyas desgracias ha causado, y la ternura de tu madre, cuyo reposo ha destruido Carlota, cuyo honor ha marchitado, y detente al borde del precipicio a que esta mujer pérfida quiere arrastrarte. Acuérdate de ello, hija mía; tu padre, tu madre, tu tío; en una palabra: toda tu familia, tiene motivo para quejarse de la infanta Carlota; ha hecho traición a todos a los que debió amar; es el mal genio de tu casa. Dios te guarde de este mal genio.»

La reina madre, egoísta, avarienta y ansiosa, no se acordaba para nada de los miles de muertos que habían producido la ambición de su cuñado y la suya.

IV

LA MUERTE DE LUISA CARLOTA

Había muchos líos, muchas intrigas ocultas; la gran mayoría de los palaciegos era carlista. Se hablaba de que en la casa grande se daban jicarazos.

(Los confidentes audaces)

En enero de 1844 supimos los madrileños que la infanta Luisa Carlota, de quien se decía que estaba expulsada de Palacio, se encontraba gravemente enferma.

Vivía la infanta en la calle de la Luna, esquina a la de Panaderos, en la casa del marqués de los Llanos, casa que había proporcionado para los infantes el conde de Parcent.

Los médicos de la reina Isabel, en consulta con los de la infanta, se hallaban de acuerdo en que el estado de la enferma era gravísimo.

Luisa Carlota gozaba de muy pocas simpatías entre la aristocracia y el elemento palaciego. La clase distinguida, entonces francamente absolutista, miraba con odio a la mujer enemiga acérrima de Don Carlos y de los suyos. Los aristócratas no podían perdonar a la infanta su inclinación por las ideas liberales.

El día 30 de enero supe yo la noticia de la muerte de la infanta. Había fallecido a las cinco de la tarde del día anterior, de una enfermedad rápida y, al parecer, bastante oscura.

Se contaron en la calle muchas cosas difíciles de creer. Se aseguró que la habían envenenado, dándole, según unos, digital, y, según otros, tártaro emético. La gente, sin duda, no aceptaba que una mujer joven aún, como Luisa Carlota, y de fama de maquiavélica, pudiese morir de una manera vulgar.

Se hicieron grandes comentarios, más o menos absurdos, sobre la muerte. Unos decían que le dieron el jicarazo los jesuitas; otros, que los masones, porque había hecho traición a la secta.

Eran, naturalmente, fantasías, pero que tenían su significación para comprender la manera de sentir del pueblo.

Apareció y se destacó en este asunto la figura de un escolapio, el padre Fulgencio López, hombre mediocre y vulgar, después casi célebre cuando el Ministerio «relámpago».

Según las versiones populares, el padre Fulgencio, confesor de la infanta y amigo de la célebre sor Patrocinio, asustó a la enferma e hizo que se arrepintiese de su liberalismo y de sus campañas contra Don Carlos. También le convenció de que su actitud contra sor Patrocinio había sido sacrílega. Por todo ello, el escolapio le amenazó con el infierno, y la moribunda se arrepintió de sus pasados errores.

Al saberlo, sor Patrocinio envió a la infanta, en una caja de palo santo, una imagen de la Virgen del Olvido, que, según la monja de las llagas, se le había aparecido a ella.

Dos versiones de la muerte por envenenamiento corrían por todas las tertulias de Madrid; adornadas y explicadas con distintos detalles.

La versión de los liberales cándidos era ésta:

—A la infanta la han envenenado los jesuitas. Doña Luisa Carlota estaba aliada con los progresistas y masones. Pretendía que su hijo Enrique se casara con Isabel. Entonces Enrique daría la vuelta a la política y España sería liberal de veras; los jesuitas han ganado al padre Fulgencio, que es el confesor de la casa, fraile escolapio ambicioso, amigo íntimo de sor Patrocinio y de los

carlistas. El padre Fulgencio ha hecho arrepentirse a la enferma de su liberalismo y después le ha dado el jicarazo.

La versión de los buenos católicos absolutistas era esta otra:

—A la infanta la han envenenado los masones. Entre los médicos que la visitaban había algunos masones. La infanta, moribunda, arrepentida de su amistad con ellos, ha comenzado a contar los secretos de la secta al padre Fulgencio, y entonces, para impedir que siguiera revelando los misterios de la masonería, le han dado una gran cantidad de tártaro emético y la han matado.

No hay para qué decir que yo no creía en ninguna de las dos versiones. A los jesuitas no les podía quitar el sueño las maniobras de doña Carlota, y los secretos de los masones no pasaban de cuatro tonterías y de hacer la competencia a los cocineros y zapateros con sus mandiles.

El entierro de la infanta se verificó en la mañana del 2 de febrero, a las once, en un coche de gala con cuatro hachones. Iban palaciegos, monteros de Espinosa, capellanes, músicos y escolta de caballería y alabarderos. La gente marchó por curiosidad acompañando al cortejo hasta la cuesta de San Vicente, y allí el coche se dirigió camino de El Escorial.

LA ENFERMEDAD DE LA INFANTA

Pocos días después me encontré con un amigo notario, llamado Puga, que tenía que visitar a la señora de Ruiz de Arana, ama de llaves de la infanta y creo que pariente del que fue favorito de Isabel II, conocido por el *Pollo Real*. El notario Puga iba a hacer una escritura de venta a casa de la señora de Arana.

Le hablé de las mil versiones que corrían acerca de la muerte de doña Luisa Carlota.

—Creo que todas son habladurías —dijo él.

—Sí, yo también.

—Si quiere usted, venga conmigo a casa de la señora de Arana. Necesito dos testigos, y usted será uno de ellos.

Fuimos juntos: la señora de Ruiz de Arana no tuvo inconveniente alguno en contar con detalles la enfermedad de la infanta.

—Desde mediados de enero, Su Alteza se sentía desazonada —nos dijo—, con insomnio y disminución de apetito; pero no se quejó de estas molestias ni cambió su método de vida; fue a El Pardo a una partida de caza, salió a caballo uno de estos días, y sintió, durante el paseo, algunos vértigos que la pusieron por dos o tres veces en peligro de caerse. Todavía no se quejó hasta una tarde que sintió mucho frío. Tuvo una fuerte reacción, le hicieron dos sangrías y quedó la enferma aliviada y sin calentura. A la noche inmediata fue mayor el desasosiego; empezó a tener picazón en la piel, y al amanecer se le presentaron pintas rojas, como de sarampión. No creyendo Su Alteza que la cosa tuviera gravedad, y sintiéndose aliviada, se lavó y peinó y tomó un poco de caldo con pan. Continuó manifestándose la erupción hasta cubrir la mayor parte del cuerpo, sobre todo el pecho y la cabeza. Aquella noche estuvo más inquieta y con mayor dificultad de respirar. Al día siguiente, además de otros remedios, se le hicieron a Su Alteza dos sangrías. Los síntomas del pecho iban aumentando, tenía un estertor terrible y le hicieron otra sangría. Las manchas como de sarampión habían desaparecido casi del todo. El día 29 de este mes se agravó la enferma. Celebraban los médicos varias consultas en los días anteriores, y en éste se decidieron a emplear un método que parece que es conocido con el nombre de contraestimulante. Toleró el medicamento muy bien, que era algo como tártaro.

—¿Tártaro emético?

—Eso es. Continuó el pecho en el mismo estado y creció la agitación y el delirio. A las cuatro y media de la tarde de este día se le declaró rápidamente un ataque apopléptico, y a la media hora murió.

—¿Le asistió, como dicen, el padre Fulgencio? —le pregunté yo.

—Sí, es el confesor de la casa. Este la confesó. Ella pidió que se llamase a la servidumbre para pedirle perdón. Llamó también a don Francisco de Paula y a la princesa Luisa Fernanda, y estuvo hablando con ellos. Después, el padre Fulgencio le dio un vaso de agua fría, y en seguida otro. No hizo más que beber el último y quedó muerta. Se le preguntó al escolapio por qué lo había hecho, y dijo que ella se lo había pedido con insistencia.

Nos despedimos de la señora de Ruiz de Arana y salimos el notario Puga y yo a la calle. No era, a pesar de sus explicaciones, muy claro lo que había ocurrido con la infanta.

Le pregunté a un médico amigo:

—¿Qué es eso de los contraestimulantes?

—Esto de los contraestimulantes —me dijo—viene de una teoría de un médico italiano, Rasori, que suponía que las enfermedades eran siempre por defecto o por exceso de vitalidad. Para las unas empleaba los estimulantes, y para las otras, los contraestimulantes.

Le expliqué al médico la enfermedad con los detalles que me había contado la señora de Arana.

—Yo creo que habiendo médicos hubieran notado si había posibilidad de un envenenamiento.

—¿Y los vasos de agua fría del padre Fulgencio?

—Supongo que sería un capricho de la enferma.

V

LAS ÚLTIMAS VOLUNTADES

Se aseguró (así lo dice Urquinaona en su libro *La España bajo el poder arbitrario de la Congregación apostólica*) que el cabildo eclesiástico felicitó efusivamente al general Moreno, y que el obispo de Málaga, don Juan José Bonel y Orbe, después cardenal y arzobispo de Toledo, celebró el fusilamiento de Torrijos y sus compañeros con un gran banquete de cincuenta y tres cubiertos en su palacio, tantos como víctimas habían sido sacrificadas en las playas malagueñas, Esta comunión antropofágica fue muy comentada.

(Siluetas románticas.)

Durante mucho tiempo se habló de la muerte de la infanta. Se dijo que el arzobispo Bonel y Orbe, acompañado de su secretario, se presentó a altas horas de la noche a darle la unción. Este arzobispo y patriarca de las Indias era el que estaba en Málaga cuando el fusilamiento de Torrijos y de sus compañeros y celebró el hecho con un banquete en su palacio.

El patriarca de las Indias y la infanta hablaron largo rato. El era un absolutista. Ella consideraba en aquel momento como una de las faltas más graves de su vida el haber luchado contra Don Carlos; es decir, según la mayoría de los curas, contra el catolicismo. El arzobispo convenció a la enferma de que hiciera un voto, una declaración, que escribió él y firmó ella.

La infanta pidió al patriarca de las Indias que dijera a sus hijos que fueran buenos cristianos y buenos españoles y que procuraran por todos los medios que la corona de España fuese a manos de su tío Don Carlos o de sus descendientes.

Los hijos, don Francisco y don Enrique, llegaron a Madrid cuando estaba su madre de cuerpo presente; el uno de Pamplona y el otro de Cádiz.

El arzobispo Bonel y Orbe tuvo, según se dijo, una entrevista con los dos jóvenes con el objeto de enterarlos de la última voluntad de su madre.

Se añadió que don Enrique, más levantisco y con pocas simpatías por su tío Don Carlos, y que años después, cuando la revolución del 48, se mostró republicano, se manifestó rebelde al encargo de su madre; en cambio, don Francisco de Asís, el futuro rey consorte, con evangélica humildad, ofreció tener siempre presente el mandato materno y obrar conforme a él.

Se dijo también que, en vista de tan laudable muestra de obediencia, el prelado le colmó de bendiciones, asegurándole la felicidad y el amparo del Señor en este mundo y en el otro, y considerándole a él solo digno de poseer el legado de su madre, se lo entregó, guardándolo el infante como una reliquia sagrada.

Después se dijo que don Francisco de Asís llevó siempre el escrito firmado por su madre colgado al cuello, dentro de un escapulario.

AÑOS DESPUÉS

Don Francisco de Paula, después de la muerte de su mujer, no supo qué determinación tomar. Su entusiasmo masónico se enfrió. La gente dijo que estaba lelo. Quedó con sus hijos mayores, don Francisco y don Enrique, dos hijas y un niño pequeño y enfermizo.

Tenía por entonces por secretario y consejero a un tal Meneses, que le dirigía. Don Francisco se casó después, de una manera morganática, con una mujer muy distinguida y de gran belleza, llamada Teresa Arredondo, y vivió con ella en el palacio de San Juan, que estaba en el Retiro, hacia la parte de Atocha.

Teresa era una excelente persona, resignada y humilde, y que sufría los desdenes de gentes inferiores a ella en categoría y en condiciones personales.

A pesar de su humildad, tenía enemigos en Palacio, y su muerte fue muy extraña.

De ella también se aseguró, como de Luisa Carlota, que la envenenaron; pero aquí había más indicios aún para creerlo. Años después, unas amigas suyas me afirmaban que tenían pruebas del envenenamiento de Teresa, aunque no comprendían ni podían adivinar el motivo, ni sospechar quién fuera el autor del envenenamiento.

Teresa Arredondo tenía una señora de compañía muy amiga de su madre. Cuando murió Teresa, esta señora, que sospechaba el envenenamiento, guardó en un armario la botella de agua y algunas tisanas que quedaron en el cuarto de la enferma al morir. Le dio estos líquidos a un perro, y éste murió a las dos horas.

La familia del infante don Francisco quedó en la oscuridad y en el olvido.

BROMAS DE NARVÁEZ

En 1845, Martínez de la Rosa, muy alarmado, leyó a Narváez un papel en francés, en el cual, entre otras cosas, le decían:

«Señor ministro: Nos afirman que prevalece la candidatura del infante don Enrique para esposo de Doña Isabel II; pero este joven ilustre no puede ser marido de la reina, ni tampoco su hermano don Francisco de Asís. El motivo lo ignora el ministro español a quien tengo la honra de dirigirme. Yo se lo expondré. Sepa, señor ministro, que la infanta Luisa Carlota, no olvidando, ni aun en trance tan amargo como la muerte, los agravios de sus hermanos, y al mismo tiempo inspirada por un escrúpulo de conciencia, llamó a sus ilustres hijos y, cogiéndoles de la mano, con acento doloroso y ternura verdaderamente cristiana, les dijo estas palabras solemnes:

—Quiero ganar el cielo, hijos míos; quiero separarme de vosotros y del mundo sin llevar al otro remordimiento alguno. Me declaro arrepentida de haber contribuido con mi ligereza, impulsada por el más imprudente cariño, a trastornar la legítima sucesión de la corona. Don Carlos María de Borbón es el rey legítimo de España. Os lo juro por mi salvación eterna. Yo os mando como madre, como infanta y como pecadora arrepentida, que juréis que ninguno de vosotros os desposaréis con vuestra prima Isabel II, usurpadora inocente de los derechos de su tío, a fin de no perpetuar con vuestra cooperación la ilegitimidad que hiere el trono de Castilla.»

Esto lo escribía un señor que firmaba «Un amante de la verdad», con fecha del 14 de junio de 1845, desde París.

Al terminar de leer don Francisco Martínez de la Rosa el papel con acento emocionado, Narváez contestó con indiferencia burlona:

—Todo eso es una invención, don Francisco, y me extraña que un hombre de sus alcances y de la sabiduría de usted acoja una paparrucha así tan tendenciosa. Advierta usted que en ese papel no

se nombra al infante, que no podía estar lejos en un acto de tal importancia, y se guarda muy bien de mencionarle, porque de ser interrogado descubriría la trama. Don Paco es medio lila, pero tiene sinceridad. A más de esto, la infanta Luisa Carlota, como sabe usted muy bien, no era una mujer que se anduviera por las ramas, y si hubiera estado convencida de que había contribuido al triunfo de una causa ilegítima, lo hubiera manifestado de otro modo más público, no sólo por obedecer a sus escrúpulos, sino también por vengarse de su hermana María Cristina, a quien todos sabemos que odiaba.

—Me va usted convenciendo —exclamó Martínez de la Rosa.

—Pero si en todo eso se huele la mentira —dijo Narváez, exaltándose—. Si eso es una bola para engañar a los tontos. Además, mi querido amigo, ¿tan flaco es usted de memoria que no recuerda que ni don Francisco de Asís ni don Enrique estaban aquí cuando murió su madre? ¿No sabe usted que el uno se encontraba a mucha distancia, en un buque, y el otro en Pamplona, a la cabeza de un regimiento? Rompa usted ese papel, no se lo enseñe usted a Su Majestad, y menos a la reina madre, que ha venido muy devota de París y con ganas de comerse a los santos, y no vaya la mentira misma a darle algún puntazo en la conciencia y a trastornar el proyecto de matrimonio que nos está haciendo la pascua.

Martínez de la Rosa rompió el papel, y dijo:

—Amigo don Ramón. ¡Cómo lo recuerda usted todo! ¡Qué memoria tiene usted!

—Sí, es la facultad de los tontos —contestó Narváez.

Años después, el Gobierno desterró a sor Patrocinio de España, con orden de llevarla a Roma. Nadie mejor que el Padre Santo podría decidir con acierto sobre la santidad de la monja y la verdad o impostura de sus llagas.

Don Francisco de Asís, el rey consorte, se mostró muy incomodado con esta resolución del Gabinete.

Uno de los ministros fue a visitarle, tanto para aplacarle como para averiguar la causa de su decidida protección a la monja milagrera.

El rey consorte dijo que la infanta Luisa Carlota, su madre, por intermedio del arzobispo de Toledo y patriarca de las Indias, le había hecho esta recomendación: «Protege a sor Patrocinio, porque me arrepiento de haberla perseguido, y es una santa.»

VI

AMIGOS ANTIGUOS

—Estoy perdido, sin defensa —murmuró—; me van a aplastar,

(*La Isabelina.*)

Por el relato de los periódicos supe el fusilamiento de mi amigo Zurbano y de sus hijos y el atentado contra Narváez en la calle del Desengaño, esquina a la del Barco, en las proximidades del teatro del Circo, atentado del que salió ileso.

Cuando volvió María Cristina a Madrid, el mismo día enterraron a don Agustín Argüelles. Yo no estuve ni en una ceremonia ni en otra.

El Gobierno me había repuesto en el Cuerpo de Intendentes del Ejército; pero, sin duda, no tenía mucha confianza en mí, porque no me daba ningún trabajo. Iba a la oficina, pero pronto comprendí que se deseaba que no fuera por ella, y, en vista de esto, no hice más que cobrar el sueldo.

En 1846 había tres candidatos al matrimonio con Isabel II: un Coburgo, don Francisco de Asís y su hermano el infante don Enrique. Había sido también candidato, aunque ya desechado, el conde de Trápani, hermano de María Cristina, que entonces tenía dieciséis años y decían que era tonto.

El Gobierno parecía tener la benevolencia de los ingleses. Don Francisco de Asís era el candidato de Luis Felipe, y don Enrique de Borbón, duque de Sevilla, tenía mucha popularidad entre los liberales patriotas.

Al parecer, la reina Cristina no quería para su hija a Francisco de Asís. Le tenía antipatía como a hijo de su hermana. Isabel, por otra parte, que era una chulona, decía que Francisquito no era hombre, que tenía voz atiplada y caderas de mujer, y a ella le gustaban los hombres muy hombres. El segundo hijo, Enriquito, le parecía a Isabel mejor; pero a éste Cristina le tenía más odio y decía que era un perdido y un canalla, tan malo y tan intrigante como su madre.

A pesar del poco entusiasmo de la reina por don Francisco, se arregló la boda con él.

La señora de Ruiz de Aranda me contó que había habido varias jiras en la Casa de Campo con intenciones matrimoniales. Iban a ellas don Francisco de Paula con sus dos hijas, Muñoz, la marquesa de Valverde, Isabel y Paquito. Después de la merienda se bailaba.

Paquito, el prometido de Isabel, al parecer, no tenía un cuarto. Mientras estaba de oficial de Húsares, en Pamplona, vivía en una fonda humilde de la calle de la Estafeta, como un oficial con un sueldo reducido, en un gabinete pequeño y estrecho. Paquito miraba el matrimonio con su prima como medio de dejar de ser tan poca cosa y de convertirse en Don Francisco de Asís, rey consorte.

Espartero, desde Londres, y Olózaga fueron los que decidieron el matrimonio de Isabel II con Francisco de Asís. Los políticos ingleses aceptaron al candidato, y el embajador, Bulwer Lytton, vino a Madrid con la orden de favorecerle.

ILUMINACIONES Y FIESTAS

Cuando las fiestas de la boda hubo en la corte muchos forasteros.

Una noche me encontré con Dolores, la *Perlita*, casada con un rico comerciante de Cádiz. Se me acercó a saludarme con afecto, y hablamos.

No sabía nada de Fanny Stuart; creía que había vuelto a París. La ex bailarina me mostró el camafeo regalado por mí, que llevaba colgado en el pecho. Creía que le había dado la buena suerte.

Pocos momentos después nos encontramos con el *Tordillo*, el hombre de la venta de la Pajanosa, que se me acercó muy efusivo.

Paseamos los cuatro por las calles de Madrid, y me topé con García Orejón, que venía de Francia. Le pregunté por los amigos. Me habló de Valdés, de Martínez López y de Baissac, que al parecer se había ido a América. Todavía nos encontramos con Isidro Madruga y la Pura, los dos de bracete. Vimos juntos, entre el gentío, las iluminaciones y las colgaduras de las casas.

En la calle de Alcalá, en el Ministerio de Hacienda, se lucían tapices y retratos de la pareja real, custodiados por tropa. En la Academia de San Fernando había colgaduras blancas y moradas, un dosel con el busto de la reina y un gran número de arañas con luces en los balcones.

El Ministerio de la Guerra estaba también iluminado con muchos faroles, que formaban dibujos; el paseo del Prado, con guirnaldas, columnas de boj y luces. En la fuente de Apolo había un templo chinesco y un tablado para la música, que tocaba sin cesar, y enfrente de la fuente de Neptuno, dos extensos tabladros, que supusimos serían para bailes de espectáculo.

Después de pasear por las calles y plazas, como buenos isidros, la *Perlita* me pidió que le consiguiera dos entradas para la corrida de toros que se iba a celebrar en la plaza Mayor. Se las conseguí por influencia de un amigo. Orejón llevó con él al *Tordillo de la Pajanosa*.

Yo no fui, porque estas fiestas no me interesan. La corrida de toros fue muy sonada, y acudió a ella todo el mundo: aristocracia, gente política, burguesía y pueblo. Se elogió la habilidad del *Chiclanero* y de Montes. Un potro desbocado atropelló a este célebre espada, pero no le causó más que una ligera contusión.

VII

MURMURACIONES

Castelo intervino en la conversación y habló de lo que se decía en la calle; de que la reina madre había tomado parte en todas las contratas y en todos los negocios sucios de España y de Ultramar, para hacer la fortuna de los Muñoz.

(El sabor de la venganza.)

Durante algún tiempo se creyó que con el matrimonio de Isabel II con Don Francisco de Asís se había hecho la felicidad de los cónyuges y la de los españoles. Antes del año empezaron a correr noticias de las discrepancias entre marido y mujer. Se supuso que la reina estaba enamorada de su primo; luego resultó que se despreciaban mutuamente. Ella le tuvo a él por poco hombre. El a ella, por una cortesana.

Al parecer, la cuestión del mando y de la autoridad entre ellos se produjo en seguida. El marido quería mandar y la mujer no se lo permitía.

—Que tú gobiernes el Estado, está bien —decía él—; pero en la esfera de Palacio y en la administración del Patrimonio, debo mandar yo.

—No —contestaba ella, que era orgullosa y bruta—; yo soy la reina, y tengo que mandar en todo.

Al parecer, Isabel II no tuvo por su marido las más elementales consideraciones. Ella era de más carácter, enérgica y mandona. Un escritor francés que conoció a los dos dijo de la pareja real:

«Don Francisco de Asís es de buen aspecto cuando está sentado, pues sus piernas son más cortas que el resto del cuerpo. Tiene una figura afeminada, lo contrario de su mujer. Así como ésta posee una voz dura y ronca, la del rey es fina y atiplada. Se diría la de un chantre del Papa.»

Yo le vi una vez; se parecía a su padre; pero así como el infante don Francisco de Paula tenía una frente estrecha, Don Francisco de Asís la tenía ancha, abultada, un poco de raquíptico, y usaba un peinado de gusto de peluquero.

Durante algunos años, todos los ataques de los periódicos revolucionarios fueron contra el Gobierno. La reina quedaba libre de la maledicencia pública.

Con la privanza escandalosa del general Serrano comenzaron las murmuraciones entre los palaciegos y los políticos, y llegaron pronto a ser la comidilla de los círculos y de los cafés.

Pasó el valimiento de Serrano, y se habló de un cantante, Mirall; después, del profesor de música Valdemoso, de Sartorius, del *Pollo Real* (Ruiz de Arana), de Puig Moltó, del barítono Obregón, del músico Arrieta y, por último, de Marfori.

Cuando el *Pollo Real* (José Ruiz de Arana) apareció como favorito se destapó la maledicencia. Un periódico dijo: «Mientras los oficiales viejos, llenos de servicios, no han llegado más que a capitanes, Pepito Arana ha pasado en pocos arios de cadete a teniente coronel sin haber hecho más que alguna expedición a los sitios reales.»

Después, la murmuración se acentuó.

Era demasiado; se decían cosas horrosas. De Francisco de Asís, fueran verdad o no, se contaban otras historias casi aún más feas, que, según la voz popular, ocurrían en un convento.

Se dijo también que Francisco de Asís mandó matar al primer hijo de Isabel II, que seguramente nació muerto. A aquel pobre Don Paco todo el mundo le vejó e insultó. La vida del matrimonio real

era famosa. Se contó por todo el pueblo que una vez el pollo Arana pidió a Isabel que le diera veinte mil duros. La reina los reunió y los guardó en un armario. Salió de su cámara, y al volver se encontró con que la mitad de la suma había desaparecido. Se los había llevado Don Francisco de Asís. La reina fue a su encuentro, y a empujones y a golpes le obligó a que se los devolviera y pudo dar los veinte mil duros a su favorito.

Los periódicos de oposición hacían continuamente alusiones a todos estos rumores. El público acogía y aumentaba a su placer los conceptos embozados; los comprendía y los comentaba, y la censura no podía evitar las malicias porque temía aumentar más la gravedad de un escrito si lo recogía.

Generales y políticos conspiraban. Se habló con calor del cambio de dinastía, y yo oí decir en una casa:

—Es menester que esa mujer torpe y testaruda se vaya.

Se estaba repitiendo el caso de María Cristina en mayor escala. Después de la adoración, el odio y el desprecio.

LA MADRE Y LA HIJA

También se seguía manifestando antipatía contra María Cristina, suponiendo en esta señora una codicia inaudita y una intervención desvergonzada en los ferrocarriles y en los demás negocios dirigidos por el banquero Salamanca.

Se contaba que una noche don Joaquin Francisco Pacheco fue a visitar a Doña María Cristina. La reina madre le dijo:

—Mañana va a caer el Ministerio Narváez.

—No lo creo —contestó el político.

—¿Qué se apuesta usted, Pacheco?

—Me apuesto dos onzas.

—Pues ahí van.

El político y María Cristina pusieron cada uno dos monedas de oro sobre la chimenea. Al salir de Palacio, Pacheco se dijo:

«Es evidente; hay crisis, y pierdo la apuesta, porque la reina madre antes deja hundirse el palacio que perder dos onzas.»

Así fue.

La gente decía que María Cristina era una coneja por su fecundidad. Había tenido nueve hijos con Muñoz, y a los nueve pensaba dejarles una gran fortuna.

A todos los que andaban en asuntos bursátiles, y a muchos moderados, unidos a María Cristina y dirigidos en política por Sartorius, se les llamaba popularmente los polacos y la legión polaca. Nadie sabía por qué, pero la palabra había corrido por toda España y se consideraba como una manifestación de desprecio dirigida a una pandilla inmoral.

Corriendo los años, el desprestigio de Isabel II y de su madre se acentuó. Y muchas veces pensaba: «¿En qué vamos a terminar?» Se dijo que el padre Claret había conseguido una bula del Papa a favor de Isabel II para pecar en vista de su fogosa naturaleza. Ya se creía todo.

Por lo menos a la reina Isabel, si se le atribuían desórdenes y un erotismo lúbrico, se le reconocía generosidad. A la madre, no; se la tenía por una mujer odiosa.

Se afirmaba que intervenía en inmoralidades y en agios de toda clase. Después se habló de ciertos asesinatos misteriosos, cuyos autores no se podían descubrir; se dijo que desaparecían envenenadas algunas personas depositarias de secretos de la reina madre. A la hija se la consideraba como una Mesalina, y a la madre, como una Lucrecia Borgia.

Yo, alguna vez que otra, iba a saludar a María Cristina a su palacio, cuando ella me llamaba. A Isabel II nunca fui presentado.

VIII

SIMPATÍAS FINALES

En 1847 me prendieron a mí y le prendieron a Chico, y nos deportaron; a mí a Alicante y a él a Almería. Cualquiera hubiera dicho que había relación entre nosotros dos, pero no había ninguna.

(El sabor de la venganza.)

En 1847, el ministro Benavides, de la fracción moderada de los puritanos, me desterró a Alicante por un barullo ocurrido en la Puerta del Sol, en el cual unos cuantos jóvenes aclamaron a la reina y a la libertad.

Yo no tenía absolutamente nada que ver con aquello. ¿Qué podían significar para mí estos aplausos y vítores a la reina? ¿Qué intención iba yo a tener en ello?

El destierro duró poco, pero me indignó.

Se me consideraba hombre misterioso y guardador de grandes secretos. Varias veces agentes de la Policía registraron mi casa y se me llevaron cuadernos donde yo tenía documentos y notas. Suponía si andaría en el ajo Salvador, que estaba en Madrid empleado en un Ministerio.

No tenía esperanza de intervenir en la política. La mecánica de los partidos había cambiado y no había posición en ella para mí.

Los progresistas, aunque en conjunto compartiera sus ideas, no me querían, por considerarme enemigo de Espartero; los moderados me favorecían, pero yo no simpatizaba con sus tendencias reaccionarias.

No había lucha contra el carlismo, y a mí se me reservaba únicamente esta especialidad.

Contaba más de cincuenta años, y no había dado el salto a tiempo para incorporarme al grupo de los mandones. Era indispensable retirarse.

Impulsado por la cólera que me produjo la canallada del ministro Benavides, pensé en marcharme a América, y escribí a un amigo de Nueva Orleans. Me contestó que allí no tendría éxito. Un hombre de cincuenta y cinco años era muy viejo para buscar fortuna en países jóvenes. En América, según mi amigo, los hombres envejecen más pronto que en Europa, y se apreciaba por esto también más la juventud.

Me encontraba un poco en el vacío. De querer actuar en política, no se podía ser más que esparterista o antiesparterista, partidario o enemigo de Narváez. Ser liberal indeterminado no era nada en la práctica.

Aunque rechinando por dentro, me decidí a eclipsarme. Fui a visitar a María Cristina, quien me dijo que había llamado a Benavides y le había advertido que no consentiría en adelante, de ninguna manera, que se me desterrara o se me prendiera por un capricho.

El ministro se mostró muy bajo, dio todas las explicaciones necesarias y cantó la palinodia de una manera indecente. Hasta me ofreció un destino, que no acepté.

Yo, que había tenido casi siempre la antipatía de los políticos, sin duda, al ver que estaba inutilizado, sin amigos y sin partidarios, comencé a verme mejor tratado por ellos, y en algunos libros y folletos que hablaban de la guerra se me trató con más simpatía. Eran, sin duda, elogios de funeral.

IX

VISITA A SOR PATROCINIO

En Madrid, María Cristina me llamaba al palacio de la calle de las Rejas, me preguntaba mi opinión acerca de las cuestiones políticas y quería que yo le dijera lo que se murmuraba en la calle sobre los amores de su hija y sobre los milagros de sor Patrocinio.

(El sabor de la venganza.)

Después del destierro, medio frustrado, de 1847, no me pasó nada hasta 1854, en que me prendieron y me llevaron a la cárcel del Saladero. Esto lo he contado con detalles, así como los manejos de un brigadier y de su querida para matar al policía. Chico.

Desde la época del destierro ordenado por Benavides no quise intervenir en nada y rehuí el conocer nuevas gentes. La única persona de importancia con quien hablé fue sor Patrocinio. Tuve una entrevista con ella por indicación de María Cristina.

La privanza de sor Patrocinio y del padre Fulgencio con la familia del infante don Francisco no se explicó nunca con claridad. Sabido es que el infante don Francisco de Paula era masón y que su mujer participaba, aparentemente, de sus ideas por interés más que por otra cosa.

Al instalarse los infantes en Madrid, entró como confesor de la familia el escolapio padre Fulgencio López, amigo y protegido de sor Patrocinio. Este hombre era uno de los maestros de las Escuelas Pías en el colegio de San Antón, de la calle de Hortaleza. No era un tipo hábil ni inteligente, sino sólo osado, atrevido, de cierto desparpajo, frecuente en los frailes. El tal frailuco, manchego, se hizo indispensable en la casa, y al enfermar de gravedad doña Luisa Carlota le habló de su protectora, sor Patrocinio, y le reprochó a la infanta el haberse manifestado contra la monja.

La enferma se arrepintió de ello, y dijo que comprendía que no era una embaucadora, sino una santa mujer.

El padre Fulgencio se lo comunicó a sor Patrocinio, y ésta, que tenía la devoción de la Virgen del Olvido, que, según ella, se le había aparecido en carne mortal, envió la imagen a la infanta, muy vestida, con una urna de vidrio y dentro de una caja de palo santo.

Después de la muerte de doña Luisa Carlota, el escolapio fue confesor de don Francisco de Paula, el masón, y luego de su hijo, el rey consorte, Don Francisco de Asís, hombre muy devoto.

Sin duda, el padre Fulgencio, dirigido por sor Patrocinio, habló al infante don Francisco de las virtudes y milagros de la religiosa, y el infante, un poco lelo, prometió protegerla.

La admiración del infante don Francisco, ya ex masón, por la monja, pasó a su hijo Don Francisco de Asís.

Al casarse éste con Isabel II nombró al padre Fulgencio confesor de Palacio. Antes del matrimonio, sor Patrocinio envió a la reina, por intermedio de la hermana del conde de Clonard, un *lignum crucis*.

El infante don Francisco de Paula, panegirista de la mística milagrera, llevó a su hijo y a la reina a visitar varias veces a sor Patrocinio. Francisco de Asís se entusiasmó con la monja. Iba, según decían, a visitarla a altas horas de la noche, y hasta muchas veces se aseguraba que, para que no le

conocieran, se disfrazaba de cura.

Algunos creían que se entendía con ella; pero no debía de ser verdad.

UNA COMISIÓN DIFÍCIL

En esta época me llamó un día María Cristina. La reina, madre tenía por entonces buenas disposiciones para mí; me hablaba de tú y quería protegerme. Yo le decía que se me había pasado el tiempo, que ya no tenía ambiciones, y era verdad.

Fui al palacio de la calle de las Rejas, y, después de contarme varias cosas, me dijo la reina madre:

—Tengo noticias de que Isabel va a hacer una tontería. Me han dicho que mi yerno Paco le ha cogido de un armario las cartas de alguno de sus favoritos, y se las ha dado a sor Patrocinio. Quieren con esto dominar a Isabel para que eche a Narváez y lleve al Poder a los paniaguados de la monja.

—¿Y qué quiere hacer Su Majestad?

—Quiero que vayas de mi parte a ver a sor Patrocinio y que le digas que conozco sus manejos y que ande con cuidado. Si tiene de verdad esas cartas, que las devuelva, porque si no irá a la cárcel, por muy mística y por muy milagrera que sea.

María Cristina tenía poca simpatía por la monja de los estigmas.

Cuando el proceso de ésta, en 1846, se dijo que uno de los milagros de más bulto de la religiosa fue que el diablo la sacó de su celda y la llevó por los aires al camino de Aranjuez, y allí le hizo ver que María Cristina era una mala mujer en todos los sentidos, y que su hija no era, ni podía ser, reina de España. Lo más probable es que María Cristina recordara este milagro y no le hiciera mucha gracia.

La misión que me encomendó la reina madre no me pareció muy fácil de cumplir, y quedé un poco parado antes de contestar.

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

—Ya veré de cumplir el encargo de Su Majestad de la manera más diplomática posible —le dije.

—¡Bah! Tú saldrás fácilmente de eso.

—No creo que la cosa sea tan fácil; pero aun así y todo, ensayaré, aunque no creo que con éxito.

ANTECEDENTES

—¿Y qué pretende sor Patrocinio en la calle? —me preguntó la reina.

—Dicen tantas cosas, que es muy difícil saber lo que puede ser verdad.

—Pero ¿las consideran bien o mal?

—En eso influye más que nada la política. Los carlistas y la gente religiosa creen la mayoría que es una santa, y los liberales y los progresistas, que es una embaucadora.

—¿Y la gente imparcial?

—No hay gente imparcial. Una señora rica y devota suele decir muy convencida: «Es una reformadora; se hablará de ella como de Santa Teresa de Jesús.» En cambio, la mujer de un encuadernador, que es pariente de sor Patrocinio, dice: «Esa es una tuna.»

—Y tú, ¿qué crees de las llagas?

—Eso ya se supo que eran artificiales; ella misma declaró que el padre Alcaraz le dio una reliquia que debía de tener una sustancia corrosiva que, aplicada a la piel, producía úlceras.

—¿Cómo se explica la gente el favor que tiene la monja con Isabel y con Francisco de Asís?

—Hay opiniones para todos los gustos.

—Habla con claridad, sin escrúpulos.

—Pues algunos dicen que sor Patrocinio los ha seducido con sus palabras y su aire seráfico; otros aseguran que Don Francisco de Asís se ha enamorado de ella.

—¡Qué disparate! Paco no se enamora de nadie. ¿Qué más dicen?

—Han inventado que la monja quedó embarazada de Don Francisco y que fue a dar a luz a Burdeos.

—Pero eso es mentira, naturalmente.

—Creo que sí. Lo que se asegura y parece cierto es que Don Francisco de Asís tiene otros hijos.

—¿En dónde?

—Aquí, en Madrid.

—Pero si es capaz de tener hijos, ¿por qué no se los hace a su mujer? —preguntó ella con un desgarramiento de rabanera.

—¡Ah! Eso es un punto oscuro, y sobre él sólo su augusta hija Doña Isabel II podrá tener opinión.

María Cristina se rió.

—Sigue contando.

—Dicen también que sor Patrocinio no es hija verdadera de don Diego de Quiroga y Valcárcel, administrador de rentas de los reyes, sino que es hija natural de su difunto esposo Don Fernando, y que Doña Isabel tiene cariño por ella desde que ha sabido que es hermana suya.

María Cristina quedó parada.

—¿Cuándo nació esa mujer? —preguntó después.

—Se asegura que nació en abril de 1811.

—Pues entonces no puede ser hija de Fernando. Fernando estaba tres años antes prisionero en Valencey.

—Sí; pero hay gente que afirma que esa fecha no es cierta, y que la monja nació antes. En el origen de sor Patrocinio hay algo oscuro, misterioso; cuentan que nació en un bosque, en Cuenca; que la abandonó su madre... Lo que sí parece cierto es que Fernando VII, su difunto esposo, se interesó mucho por ella cuando era niña...; quizá sea esto lo que ha dado origen a los rumores.

—¿Tú conoces a sor Patrocinio?

—No.

—¿Quién era su madre?

—Creo que se llamaba María Dolores Cacopardo, y me parece que ha muerto en un hospital.

—¿Y era de familia distinguida? ¿Iba a la corte?

—Parece que sí; pero yo no tengo ningún dato para creerlo. Dicen que tanto la familia de Cacopardo como la de Quiroga tenían entrada en Palacio en los últimos años del reinado de Carlos IV. Yo no lo sé, pero lo he oído decir. Es más: las personas que piensan si sor Patrocinio será hija de Don Fernando o de Don Carlos suponen que el señor Quiroga aceptó el mochuelo porque le convenía.

—Entonces tendremos que aceptar a la monja en la familia.

—El yerno de Su Majestad, probablemente, la aceptaría con gusto.

—Lo que me extraña es que esa mujer, tan mística y tan cristiana, no se ocupe más que de los reyes. ¿No hay desgraciados por ahí a quien atender?

—Tiene Su Majestad razón. Es muy cierto. El amor por los poderosos es muy de católico.

—No digas eso. Ya sé que eres un impío.

—No tanto como creen algunos.

—Y en resumen: ¿qué opinión tienes tú de la monja, Aviraneta?

—Yo no la he visto nunca. Dos personas que intervinieron en el proceso, el magistrado don Modesto Cortázar y el auditor don Canuto Aguado, los dos amigos míos, me dijeron que la tenían por persona sincera. ¿Ahora, quién sabe lo que será? Por cierto, que uno de los médicos que la reconoció, con los doctores Argumosa y Seoane, por la cuestión de las llagas, era uno que servía de espía a Calomarde en el año 30, y que con sus delaciones llevó al patíbulo al librero Miyar.

—¿Cómo se llamaba?

—Don Maximiliano González.

—¿Y lo sabía el Gobierno?

—No; se ha sabido después.

—Y de eso que cuentan que Olózaga tuvo que ver con la monjita, ¿qué hay de verdad?

—Cuando el célebre proceso de las llagas, yo no sé si Su Majestad recordará que llevaron depositada a la monja a una casa de la calle de la Almudena. Un día corrió la voz de que sor Patrocinio quería escaparse. Olózaga, que era gobernador de Madrid, mandó un celador de barrio y un guardia a vigilar la casa. Entraron éstos hasta la alcoba de la enferma. Olózaga, por la noche, se presentó también. Entonces dijeron que a sor Patrocinio le había dado un fingido ataque de histerismo en la cama, y que se descubrió y mostró su cuerpo espléndido. Los antipatrocinicos aseguraron que la monja quería seducir a los guardianes con su belleza para escaparse; en cambio, los patrocínistas afirmaron que Olózaga había querido forzar a sor Patrocinio, de la que estaba enamorado, y que en la lucha la monja se puso más enferma y se trastornó y hasta echó sangre por la boca.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué fieras!

—¿Quiénes? ¿Ella o él?

—Los dos.

LA ENTREVISTA

Al día siguiente, por la mañana, tomé un coche, y lo dejé en la esquina de la calle de San Agustín con la de Cervantes, que en mi tiempo de juventud se llamaba de Francos. Había en el camino tres o cuatro coches.

Me acerqué al convento de Jesús, que formaba parte del palacio de Medinaceli. En la calle de Cantarranas había otros tres o cuatro coches. Se veía que en la santa casa se celebraba gran conciliábulo.

Me acerqué; me encontré delante de dos puertas, una de la iglesia y otra del convento. Llamé en esta última, expliqué a la hermana portera la misión que llevaba, y me pasaron a un locutorio con las paredes desnudas y encaladas.

Estuve esperando bastante tiempo hasta que apareció, al otro lado de la reja, la célebre monja de las llagas.

Me saludó con una inclinación de cabeza.

—Hable usted—me dijo en un tono mixto de sequedad, de suavidad y de mando—, tengo mucha prisa.

Le expliqué mi comisión de parte de la reina Cristina con toda clase de miramientos, circunloquios y reservas, y, mientras tanto, tuve tiempo de irla contemplando. Era una mujer que hacía efecto. Representaba ya unos cuarenta años. Me pareció un poco mujerona, algo rechoncha, quizá efecto del hábito.

Tenía la frente ancha, la nariz tirando a gruesa, la cara muy blanca y un poco juanetuda, la mirada brillante, negra, de inteligencia y de suspicacia, y al escuchar, apretaba los labios con una expresión de energía, de terquedad y de desdén. Disimulaba su adustez con sus palabras amables y dulzanas, pero no podía engañar más que a los cándidos.

Si no en la expresión, en la frente y en algunos rasgos de su cara se parecía al rey consorte Don Francisco de Asís.

Había entre ella y él un aire de familia. ¿Sería un parecido casual o habría un motivo de parentesco oculto que explicara esta semejanza? ¡Quién podía saberlo!

Llevaba la religiosa hábito blanco, gola también blanca, un largo rosario, una toca, manto negro y medallón redondo o escapulario al cuello. Durante la conversación guardó las manos ocultas

debajo del hábito; pero en uno de los momentos, al accionar, descubrió rápidamente la derecha, que llevaba vendada o cubierta de unos mitones blancos.

Sin duda era para ocultar sus estigmas místicos que tanto habían dado que hablar. Decíase que en la frente tenía también marcas que representaban las llagas de Jesucristo producidas por la corona de espinas.

A mis primeras explicaciones contestó con frases cortas, secas y desdeñosas. No era aquella mujer un tipo de esos ñoños que hablan con aire de características de teatro. Nada de eso.

Como no me atrevía a explicarme claramente, anduve buscando la fórmula para decirle lo que deseaba con más o menos circunloquios.

—Hable usted con claridad. ¿Qué es lo que desea? ¿Quién le envía? —me dijo.

—Me envía Doña María Cristina.

—¿Y qué quiere esa señora de mí?

—A la reina madre le han asegurado, aunque ella no lo cree, que algunas cartas de los amigos de la reina Isabel se las han entregado a usted para su custodia.

—¿A mí? ¿Y quién?

—Dicen que el rey consorte, Don Francisco de Asís,

—¿Y con qué objeto?

—Con el objeto de forzar a Doña Isabel a que tome una orientación distinta en política.

—No entiendo. Primeramente, yo no tengo esas cartas. ¿De quién son esas cartas?

—De los favoritos de Doña Isabel.

—¿De qué favoritos?

Yo pensé: «¿Esta mujer es una cuca o es una infeliz?»

—Favoritos puede querer decir protegidos, y puede querer decir amantes —le indiqué.

La monja hizo un gesto de repulsión.

—No sé nada de esas cartas de que usted me habla.

—Está bien. Se lo diré a la reina madre. A ella le han tratado de convencer de que las cartas de los favoritos de su hija se han llevado a un convento, y que con esas cartas se quiere forzar a Doña Isabel para que dé un rumbo nuevo a la política española a favor de los carlistas.

—No estoy enterada de nada de eso. No me ocupo de política.

—La reina madre quiere advertir a las personas que puedan tener relación con esa intriga que les perseguirá sañudamente, por muy alta que sea su posición y por muy escondidos que estén en los palacios o en los conventos.

—A eso no tengo que contestar más que por encima de los reyes está Dios, y teniendo la conciencia tranquila no creo en lo que usted me cuenta. Don Francisco de Asís y Doña Isabel, su esposa, que Dios guarde, me honran a veces con su visita, pero no hablamos nunca más que de asuntos religiosos.

Comprendí que fracasaba en mi misión, y le pregunté lo más amablemente posible si no me podía dar una respuesta para tranquilizar a María Cristina.

—Ninguna —me dijo con voz energética y con los ojos brillantes—. Que Dios le perdone el daño que ha hecho a la religión.

Comprendí que se acababa la entrevista. Antes de marcharme, la monja me preguntó con viveza:

—¿Y usted quién es?

—Mi nombre no tiene importancia. No soy más que un emisario.

—Muy bien. Sabré quién es usted.

—No creo que le haya ofendido en nada.

—El ocultar el nombre es señal de algo sospechoso.

—Si lo considera usted así, le diré que me llamo Eugenio de Aviraneta,

—Sí, creo que he leído su nombre, y en algo no muy cristiano.

Se retiró la monja y salí yo de la sala. Al llegar al portal me crucé con el padre Fulgencio, tipo insignificante, con aire hipócrita y empalagoso. Comprendí que era él porque dijo que venía de las

Escuelas Pías de San Antón.

Tomé un coche, marché a la calle de las Rejas y conté a María Cristina lo infructuoso de la conferencia.

—Me lo figuraba —dijo ella—; veremos lo que hace Isabel. Supongo que no se dejará engañar por esa embaucadora y ese escolapio idiota.

En esto no acertó, porque Isabel II se dejó engañar y aceptó el Ministerio «relámpago», que duró unas cuantas horas.

Cuando le dije a María Cristina que encontraba cierto parecido entre sor Patrocinio y el rey consorte, Don Francisco de Asís, quedó muy preocupada.

—Quizá ese parecido casual es el que produce la simpatía que manifiesta mi yerno.

—Puede que sí.

Al volver Narváez al Poder, fracasado el Ministerio «relámpago», mandó prender a la monja y al padre Fulgencio y los desterró. En la plaza de Jesús hubo durante dos días gran jaleo. La Policía tuvo que rodear el convento; grupos de paisanos querían pegarle fuego. Se decían cosas terribles de la monja de las llagas, a quien llamaban en chunga *Soplatocino*, y del rey, a quien apodaban *Doña Paquita*. Estuve en la plazuela en el momento en que la religiosa salió del convento con una compañera, dos curas y dos enviados del gobernador.

Sor Patrocinio iba más pálida que de ordinario, con una expresión de terquedad y de cólera. A mí me debió de reconocer. Habló de una manera breve y rápida. A una de las hermanas, entró en el coche, se cerró de golpe la portezuela y el carruaje, seguido de otros dos, tomó por la calle del Fúcar.

Poco después se levantó el destierro a los que habían intervenido en el Ministerio «relámpago» y fueron volviendo a Madrid. Sor Patrocinio, al convento de Leganitos, donde obtuvo de nuevo la gracia de los reyes y ejerció una gran influencia.

Del padre Fulgencio se dijo que retornó de Archidona, donde estaba relegado, a Madrid, en la diligencia, con un traje muy mundano, en compañía de una actriz y haciendo chistes que querían ser ingeniosos. Poco después, el padre Fulgencio fue nombrado obispo, que era la mayor de sus ilusiones, en Cartagena.

Hecha esta gestión poco afortunada con sor Patrocinio, ya no me volvieron a encomendar ninguna otra.

LA VEJEZ DE AVIRANETA

POR

DON PEDRO LEGUIA

Yo me transformé, por la acción del tiempo, casi por completo. Aviraneta, no. Aviraneta fue siempre hombre de una pieza. Desde su juventud hasta la vejez, siguió siendo el mismo, sin variar en nada, Para él no había posibilidad de cambio,

(*El amor, el dandismo y la intriga,*)

Pasaron algunos años. Aviraneta, resignado a no llegar a nada, sin esperanza alguna, se contentaba con ser espectador y comentador de los sucesos políticos y populares.

La casualidad y la mala voluntad de un ministro hizo aparecer a don Eugenio unido al policía Chico en un asunto en el cual ni el uno ni el otro tenían nada que ver, y, naturalmente, no podían estar en relación. En 1847 prendieron a Aviraneta y a Chico y los deportaron. A don Eugenio lo enviaron a Alicante, y a Chico, a Almería. La deportación duró sólo una semana.

Las causas interiores de la deportación eran un poco cómicas. El Gobierno, en el Gabinete negro, había interceptado una carta de don Eugenio enviada a René de Baissac, entonces otra vez en Francia, en la que se burlaba de la política de los puritanos, que se encontraban en el Poder.

La supuesta autoridad de Pacheco, Istúriz y Pastor Díaz, y de sus colaboradores Salamanca y Serrano, había hecho que en las Cortes les llamaran los puritanos. Luego, cuando se vio que no se distinguían de los de-más políticos en nada y que eran tan ávidos o más que los otros de riquezas y de empleos, la gente empezó a llamarles en broma puritanos.

Esto con respecto a la deportación de Aviraneta; con relación a Chico, el jefe de Policía, tenía en abril de 1847 una letra de veinticinco mil francos del duque de Riánsares, aceptada por el ministro de la Gobernación, don Antonio Benavides, para el cobro. Por entonces hubo una algarada de unos cuantos jóvenes que vitorearon a la libertad y a la reina en el Prado y en la Puerta del Sol.

El ministro, historiador de cierta fama, tuvo una idea literaria.

«Vamos a prender a Chico y a Aviraneta —se dijo—. A éste le castigamos por su correspondencia, y al otro no le pago la letra hasta que tenga dinero, o no se la pago nunca. De paso se da la impresión a la gente de que ha habido un complot entre dos personajes misteriosos y siniestros.»

No había complot. Era una pura canallada del notable político e historiador.

Don Antonio Benavides, que parecía una mosquita muerta, era un granujilla y un intrigante. A veces los periódicos satíricos tienen intuición. *El Tío Camorra*, semanario de Villergas en 1847, suponía que había un cementerio de los políticos del tiempo, y en la tumba de Benavides se leía este epitafio:

Caminante, quita, quita,
sé cauto y no te descuides,
que en esta mansión habita
el terrible jesuita

don Antonio Benavides,
Vivió sin hallarle pero
ningún viviente del globo,
engañando al orbe entero,
con el corazón de un lobo
bajo la piel de un cordero,

Don Antonio Benavides estaba muy bien representado en estos versos. Era hombre culto y sabio, pero capaz de hacer un chanchullo, de quedarse con los cuartos de cualquiera y de meter a un infeliz inocente en la cárcel si le convenía.

El golpe de Benavides lo paró María Cristina, que había empezado a sentir admiración por Aviraneta y a comprender que le había tratado con una ingratitud y un desdén inmotivados.

En aquel año del destierro de don Eugenio, el mismo periódico, *El Tío Camorra*, decía que Narváez iba a nombrar a Aviraneta ministro de la Gobernación, y en una estampa se veía al presidente sirviendo vino a don Eugenio, que estaba sentado en una silla, con una boina carlista y un vaso en la mano.

Por este tiempo se registraron varias casas con frecuencia inusitada, y entre ellas la de Aviraneta.

Se pensaba, yo creo que sin fundamento, que don Eugenio guardaba papeles importantes. No sé si los tendría en su casa de Bidart; supongo que los destruyó cuando vio que no los necesitaba. Me hubiera gustado encontrar su famosa *Memoria secreta*, de la que habla en su última relación.

Don Eugenio había perdido sus condiciones y sus medios para la intriga. No tenía apoyo ni confianza en el ambiente; había quedado reducido a ser un hombre escéptico y burlón. Satirizaba a los políticos del tiempo con acritud y gracia. Dudaba de ellos y de sus intenciones.

Yo le oí varias veces desconfiar del liberalismo de González Bravo cuando éste presumía de exaltado, y acertó. En otras ocasiones acertó también.

Aviraneta vivía con gran modestia de su sueldo. Se había hecho un hombre muy casero. Tenía una pequeña biblioteca, formada por novelas francesas y españolas y por algunas obras de historia popular. De sus aficiones de cazador le quedaba el entusiasmo por los perros. Casi siempre tenía dos, a los que daba nombres de políticos a quienes odiaba.

Como tenía miedo de que la Policía se incautara de sus papeles, parte de ellos me los dejó para que los guardara. Un legajo de la Sociedad Española de Jovellanos, sociedad que muchos han considerado inexistente y apócrifa, ha estado en mi casa mucho tiempo.

No sé si los documentos eran o no auténticos, pero lo parecían. No tenían gran interés. Llevaban la firma del director y del secretario, para mí desconocidos, y un sello con estas dos palabras en inglés: *Nothing Without*, cuyo sentido no comprendía bien o quería decir «Nada absolutamente». Esto, quizá, hacía pensar que no se trataba de cosas serias.

A don Eugenio, hasta los últimos años de su vida, le escribieron anónimos insultándole y amenazándole. Sin duda eran los carlistas, que no le perdonaban sus maniobras del final de la guerra. También le registraron la casa muchas veces. No suponía quién podía ser el instigador de estos registros, pero ello le daba cierto miedo.

En los años que transcurrieron desde la vuelta de Aviraneta de Suiza a Madrid hasta su muerte no le ocurrieron acontecimientos de importancia; únicamente su matrimonio y su prisión en el Saladero, cuando la revolución del 54.

Del matrimonio yo no tengo datos personales, porque en esa época estuve en el extranjero. Aviraneta no me habló nunca de las circunstancias en que había encontrado en Madrid a su mujer, Josefina de Esperamons, a la que yo conocía de Tolosa de Francia.

Según unos, en la corte, en 1852, actuaba en los Campos Elíseos, cerca de la calle de Alcalá, una compañía de ópera. Una noche apareció en el escenario una cantante tan mala, que se desencadenaron las iras del público, que protestaba contra aquella desdichada artista.

Desesperada, pues el empresario en el mismo momento le hizo rescindir el contrato, estaba hecha un mar de lágrimas, cuando apareció don Eugenio a consolarla. La muchacha era Josefina, a

quien la ruina de su casa había empujado a buscarse la vida de cantante.

Según otros, no fue en ningún teatro, sino en un café de la calle de la Montera en donde don Eugenio encontró a Josefina, que tocaba la guitarra y cantaba.

Fuese en un sitio o en otro, Josefina dijo a don Eugenio que su abuela había muerto, que su madre estaba trabajando en la granja de unos parientes, en donde la trataban mal, y que ella había levantado el vuelo para ver si podía vivir de una manera un poco más decorosa y agradable.

Don Eugenio, no sabiendo cómo protegerla y encontrándose viejo y solo, la propuso que se casara con él.

La muchacha aceptó la proposición con reconocimiento, y el 4 de noviembre de 1852 contrajeron matrimonio. Don Eugenio, intendente militar de segunda clase, tenía cincuenta y nueve años, iba a cumplir sesenta unos días más tarde, era feligrés de la parroquia ministerial del Real Palacio de Madrid, y la novia, Ana Enriqueta Josefina de Esperamons, era natural de Tolosa de Francia, hija de don Francisco, ya difunto, y de doña María Luisa Levert.

El matrimonio tuvo sus dilaciones, porque el Gobierno no quiso dar la licencia a un militar para casarse con una cómica.

Por fin se verificó la boda en el cuarto que ocupaban ambos contrayentes, en la calle de Bailén, número 12. Fueron testigos don Joaquín Barroeta Aldamar, gentilhomme de Su Majestad la reina; don Francisco, de los mismos apellidos, caballero de Su Majestad, y don Casimiro Martín, del comercio y natural de Tolosa de Francia, con otras varias personas. El día 6, en la iglesia de la Encarnación, recibieron las bendiciones nupciales, celebrándose la misa, siendo padrinos el excelentísimo señor don Modesto Cortázar, gran cruz de Isabel la Católica, ex ministro de Estado y senador, y madrina, la excelentísima señora doña Felisa Blanco de Lersundi.

Aviraneta quiso dar a la boda un cierto aire aristocrático para contentar a Josefina.

—Ya que se casa con un viejo, le doraremos la píldora—dijo maliciosamente.

Josefina le tenía afecto. Años después decía, poniéndole la mano en el hombro:

—Por este viejecito vivo yo bien.

A Josefina le quedaba mucho entusiasmo por la música, y cantaba, acompañándose de la guitarra muy bien, con mucho estilo, aunque con poca voz. Varias veces le oímos los amigos la canción de *Jenny l'ouvrière*, que tuvo un éxito enorme, y corrió por Francia y por todas partes.

Al oír las distintas estrofas, las damas que entendían la letra de la canción en francés se enternecían y hasta derramaban algunas lágrimas. Luego Josefina tuvo la especialidad de cantar zortzicos vascongados.

Durante algunos años, Aviraneta vivió también en San Sebastián, en el barrio de San Martín. Leía periódicos y alguno que otro libro, escribía sus recuerdos, daba paseos y hacía colección de insectos, de conchas y de caracoles, para cuya clasificación se valía de un librito en francés de Historia Natural.

Tenía dos o tres casas en San Sebastián adonde iba de tertulia: la de Goñi, la de Alzate y la de Errazu, que eran parientes suyos, y solía pasar grandes ratos en la imprenta de Baroja. Allí se reunían don Nazario Eguía, el manco; el general don Antonio Van Halen, el intendente Arizaga, don Modesto Lafuente, Antonio Flores, el autor de *Ayer, hoy y mañana*, y otros.

Con frecuencia, algunos de estos carcamales solían ir en pandilla a comer a los fonduchos de Pasajes. Se embarcaban en un bote, llevado por una batelera chillona que les gastaba bromas y les pedía noticias de Bretón de los Herreros, el dramaturgo tuerto y malicioso que las había sacado a ellas en una comedia. No era raro tampoco que entre aquellos viejos volviera a veces el más serio un tanto alegre, con la levita desabrochada y el sombrero de copa torcido, y quisiera bromear con la batelera, capaz de darle un soplamocos si se propasaba en lo más mínimo.

Unos años después de su estancia en San Sebastián, sintiendo de nuevo la nostalgia de la vida más agitada de la corte, don Eugenio volvió a Madrid y se instaló con Josefina en un modesto piso tercero de la calle del Barco, cerca de la plaza de San Ildefonso. Don Eugenio tenía pocas amistades entre políticos; conocía a algunos militares y a los comerciantes fruteros de la plaza, e iba de tertulia

a sus tiendas.

Josefina y don Eugenio pasaban las temporadas veraniegas en Salas de los Infantes y en San Leonardo.

Don Eugenio solía ir de visita a casa de sus amigos. A la suya de la calle del Barco acudía poca gente. Algunas veces se encontraba allí a las hijas del general Lersundi, que eran entonces niñas. Aviraneta las obsequiaba con caramelos, les hablaba en vascuence y cantaba el *Ariyarena* y daba palmadas para que las chiquillas bailaran.

Nadie se acordaba en España de Aviraneta; pero quedaban en el ambiente algunas historias falsas que se referían a él.

En Burgos me dijeron que, al principio de la guerra de la Independencia, Aviraneta, preso con su padre, que era regidor, y condenado con él a muerte, estuvo en una mazmorra del castillo hasta que fue enviado a la ciudadela de Bayona.

En Zaragoza me contaron que había seducido allí a dos hermanas, las había dejado encinta, y, perseguido, se había escapado a nado por el Ebro; luego, llegado a Barcelona, había sublevado un regimiento.

En Madrid, un viejo me contó que don Eugenio, solo, con una navaja, degolló a varios frailes en el colegio de San Isidro en 1834.

En Vitoria se hablaba con detalles de un hecho melodramático. Aviraneta, en tiempo de guerra, se había presentado con un puñal en el alojamiento de Don Carlos para matarle, y en el momento en que le descubrieron se tiró por una ventana y salió huyendo por el campo.

En Aranda me aseguraron que don Eugenio había sido un hereje, y que en su juventud tuvo un proceso en la Inquisición, lo que parece que fue cierto.

También me aseguraron que en el segundo período constitucional, de 1820 al 23, preparó el asesinato del Cura Merino, lo que escandalizó al pueblo y le hizo odioso a los absolutistas.

Algunos decían que había sido carlista y traidor a los liberales.

Lo único que se sabía de él eran algunas historias, la mayoría, indudablemente, falsas. Al acercarse a los ochenta años, don Eugenio volvía un poco a la infancia, le gustaba cantar en vascuence canciones de su juventud, era muy entusiasta de Iparraguirre y se pasaba la vida leyendo folletines y memorias de generales.

II

Ocho o diez años después de la muerte de Aviraneta, un señor, conocido mío de París, gran erudito, que escribía en la *Revista de Ambos Mundos*, me pidió que le enviara el folleto de don Eugenio *Las guerrillas españolas o las partidas de brigantes de la guerra de la Independencia*.

No lo encontré en las librerías, y fui a buscarlo a la imprenta de F. Martínez, de la calle de Segovia, número 26, donde se había dado a la estampa.

Había en el taller, cuando llegué yo, unos pocos cajistas; les hablé de mi pretensión, y no supieron decirme si había ejemplares o no del folleto que buscaba.

—Pregunte usted en el primer piso por el amo —me dijo el que parecía el principal de los tipógrafos, hombre grueso, con una blusa manchada de tinta—. El lo sabrá.

Subí, llamé, pasé a una salita modesta alhajada a la antigua, con unos tapetes blancos con puntillas sobre los muebles y unas fundas con vivos rojos en los asientos. Hablé con el impresor Martínez, un señor ya viejo, canoso, pequeño; de cabeza grande, cuello corto y aire apoplético, enfermo de catarro crónico, que le producía una tos que le ponía violáceo. Le expuse mi deseo.

—No me quedan de esa obra más que tres o cuatro ejemplares, y no quiero venderlos—me dijo.

—Pues lo siento —le contesté yo.

—¿Y para qué lo quería usted? ¿Para usted?

—No, yo lo tengo, y dedicado por el autor. Yo era muy amigo de don Eugenio. Buscaba la obra

para un señor de París que se dedica a estudios históricos.

—¿Y hablará del folleto?

—No lo sé; es muy posible que lo haga.

—Pues entonces se lo voy a dar a usted. Aquí lo tiene usted.

—¿Cuánto es?

—Nada.

—Pues muchas gracias. ¿Usted conoció a don Eugenio?

—Ya lo creo. Aquí vivió una temporada, en esta casa, en el año 1866. ¡En buen jaleo anduvimos!

—¿Pues?

—Nada; que él, ya viejo, y yo, no joven, nos metimos en un fregado del demonio, en medio del tumulto y de las balas de la revolución.

—¿Y por qué?

— ¡Qué quiere usted! Circunstancias de la vida.

—¿Y qué pasó?

—Se lo contaré a usted, si quiere.

—Sí, lo oiré con mucho gusto.

III

El impresor comenzó su narración, y la siguió, interrumpiéndose con su tos convulsa, una tos de perro que le ponía la cara de color violeta.

En el verano de 1866, Aviraneta, dejando a su mujer en el pueblo de San Leonardo, vino a Madrid a pasar unos días, y en vez de ir a su casa de la calle del Barco, donde no tenía a nadie, vino a pasar aquí conmigo una temporada. Yo siempre le estimé y le tuve en lo que valía.

Don Eugenio, como sabrá usted, se trataba con poca gente; nadie recordaba lo que había hecho y estaba olvidado. Se dedicaba a la lectura de periódicos y de folletines, y seguía también, con cierta curiosidad desdeñosa, las cuestiones políticas. El me contaba sus aventuras; yo, como he vivido siempre en Madrid y he tenido curiosidad por la historia de este pueblo, le hablaba de las calles de la villa y corte.

Yo tenía un sobrino, sargento de caballería, joven revolucionario y alborotado, de los que seguían al general Contreras. Se llamaba Daniel, y estaba enredado con una prójima que era peinadora y le tenía sorbido el seso.

Como yo no he tenido familia, mi mujer le quería a Daniel, que vivió con nosotros durante la infancia y la juventud, como a un hijo. Nosotros hubiéramos querido que se quedara en casa, pero él se empeñó en ser militar y no se lo pudimos quitar de la cabeza.

El día 2 de enero de 1866 se sublevaron, como quizá recuerde usted, con el general Prim, dos regimientos de caballería en las cercanías de Ocaña. En uno de ellos iba mi sobrino Daniel.

El Gobierno concentró los regimientos de la misma arma en Alcalá. El ministro Zabala persiguió a Prim hasta Portugal sin el menor éxito.

El *Cazador* no, tenía suerte. El *Cazador* le llamaban a O'Donnell. Como quizá recuerde usted, cuando, antes de los sucesos de Vicálvaro, en 1854, le buscaron a don Leopoldo, éste no se presentó, ni le pudieron coger, porque se dijo que estaba de caza. Entonces la reina Isabel, que no le tenía mucha simpatía, comenzó a llamar a O'Donnell el *Cazador*. El mote había pasado a los revolucionarios.

Al día siguiente de la llegada de don Eugenio, mi difunta mujer le contó cómo nuestro sobrino Daniel estaba en Madrid escondido, en casa de la peinadora de marras, y cómo se decía que se preparaba una gorda. Mi difunta temía que el chico interviniera y le pasara alguna desgracia.

Daniel era uno de los partidarios acérrimos del general Contreras, que a mí nunca me pareció

más que un bárbaro, y asistía con otros militares a unas reuniones revolucionarias de la calle de Jesús del Valle. El día 21 de junio por la mañana salí al centro de Madrid por cuestión de negocios, y me dijeron que los billetes de Banco se cambiaban con dificultad; era esto un engorro para la industria y el comercio. En unos lados pedían el seis por ciento de comisión; en otros, el ocho. En el café Suizo se exigía el dieciséis. Yo tenía que pagar unas facturas de papel y de tinta y querían que entregara oro y plata, a lo que no me encontraba dispuesto. Estaba un poco preocupado con este asunto.

El día siguiente, que era 22, me desperté a las tres o cuatro de la mañana con el zumbido de grandes estampidos sordos. Eran cañonazos. Me levanté, salí a la ventana de la cocina, y en el silencio oí un estrépito de tiros, descargas cerradas y resonar de los cañones. Me quedé espantado. Fui a llamar a don Eugenio a su cuarto.

—Don Eugenio, don Eugenio —le dije.

—¿Qué pasa? —me preguntó él.

—¿No ha oído usted?

—No; ¿qué ocurre?

—Yo creo que se oyen tiros y cañonazos.

Don Eugenio se incorporó en la cama y escuchó.

—Sí, es verdad. Indudablemente, se ha armado la gorda —dijo.

A él, a pesar de su edad, le hervía la sangre, y eso que pasaba de los setenta y cuatro años.

Salimos a la azotea y estuvimos oyendo el tiroteo, lejano y próximo, que resonaba por todas partes. A las siete de la mañana, el chico de la imprenta, Santiaguillo, hijo de mi regente, vino con la noticia de que en Puerta Cerrada había una barricada con muchos paisanos armados, dirigidos por Paco el *Federal*, y entre ellos estaban dos de mis cajistas, uno llamado Polonio Sánchez, a quien decían de mote el *Pelusa*, y otro, Pedro Ferreiro, alias el *Galleguín*.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —le pregunte yo al aprendiz.

—Pues nada, que se ha sublevado el cuartel de San Gil y todo Madrid.

Al oírlo mi mujer se sobresaltó.

—Ese Daniel, ¿qué habrá hecho? —exclamaba a cada instante—. A ese chico le ha pasado algo. ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué desgracia!

—Vamos a enterarnos —dijo Aviraneta de pronto.

—Bueno, vamos —indiqué yo, aunque no tenía maldita gana de salir de casa.

—No te alejes, ¡por Dios! —me empezó a recomendar mi difunta mujer.

—Podemos acercarnos a Palacio a curiosear un poco —advirtió don Eugenio, que ya se había vestido y puesto las botas.

—Bueno —repuse yo, aunque un poco tembloroso y asustado.

Nos dispusimos a salir.

—Si le preguntan algo —me indicó don Eugenio en la escalera—, no se le ocurra a usted decir que busca a un sobrino suyo entre los sublevados, sino en la tropa.

—Así lo haré.

Salimos de casa y quisimos avanzar por la calle de Segovia arriba. Se oía un estrépito de tiros que no cesaba. Nos detuvimos.

—Por Puerta Cerrada es imposible pasar —explicó un artesano haraposo que venía corriendo anhelante.

—¿Pues qué ocurre?

—Que se hace fuego por todas las calles que desembocan allí. Hacia la plaza de la Villa hemos visto un torero muerto.

—¿Un torero?

—Sí, un torero vestido de corto. Por los otros callejones se dispara desde los tejados y está uno expuesto a que lo maten.

El hombre haraposo se fue, y otro más sereno nos dijo que quizá podríamos pasar por la calle del

Rollo. Nos unimos a un comandante retirado, de la vecindad, el comandante don Perfecto Sañudo, padre de un alabardero. Don Perfecto quería también llegar a Palacio.

Salimos los tres a la plaza del Cordón. Al asomarnos a ella dos soldados se echaron el fusil a la cara, nos apuntaron y nos dieron el alto.

El viejo comandante Sañudo dio las explicaciones necesarias con aire de mando y nos dejaron entrar en el callejón que sale a la plazuela de la Villa, en la cual encontramos unos oficiales. Estos nos indicaron que para ir a Palacio debíamos bajar a los Consejos, y de allí dirigirnos por la plaza de la Armería.

Avanzamos por entre pelotones de soldados. Nos pararon, nos preguntaron; nos dijeron unas veces que podíamos pasar y otras que no; llegamos al arco de la Armería, cruzamos la plaza, entramos por la puerta de Palacio, dimos nuestros nombres a un centinela y penetramos por el postigo.

El comandante don Perfecto y Aviraneta subieron. Yo no me atreví, y esperé en el puesto de guardia.

Por lo que me dijo después don Eugenio, en las habitaciones particulares de Palacio estaban la reina, el rey y otras seis o siete personas.

En aquel momento llegó el general Quesada, y dijo:

—Ya se ha terminado lo de San Gil. Ahora se va a emprender el ataque a la plaza de Santo Domingo y de la calle Ancha.

El general Narváez, herido delante del cuartel de San Gil, estaba en un sofá y le reconocía, y después le vendaba, un médico de la Casa Real.

Aviraneta conocía a Quesada, y le pidió un salvoconducto para ir a su casa de la calle del Barco, donde dijo le esperaba su mujer.

—Le van a detener los sublevados —le advirtió el general.

—Yo me las arreglaré.

—Bueno, está bien.

Quesada escribió unas palabras en un papel, que firmó, y se lo dio a don Eugenio.

—¿Quién está sublevado en la plaza de Santo Domingo? —le preguntó Aviraneta.

—Debe de ser Contreras.

Me contó también don Eugenio que Narváez, al verle por el hueco de la puerta, le reconoció y le dijo:

—¡Qué demonio! ¿Es usted, compadre? Yo creía que hacía ya mucho tiempo que se había ido usted al otro barrio.

—Pues ya ve usted, mi general, que sigo todavía en éste.

Salimos el, comandante Sañudo, Aviraneta y yo de Palacio, y, al llegar de nuevo a los Consejos, nos dijeron que no se podía pasar porque iban a dar el ataque al barrio. Nos detuvimos en el portal de la casa del duque de Abrantes, esquina a la calle de la Almudena, en donde había gran número de soldados y de jefes,

—¿Qué le pasa a usted? —me dijo Aviraneta—. Está usted un poco emocionado.

—Pienso—le contesté para demostrar una serenidad que no tenía—que en este sitio fue asesinado Juan de Escobedo por orden de Felipe II.

—¿Y en eso estaba usted pensando? —me preguntó con cólera el comandante don Perfecto.

—Sí.

—¡Qué estupidez!

—Cada cual piensa en lo que le interesa.

Por lo que dijeron los oficiales, por la parte norte y oeste de Madrid, en las calles Ancha, de Jacometrezo, de Tudescos, de la Luna, de Silva, en la Corredera Baja, en la plazuela de San Ildefonso y en sus inmediaciones se habían levantado barricadas, que se extendían hasta la calle del Barquillo, y por la de Montera avanzaban hasta más abajo de la Red de San Luis. Desde allí hacían fuego contra las tropas situadas en la Puerta del Sol.

Hacia el lado del Sur se habían formado también innumerables barricadas en la calle de Toledo y en las plazas de la Cebada y del Progreso.

Desde alguna de éstas, así como de la de Antón Martín, calle de Atocha e inmediatas, avanzaban los sublevados hasta las calles del Baño, del Lobo y del Príncipe, y se sostenía el fuego contra las fuerzas apostadas en la Carrera de San Jerónimo.

En compañía de un pelotón de soldados pasamos a la calle de Segovia y entramos en casa.

IV

Al volver aquí comprendimos que no habíamos resuelto la cuestión. Mi difunta mujer seguía lamentándose de la suerte de nuestro sobrino; pero si yo decía que estaba dispuesto a ir a buscarle, me contestaba que de ninguna manera.

—¿Usted cree que estará con el general Contreras? —me preguntó Aviraneta.

—Creo que sí.

—Entonces, ¿en la plaza de Santo Domingo?

—Eso pienso.

—Pues nada; si usted quiere, vamos allá.

—¿Nos dejarán pasar?

—Se intenta. Ya tenemos el salvoconducto de Quesada.

Mi mujer, como he dicho, quería y no quería que yo fuera. Mientras vacilaba, Santiaguino, el chico de la imprenta, que andaba curioseando por la calle, entró, nos oyó y dijo:

—Si ustedes quieren, yo voy a buscar a Daniel.

—¿Tú vas a ir?

—Sí.

—Pero ¿cómo?

—¡Bah! Ya me las arreglaré.

Santiaguillo era atrevido y audaz. Vivía en la plaza de Gilimón; capitaneaba a los pilletes del barrio, y como su padre era republicano, él decía que lo era también.

El chico, que conocía al *Pelusa* y al *Galleguín*, que estaban en la barricada del alto de la calle de Segovia, cerca de la plaza de Puerta Cerrada, dirigida por Paco el *Federal*, iría, según dijo, por allí. De Puerta Cerrada pasaría a la plaza Mayor, por la calle y la escalinata de Cuchilleros; después cruzaría la calle Mayor y subiría por la de Capellanes o por la del Postigo de San Martín, acercándose a la plaza de Santo Domingo a buscar a Daniel.

El chico se marchó decidido.

Yo, un poco avergonzado y haciendo de tripas corazón, dije a Aviraneta que si él estaba dispuesto a ir, yo también lo estaba.

Decidimos los dos avanzar hasta Palacio por el mismo camino seguido antes. Llegamos sin obstáculo a la plaza de Oriente.

—Si encontramos a Daniel, ¿qué le vamos a decir? —preguntó don Eugenio.

—He pensado decirle que si al final de la revuelta no tiene sitio donde refugiarse, vaya a una encuadernación de la calle de la Bola.

—¿Quién tiene usted allí?

—Un pariente y amigo.

—¿Le atenderá a usted?

—Creo que sí. Hemos vivido en la misma casa durante mucho tiempo, en la plaza de los Afligidos. Si no puede meterse Daniel en la encuadernación, no sé qué podemos hacer...

—Yo le diré —interrumpió Aviraneta— que vaya a mi casa, a la calle del Barco, veintiocho, donde vivo, y que se esconda allí.

Don Eugenio y yo pasamos por entre la tropa mostrando el salvoconducto de Quesada.

Aquel aparato militar era cosa imponente. Parte del ejército estaba dispuesto para el ataque, y parte esperaba, con los fusiles en pabellones. Había también las baterías preparadas con sus artilleros. Es cosa terrible ver a los soldados que marchan en formación, como una máquina, con sus armas y sus cañones. ¿Cómo se van a oponer a una fuerza así unos grupos de revoltosos sin disciplina y sin orden?

Cruzamos la plaza de Oriente. Los soldados nos ponían el fusil en el pecho a los que nos acercábamos a ellos y nos obligaban a levantar los brazos para demostrar que no llevábamos armas. Avanzamos por la tapia del jardín de la Priora, salimos a la calle de la Biblioteca y llegamos a la de la Bola.

La calle estaba desierta, con un aire siniestro, amenazador. En la parte alta se veía una barricada, erizada de gentes con fusiles. Nos detuvieron algunos sublevados sueltos que andaban al acecho escondidos, y con nuestras explicaciones nos dejaron pasar.

Fuimos pegados a las casas y ocultándonos en los portales.

La encuadernación de mi amigo y pariente estaba, subiendo a la plaza de Santo Domingo, a mano izquierda, entre la calle de las Rejas y la de Fomento, calle que cuando yo era chico se llamaba de la Puebla, porque la actual que se llama así, entre la Corredera y la de Valverde, se decía de la Puebla Vieja.

Al llegar a la casa de mi pariente la encontramos herméticamente cerrada. La tienda lo estaba también. A fuerza de aldabonazos y de golpes, el encuadernador bajó, y a través de la puerta, preguntó:

—¿Qué hay? ¿Qué se me quiere?

—Yo soy el impresor Martínez Requejo, de la calle de Segovia, tu primo.

—¿Ah, sí, sí! Voy a abrirte.

El encuadernador entornó la puerta y la cerró en seguida cuando pasamos nosotros. Al hombre le temblaban las manos del susto.

Le conté precipitadamente cómo mi sobrino Daniel, a quien él conocía, estaba entre los sublevados, con el general Contreras, en la plaza de Santo Domingo, y que yo temía que si no podía esconderse al final de la refriega, le fusilarían.

—¿Y qué quieres que yo haga? —me preguntó.

—Yo quisiera que si se escapa por esta calle, le dejaras meterse en el taller.

—Por esta calle será muy difícil que pueda escapar. Dicen que por aquí y por la Cuesta de Santo Domingo van a atacar la plaza.

—Bien; pero en el caso de que se escape, quisiéramos que le dejaras un rincón donde pueda esconderse unas horas.

—¿Y cómo lo va a saber él?

—Pensamos verle nosotros y decírselo.

—¿Quieren ustedes entrar en la plaza?

—Sí.

—Bueno; yo lo más que puedo hacer es dejar la puerta de la tienda sin cerrojo. Empujándola para afuera se puede abrir. Si encuentro en el taller por la noche a tu sobrino, suponiendo que por la noche haya acabado todo esto, le llevaré a la cochera de la casa de un aristócrata que vive enfrente, y que seguramente no registrarán.

—Bien; esto arreglado, vamos a ver ahora si podemos hablar con su sobrino —me dijo Aviraneta,

Era lo más difícil.

—Por la calle esta —advirtió el encuadernador— no pasan ustedes. Al verles avanzar, los sublevados les soltarán una descarga.

—Hay que probar.

Yo no tenía ninguna gana de hacer la prueba.

—Podríamos intentar la entrada por esta calle de al lado —dijo don Eugenio.

—No podrán —replicó el encuadernador.

—¿Por qué?

—Porque les recibirán a tiros.

—Pues algo hay que hacer.

—A esta calle transversal, que es la calle de Fomento —indicó el encuadernador—, tengo yo una ventana. La casa de enfrente está ocupada por los sublevados. Quizá se puedan ustedes poner al habla con ellos. Yo, no... la verdad... yo no me atrevo,

—Iré yo dijo Aviraneta.

La conversación la habíamos tenido en el portal. Subimos las escaleras hasta el primer piso, entramos en la casa del encuadernador, y éste mostró a la terminación del pasillo una despensa con una ventana cerrada. Don Eugenio abrió la ventana, se asomó a ella y llamó. En la casa de enfrente había balcones, que cada uno tenía un colchón colgado como una cortina. A las voces de Aviraneta apareció un hombre moreno, con calañés, con un fusil en la mano, que preguntó bruscamente y con tono de mal humor:

—¿Qué demonio quiere usted?

—Queremos pasar a la plaza a ver al sargento Daniel Requejo a darle un recado de su madre, que está enferma —le contestó don Eugenio.

—¿Y quiénes quieren pasar?

—Su tío y yo.

—Quizá puedan ustedes entrar y no puedan ustedes salir.

—Bien, eso será cuenta nuestra.

—Vamos, me gusta usted. Veo que es usted un viejo terne. Ahora saldré de aquí, y desde la calle de Torija les haré señas de que pueden venir.

Efectivamente; poco después, el hombre del calañés, desde la esquina, hizo un ademán con la mano de que podíamos avanzar. Aviraneta y yo salimos de casa del encuadernador, y nos deslizamos por la calle de la Bola, arrojándonos a las paredes. Corrimos por la de Fomento y salimos a la de Torija. La barricada tenía como una entrada en un extremo cerca del ángulo de una casa. Avanzamos entre hombres armados, y nos encontramos a poca distancia dentro del foco de la sublevación.

—Aquí traemos a estos dos pollos —dijo en chungu el hombre del calañés, señalándonos a nosotros.

Yo, la verdad, estaba bastante asustado para hacer caso de bromas, y no podía darme cuenta clara de lo que pasaba a nuestro alrededor en aquel horno hirviente y revolucionario.

Al entrar en la plaza de Santo Domingo, los grupos de los sublevados nos detuvieron y nos hicieron gritar: « ¡Viva la libertad! ¡Viva Prim!»

Ni don Eugenio ni yo tuvimos inconveniente alguno en cumplir la orden. Unos cuartos que repartí yo nos libraron de algunos desharrapados fastidiosos. Abundaba allí la gente harapienta, con calañés y gorrilla; muchos iban con manta; otros, con capa, a pesar de que hacía calor. Se veían caras foscas, duras que mostraban la decisión de ir hasta el final.

Entre tipos de guerrilleros y de facinerosos, se notaban señores y jóvenes de traje negro, melenas y sombrero de copa, Estos parecían los directores. Nos dijeron que un señor bizco, mal encarado, corpulento, vestido con levita, era don Manuel Becerra. Había chiquillos desvergonzados, mujeres gordas y chillonas, otras flacas y renegridas, verdaderas arpías, tipos de rateros y alguno que otro gitano.

Una vieja vendía agua, café y aguardiente con perfecta tranquilidad. Se hablaba, se cantaba, se chillaba y, sobre todo, se bebía y se fumaba.

Las caras de aquella gente, que gritaba y accionaba, me dio la impresión de que estaba en una plaza de toros en que el público se hubiera vuelto loco. Se gritaba:

—¡Eh, *Legaña!* ¡Fuera éste! ¡Al corral! ¡Que baile don Pepito! ¡Que venga el padre Claret a confesar al *Canene*, que no puede con la cogorza que ha pescado! ¡Que traigan a la *Soplatocino*

para que nos enseñe la llaga! ¡A ver esas vecinas de la casa de citas de la calle de Tudescos, que quieren una bula para pecar como la de Isabel II!

Los soldados, en pelotones, más serios, se hallaban en las esquinas, y algunos, en las ventanas y tejados.

Preguntamos a varios por mi sobrino Daniel, y un mozo que le conocía se encargó de avisarle.

Esperamos Aviraneta y yo. Entonces me di cuenta del aspecto de la plaza. Las bocacalles estaban cerradas con barricadas altas, hechas con adoquines, carros, tablas y sacos llenos de tierra y de piedra. Los que guardaban las barricadas, tendidos en el suelo, acechaban la aparición de cualquiera para disparar sobre él.

Los balcones y ventanas se hallaban defendidos por colchones puestos como cortinas, y en los tejados y en las buhardillas los había también para proteger a los tiradores.

¿Todo esto bastaría para detener a las tropas? Me pareció difícil. En la plaza, a medias desempedrada y llena de zanjas, había muebles de las casas de la vecindad que habían desmantelado. Un señor con levita y sombrero de copa, sentado en un sillón, con el fusil atravesado apoyado en los brazos del asiento, leía un papel con tranquilidad.

Había dos hogueras, en las que ardían marcos y patas de silla. Sin duda, las habían encendido para calentar la comida o el café. Vi también unas barricadas llenas de agua, vigiladas por dos hombres armados.

La gente bebía mucho, y las botellas y las botas pasaban de mano en mano.

Vino Daniel, mi sobrino, con la chaqueta desabotonada, la gorra cuartelera torcida y aire de mal humor. No nos recibió nada amablemente. Oyó mis recomendaciones, y no me entendió bien, porque con el apuro no supe explicarme.

Entonces Aviraneta tomó la palabra, y le dijo con claridad lo que se había pensado.

—Su tío le advierte que cuando acabe la pelea, si no tiene sitio donde acogerse, vaya usted a la calle de la Bola, a una encuadernación que está, bajando, a mano derecha, enfrente del jardín de un palacio. La puerta estará entornada y podrá esconderse en el taller. Si por ese lado les atacan, puede usted ir a la calle del Barco, número 28, donde estaremos su tío y yo en el balcón y le abriremos la puerta.

Daniel contestó de mal humor:

—Todavía podemos vencer.

—No lo dudo —le replicó Aviraneta—. Si vencen ustedes, no hay cuestión. ¿Sabe usted que ha tomado la tropa el cuartel de San Gil?

—Sí, ya lo sé; pero aquí no lo diga usted.

Don Eugenio añadió a las anteriores otras recomendaciones. Le indicó a mi sobrino que si no podía ganar ninguno de los dos refugios que le brindábamos y encontraba un tercero, que no hiciera la tontería de buscar otro mejor, a no ser que se viera perdido; le recomendó que no saliera de Madrid, porque lo más seguro era que darse dentro del pueblo.

Mi sobrino, que estaba fosco, se fue serenando.

—Y ustedes, ¿por dónde van a salir de aquí? —nos preguntó.

—Vamos ahora a la calle del Barco —le dijo don Eugenio.

—Pues apresúrense ustedes.

Daniel estrechó la mano de Aviraneta y me abrazó a mí.

Salimos de la zona de las barricadas entre balas, y por consejo de Aviraneta, nos metimos en un portal de la calle de Tudescos. Entraron allí unos soldados con un oficial, y Aviraneta les presentó el salvoconducto de Quesada. Lo leyeron y nos dejaron pasar. Adelantamos por la calle del Desengaño, y llegamos a la del Barco. Entramos en casa de don Eugenio y subimos al piso tercero. Yo estaba trastornado y tembloroso. Tenía una sed ardiente. No había agua en la tinaja de la cocina. Oíamos desde allí el estruendo terrible del fuego de cañón y de fusilería. Se debía de estar batiendo el cobre de lo lindo.

—¿Qué cree usted que pasará? —le pregunté a don Eugenio.

—¡Qué va a pasar! Que pierden de la partida los revolucionarios. Lo han hecho muy mal. ¡Tantos medios para nada! Ahora han perdido el contacto los unos con los otros, y los machacarán.

Aviraneta consideraba la cuestión, principalmente, desde el punto de vista militar.

Descansábamos en el comedor de la casa. De la ventana abierta a un patio, y en un cuarto de la vecindad, se oía el rumor de voces de mujeres que estaban rezando.

Aviraneta se puso a contemplar desde el balcón de su despacho, con un antejo, la gente que aparecía huyendo en la calle.

—Quítese usted de ahí —le decía yo—. Le va a dar alguna bala.

—¡Ca, hombre!

—¿No podríamos beber un poco de agua?

—¿Tiene usted sed?

—¡Horrible!

—No es cosa de llamar en la vecindad, porque no nos abrirán. Yo iré.

—Espere usted. Ahora hay gran alboroto.

Desde el balcón vi la fuga de los

sublevados, que huían a la desbandada, y después una compañía de tropa ocupaba la plaza de San Ildefonso, sin duda con el objeto de impedir que algún grupo de revolucionarios se hiciera fuerte en los puestos del mercado de la plazuela y diera que hacer.

Aviraneta bajó con la botella y se acercó a la plaza de San Ildefonso por agua y a ver qué se decía. Con la botella en la mano se puso a hablar con el oficial, que acababa de llegar a la plaza.

—¿Eso está resuelto? —parece que le preguntó.

—Sí, ahora va la tropa por las afueras, hacia la puerta de Bilbao. Retírese usted, caballero. Estas cosas no son para personas de su edad.

Aviraneta subió a casa con el agua. Yo bebí, porque la sed me abrasaba. Don Eugenio no tenía sed.

Le habían dicho que Serrano, con sus batallones, atacaba en aquel instante las barricadas de la plaza de Santo Domingo.

En aquel momento quizá estaría herido o muerto mi sobrino Daniel. La idea me desazonaba.

Dos horas después oímos en la calle que grandes columnas de operaciones, una al mando de Concha, venían hacia la plazuela de San Ildefonso, deshaciendo a cañonazos las barricadas que encontraban en el camino. Serrano ya había ocupado Santo Domingo y fusilado a algunos cabecillas rebeldes.

Las tropas sufrían el fuego desde las ventanas y los tejados, y había caído herido, algunos decían que muerto, el general Jovellar.

Supimos por la tropa que las fuerzas del Gobierno tomaron poco después las barricadas de las calles de Hortaleza, San Antón, Gravina y Arco de Santa María.

Serrano, a la una de la tarde, avanzaba por la calle Ancha, dejando en ella muchos cadáveres; se apoderaba de un cañón, con el cual los sublevados hicieron fuego durante largo tiempo en la desembocadura de la calle de la Luna, y se unía con el general Concha en la parte alta de la calle de San Bernardo, hacía el Noviciado.

Pocas horas más tarde nos dijo un vecino que el ejército había dispersado los grupos de la puerta de Bilbao, apoderándose de las cuatro piezas de artillería que habían situado allí los artilleros insurrectos, al mando del general Contreras, y haciendo cerca de cien prisioneros entre paisanos y militares.

Al oír estas noticias, yo estaba sobresaltado, pensando que mi sobrino Daniel habría ya perecido y que mi mujer estaría en casa desesperada e inquieta.

Por la tarde, el alboroto en la plaza de San Ildefonso y sus inmediaciones se había calmado. Se dijo que O'Donnell había dispuesto que los generales Serrano y Concha y el capitán general de Madrid, Hoyos, se dirigieran, cada uno al frente de una columna, al sur de la ciudad. Entonces se sostuvieron rudos combates, según dijeron, en las calles de Segovia y Toledo, en las plazas del

Progreso y de Antón Martín, y se dio una carga a la bayoneta en la plaza de la Cebada, en la que quedaron gran número de muertos y de heridos.

A las once y media de la noche aún se oían descargas cerradas en la calle de Jacometrezo. Dijeron que varios rebeldes, al mando de un jefe carlista, se habían hecho allí fuertes.

La noche fue horrorosa de calor y de inquietud, con tiros, ayes y gritos por todas partes.

Al día siguiente, por la mañana, Aviraneta y yo volvimos a esta casa. El salvoconducto de Quesada nos sirvió para pasar.

Mi mujer estaba medio loca de miedo. No se sabía nada de Daniel. Se había escondido o había muerto. Tampoco se sabía nada de Santiaguillo, el aprendiz, y esto era más extraño.

A los dos días se averiguó que Santiaguillo había muerto en la plaza de la Cebada. Unos dijeron que le habían matado al marchar a su casa; otros afirmaron que había defendido una barricada, haciendo alardes de valor. Todos fueron «se dice», porque nadie lo vio. En Madrid, como sabe usted, comenzaron en seguida los fusilamientos.

La fama de la reina y de O'Donnell y sus simpatías populares bajaron mucho con esta represión sangrienta. Se dijo que cuando al general Zabala le avisaron para que corriera de su casa a Palacio a preparar la defensa y el ataque a los sublevados, la reina Isabel le invitó a comer.

Bajó antes con Don Francisco de Asís al cuartelillo, visitaron los dos los noventa y tantos heridos de la guardia de Palacio, y al tomar el café, después de la comida, preguntó la reina:

—¿Cuántos prisioneros hay, general?

—Por ahora más de mil, señora —contestó Zabala.

—Pues que se cumpla la ley en todos, en todos y antes del amanecer —gritó la reina con voz ronca y chillona.

Doña Isabel y su camarilla querían que se fusilara inmediatamente a los prisioneros en masa, fueran paisanos o soldados rebeldes.

—Eso no se puede hacer —aseguran que respondió O'Donnell—; no hay bastantes piquetes para tantas ejecuciones.

—¿Para cuándo quieres la metralla? —dicen que replicó la reina con furia.

Isabel II estuvo en esta ocasión frenética; quería el exterminio completo del pueblo. Así se lo dijeron al general O'Donnell, que contestó con ira:

—Pero ¿no ve esa señora que si se fusila a todos los paisanos y soldados prisioneros va a derramarse tanta sangre que llegará hasta su alcoba y la ahogará a ella? Además, yo no fusilo a nadie; los tribunales competentes juzgarán y fallarán.

Esta contestación enérgica de O'Donnell influyó en su caída, y cuando Narváez, al entrar en el Poder, declaró que no habría ya más fusilamientos, O'Donnell dijo muy alto:

—¿Es decir, que esa señora quería que fuese yo el que derramase tanta sangre para inspirar horror a España?

Desde entonces O'Donnell quedó descartado de la política. El *Cazador* no tuvo suerte ni gran habilidad.

Confirmó con esto lo que antes dijeron de él en una semblanza en verso que quizá usted leería:

Dicen que tienes talento
y lo demuestras muy mal,
pues eres, según presiento,
en la guerra, general,
y en política, sargento.

A los dos días de la revuelta fui yo a casa del encuadernador, amigo y pariente, de la calle de la Bola para ver si tenía noticias del paradero de mi sobrino. El encuadernador no sabía nada de él. No se había presentado en su tienda. El hecho, según él, hubiera sido difícil o casi imposible, porque la calle de la Bola estuvo todo el día y toda la noche del ataque a la plaza de Santo Domingo ocupada por las tropas.

A los tres o cuatro meses, un día de otoño, Aviraneta recibió en su casa de la calle del Barco a un hombre fuerte y barbudo que quería hablarle. No le conoció. Era mi sobrino Daniel. Había estado escondido, y quería proporcionarse papeles para marchar a Portugal. Aviraneta se los consiguió.

Daniel se reunió con los maragatos de la plaza de San Ildefonso, entró en Portugal y murió al poco tiempo en América del vómito negro. La peinadora que estaba liada con él nos trajo la noticia. Ahí tiene usted lo que es el destino.

Me despedí del impresor de la calle de Segovia, y con el folleto de don Eugenio en la mano me marché a mi casa.

V

Encontrándome en el pueblo, y después de una larga enfermedad, supe que don Eugenio había muerto en Madrid. Mi mujer no me quiso decir nada en el transcurso de mi dolencia por no agravar mi estado. Cuando pude, marché a Madrid. Don Eugenio había muerto en la calle del Barco, número 28, piso tercero, el 8 de febrero de 1872, a las dos de la tarde, a consecuencia de una fiebre tifoidea. Tenía ochenta años. En su testamento, hecho poco tiempo después de su boda, indicaba que su entierro fuera pobre, sin ostentación, sin misas ni funerales. Legaba todo lo que tenía a su mujer. Uno de los testigos del testamento era don Mauricio Castelo, el que persiguió al policía Chico con saña.

Visité a Josefina, que me dijo pensaba trasladarse a San Sebastián, a pesar de que tenía cariño a la calle donde vivía en Madrid.

La gente del barrio, que sentía afecto por el viejo conspirador, acompañó su cadáver hasta el cementerio general del Norte, donde lo enterraron.

Después de hablar a Josefina, visité a varios vecinos.

El señor Blas, el huevero de la plazuela de San Ildefonso, que conocía a Aviraneta desde hacía muchísimo tiempo, me dijo:

—Don Eugenio ha muerto tranquilo, como lo que era, como un hombre de verdad —y luego añadió sentenciosamente—: Siempre ha sido igual, de joven y de viejo. Desde el principio hasta el fin.

A mí me pareció muy exacto lo que dijo el señor Blas, el huevero de la plazuela de San Ildefonso.

EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS

POR

PIO BAROJA

EL CONDE.— Tengo la identificación aquí detrás, Un médico de Guisona hizo la mala broma de limpiar mi calavera, y un profesor de la Universidad de aquí, cuando aquí había Universidad, puso mi nombre escrito con tinta en mi occipucio, ¡Qué falta de respeto! ¡Con qué gusto le hubiera fusilado!

(*La senda dolorosa.*)

Mi padre me contaba que cuando él era chico, en un cementerio de San Sebastián, ya abandonado, creo que el de San Martín, los mozos atrevidos y románticos jugaban al chito y a los bolos con las calaveras venerables de sus antepasados, y que varias veces oyó decir:

—Esta es la calavera de don Sebastián de Miñano y Bedoya,.. Esta es la calavera de don Pío Pita Pizarro. Al lado de estos cráneos de personajes conocidos en España había otros de gente que sólo tenía algún renombre en la ciudad.

Yo recuerdo, muy de niño, durante la guerra, haber visto este cementerio con muertos amontonados vestidos de uniforme.

Yo no he jugado al chito ni a los bolos con las calaveras de Miñano y de Pita Pizarro, pero he examinado algunas y he intentado hacer mediciones antropométricas en ellas.

El cura del pueblo donde estuve de médico se opuso, y además comprobé que el compás de gruesos que pensaba usar no tenía ninguna exactitud; ¡y se habla de la perfección de la industria moderna!

Poco después de publicar mis dos libros *Humano enigma* y *La senda dolorosa*, mi amigo José María Azcona me preguntó:

—¿Usted conoce un folleto acerca de la muerte del conde de España, en el que se cuenta cómo le cortaron la cabeza después de muerto?

—No.

—Pues habla, como usted, del frenólogo Cubí.

—Es raro. ¿Y de qué época es ese folleto?

—De mil novecientos veintitrés.

—Pues me choca mucho.

—¿Por qué?

—Porque yo estuve en Barcelona en esa fecha, y después de esa fecha, buscando datos acerca de la muerte del conde, y no tuve noticias de ese folleto. Cubí dice algo sobre la calavera del fantástico general; pero que él hubiese visto el cráneo en la iglesia de Cervera lo supuse yo con la libertad que puede tener un novelista para ello, pero no lo leí en ninguna parte.

Pues nada, es posible que haya acertado usted por adivinación.

—No creo en la adivinación, y me choca mucho que exista ese folleto, porque, como le dije, estuve el año mil novecientos veintitrés, y luego el veintiséis y veintisiete, en las librerías y en las

bibliotecas de Barcelona, y no me hablaron de esa publicación tan reciente.

Azcona me dejó el folleto sobre el conde de España, del presbítero Arrufat, que tiene datos nuevos sobre la muerte del célebre general, y que supone que el frenólogo Cubí fue el autor o el inductor de la decapitación.

En el ejemplar visto por mí del opúsculo, en la cubierta, parece que pone 1923, pero en la portada se ve que no es 1923, sino 1928. En la cubierta, el 8 está un poco roto por el lado izquierdo y parece un 3.

El libro del señor Arrufat es del año 1928, del mismo año que yo publiqué mis dos libros sobre el conde de España, *Humano enigma* y *La senda dolorosa*, en los cuales hablaba de Cubí.

Así se explica el hecho. Al señor Arrufat se le ocurrió probablemente hablar del frenólogo Cubí después de haberlo leído en mis libros. No es que ese yo le reproche una nimiedad semejante, pero lo digo porque si no el caso hubiera constituido una casualidad muy extraña. Hubiese sido verdaderamente extraordinario que, sin saberlo, se me hubiese ocurrido a mí que el frenólogo catalán hubiera tenido una intervención en el asunto de la calavera del conde de España y que luego hubiera resultado cierta.

Es verdad que Cubí habla del cráneo del conde como si lo hubiera visto. Yo supongo al frenólogo catalán contemplando el cráneo en el túmulo de la iglesia de Cervera, y el señor Arrufat supone que Cubí intervino en la decapitación, lo que no puede ser cierto, porque Cubí estaba en la América del Norte cuando la muerte del general, y volvió a Barcelona años más tarde.

La versión de Arrufat no era absurda. Era lógico que habiendo en Cataluña por entonces un aficionado a la frenología y a la craneoscopia como Cubí y Soler, y habiendo sido decapitado el cadáver del conde con un objeto, al parecer, de investigación científica, fuera Cubí el que hubiese intervenido en ello; pero, como he podido comprobar, Cubí por entonces no estaba en España. Volvió a su país tres años después y recorrió la Península.

Cubí y Soler industrializaba sus conocimientos frenológicos e iba de pueblo en pueblo y acudía de consulta a las casas en donde le llamaban, y estudiaba las cabezas de los chicos por el sistema de Gall, y decía a las familias las condiciones que tenían y las profesiones a que debían dedicarlos.

No cabe duda que si los datos hubiesen sido verdaderos, los consejos hubieran sido magníficos para la vida.

Podía ser también que la decapitación del conde no se hubiese verificado inmediatamente después de su muerte, pero la tradición en el país es ésta. Que se cortó la cabeza en Coll de Nargó dos o tres días más tarde de haber encontrado su cadáver en el río Segre.

Dejando la cuestión de quién decapitó al terrible conde, hablaré del paradero de su cráneo. Que desapareció de Cervera es indudable. ¿Adónde fue? No lo sabemos.

Hace un año próximamente, ya después de la República, me encontré en la Gran Vía de Madrid a mi amigo el ingeniero de Minas de San. Sebastián Alfonso del Valle Lersundi. Dimos un paseo, hablamos de muchas cosas, y entre ellas del conde de España.

—Yo vi su calavera —me dijo Valle Lersundi—. Ya le hablé a usted antes de eso.

—No, no recuerdo.

—Sí, yo creo que sí, aunque puede que se me pasara. Hace años, don Manuel Antón Ferrándiz, profesor de Antropología, me encargó, sabiendo que yo estaba de ingeniero en Marruecos, que le llevara un cráneo de algún cementerio rifeño para estudiarlo. El creía que la raza primitiva de España era la libio-ibérica. Encontré un cráneo al hacer una trinchera, lo cogí, lo metí en una caja de galletas y tomé camino de España. Por cierto, que al llegar a Málaga, al pasar por la Aduana, el carabinero, al abrir la caja de galletas, quedó espantado. Le expliqué lo que era y se tranquilizó.

Vine a Madrid, fui al Museo Antropológico a cumplir mi encargo y vi que Antón tenía sobre la mesa un cráneo que estaba examinando.

—Esta es la calavera del conde de España —me dijo, y añadió—: Todos los hombres célebres debían dejar su cráneo a los museos.

Tenía la calavera en el occipital un letrero escrito: «Conde de España».

—¿Y cómo era el cráneo?

—Ancho y fuerte.

—¿Y estará allí todavía?

—Debe de estar.

He preguntado después en el Museo Antropológico si se puede ver el cráneo del conde de España, y me han contestado que allí no existe tal cráneo. ¿Qué ha sido de él? ¿Se evaporó? ¿Se lo llevaron?

Azcona, que ha demostrado en otras ocasiones su condición de detective de la bibliofilia, ha descubierto una pista para encontrar el cráneo del conde, que no sabemos aún si será fructuosa o no.

Parece que hace años, en la casa de un aristócrata coleccionista de antigüedades, se presentó un chamarilero con un envoltorio grande en la mano.

—Le traigo a usted un objeto que creo que le va a interesar —dijo, mostrando el paquete.

—¿Y qué es?

—Es la calavera del conde de España.

—¡Pero, hombre!

—Sí, señor. Aquí la tiene usted.

El chamarilero desenvolvió el bulto y mostró el cráneo brillante, con un letrero alrededor del agujero occipital, en que se leía: «Conde de España».

¿Dijo el hombre del paquete al coleccionista que el despojo humano se había sustraído del Museo Antropológico? ¿No lo dijo? ¿Vendió la calavera como si se tratara de un queso de bola o de un globo terráqueo de cartón para el estudio de la Geografía? No lo sabemos.

El caso fue que la calavera pasó a un armario del coleccionista, y allí estuvo años y años, como antes había estado en la Universidad de Cervera y después en el túmulo para las ceremonias de los entierros en la colegiata de este pueblo.

El coleccionista murió como, hasta ahora al menos, se muere todo el mundo. La viuda, al entrar en el despacho de su marido y al dirigir la vista al armario, se desazonaba al ver el cráneo. Un día, ya resuelta, llamó a un criado de confianza y le dijo:

—Va usted a coger esta calavera y la lleva usted a enterrar, porque yo no quiero tenerla aquí.

El criado tomó el cráneo y lo llevó a enterrar. ¿Dónde lo enterró? Se ignora. No lo ha dicho. No sabemos si la calavera del conde, que ha pasado tantas vicisitudes, volverá a salir a la superficie y a aparecer en otra vitrina o en otro túmulo.

No es ésta la única calavera interesante que se me ha escapado de entre las manos y no he podido contemplar.

Pocos días después de averiguar dónde había muerto y dónde había sido enterrado Aviraneta, supe que estaban deshaciendo el Cementerio General del Norte.

Este cementerio se encontraba en la calle Ancha, a mano izquierda marchando del centro hacia la glorieta de Quevedo, donde hay ahora una estación de tranvías.

Allí, en 1852, las autoridades intentaron reducir a cenizas en la hoguera el cuerpo del Cura Merino, ajusticiado en el Campo de Guardias. Cerca del campo santo estaba el lugar donde quemaban a las víctimas de la Inquisición, del que quedó como rastro durante mucho tiempo un corral con una tapia y un rótulo a la entrada que decía: «Corral de la Cruz del Quemadero».

A este cementerio solíamos ir algunas noches los escritores de hace treinta o treinta y cinco años a pasear, a romantizar. Algunos querían representar en él una escena del *Hamlet*, de Shakespeare.

Tenía yo un amigo carpintero, llamado Joaquín, que vivía en la calle de Magallanes y era conocido y amigo de los empleados de los varios cementerios que había cerca de la calle Ancha. A este carpintero recurrí para que encargara al cura que viera en los registros si aparecía el nombre de Eugenio de Aviraneta y hacia dónde estaba enterrado.

Joaquín me tenía ciertas consideraciones; le había dado yo mi novela *Aurora roja*, cuya acción pasaba en su calle, y él creía que era un libro histórico y pensaba que conocía a casi todos los personajes de la obra.

Joaquín quiso cumplir mi encargo; hizo que el cura o uno de los empleados mirara los registros del cementerio; se encontró el nombre de Aviraneta, pero no se pudo ver dónde se hallaba sepultado, porque las tumbas y los nichos del sitio del enterramiento estaban derrumbados y los restos humanos esparcidos por la tierra en un sitio que llamaban Campo de los Huesos.

La calavera de don Eugenio se me escapó también de las manos.

Yo la habría contemplado con enternecimiento y visto sus depresiones y sus prominencias con curiosidad y con respeto; pero, como digo, se me escapó.

DESPEDIDA

Al llegar aquí tiene uno una ligera sensación de melancolía. Se acaba una de mis tareas. Todo tiene que terminar; es el destino de lo humano. Todo acaba. Aquí terminan las MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN. Tengo que despedirme de mi personaje.

¡Adiós, señor de Aviraneta, pariente, paisano y correligionario en liberalismo, en individualismo y en vida un tanto desastrada!

¡Adiós conspiraciones, intrigas, peligros y persecuciones!

¡Adiós aventuras más o menos misteriosas!

¡Adiós papeles, estampas y documentos! Ha perdido uno energía y paciencia para buscarlos. Las MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN, con su vida y milagros, han llegado al fin. Ya no sólo termino la obra, sino que liquido lo que tengo de género de comercio que lleva por nombre novela histórica.

No pretende uno ser un Walter Scott, pero se liquida lo que hay, aunque sea poco. Pondré en mi establecimiento el aviso: «Se liquida todo lo existente».

Se ha hecho uno viejo y poco ágil de meollo. La imaginación, ¡qué capital más exiguo en la cabeza de los hombres!, se ha ido achicando y enmoheciendo. Esto no es obstáculo para querer liquidar lo existente.

Hace tiempo que el autor va haciendo esta liquidación, y, como el barco desarbolado, va echando parte de la obra muerta al mar.

Se comprende al viejo Buda que en su país y en su tiempo, en donde se creía en la resurrección constante de las cosas en la transmigración de las almas, ante esa escenografía pesada y repetida, dijera como un sabio verdadero:

—Basta ya; es hora de dormir tranquilo, sin esperanzas y sin temores. Empieza a ser la hora del sueño.

Como último aleteo literario me hubiera gustado escribir un epitafio elegante basándome en las virtudes cívicas y familiares de usted, don Eugenio; pero me temo que tanto usted como yo seamos pocos epitáficos y que quizá usted no se distinguiera por esas virtudes.

¡Adiós, señor de Aviraneta! ¡Adiós, don Eugenio! Buenas noches.

Madrid, 28 de diciembre de 1934,

FIN DE LAS «MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCION »